

BIBLIOTECA ECUATORIANA

DIRECTORES: ALFONSO Y JOSE RUMAZO GONZALEZ

VOLUMEN VI

HISTORIA DEL ECUADOR TOMO III

BELISARIO QUEVEDO

COMPENDIO DE HISTORIA PATRIA

**EDITORIAL BOLIVAR
QUITO**

FECHA DE ENTREGA

--	--	--

HISTORIA

BIBLIOTECA ECUATORIANA

VOLUMEN VI

HISTORIA DEL ECUADOR

Tomo III

BELISARIO QUEVEDO

Compendio de Historia Patria

Apéndices y Notas por A. y J. Rumazo González

EDITORIAL BOLIVAR
QUITO

N 40509-2010-FEAR - 00751 - Ficha - 14.730

ES PROPIEDAD

**Reservados todos los
derechos - 1931.**

EDITORIAL LABOR.- JUAN E. ORTIZ V.-CUENCA 35. FRENTE A LA MERCED.-TEF. 17-50. QUITO.

Ord. Aut. 1856 - Ord. Aut. 1856 - Año 1952

Q. r. 1524

NOTA

Belisario Quevedo, mentalidad amplísima y serena, austera como su vida, pensó al escribir el COMPENDIO DE HISTORIA PATRIA en un texto para la enseñanza. En efecto, la forma es completamente didáctica; pero por la justeza de criterio y la poderosa visión de conjunto y de detalle, constituye una obra de consulta. Pocos historiólogos ecuatorianos han visto con mejor acierto la evolución de nuestra nacionalidad pre-independiente y republicana; talvez ninguno ha alcanzado una síntesis tan justa.

Hemos creído indispensable añadir al texto original notas y apéndices, a fin de ponerla al día, de conformidad con los últimos descubrimientos relativos a la prehistoria, prolongando además la historia hasta nuestros días.

Los Directores.

ADVERTENCIA

El maestro o profesor que tenga a bien elegir para sus clases el presente texto, sírvase tener en cuenta las siguientes observaciones:

Una lección empieza con el *Cuestionario o Resumen*, a elección del profesor, *Cuestionario o Resumen* que, como desde luego se ve, no está hecho, sino solamente representado por los puntos suspensivos; porque es preciso que cada alumno lo trabaje en la casa o en el salón de estudios o preferentemente en la misma clase, si el horario lo permite, a fin de evitar que unos alumnos espíen el trabajo de los otros, ya que el objeto de esta manera de prepararlo es exitar al alumno a la labor personal. Examinados en clase los diferentes resúmenes o cuestionarios y hechas las correcciones históricas y gramaticales que fuesen necesarias, respetando la variedad y libertad en la manera de expresarse de los alumnos, se los hará transcribir al lugar correspondiente del texto.

Es un punto esencial respetar la libertad de expresión de los chicos, huír de la monotonía y la uniformidad y darles por lo menos de este modo, participación en el estudio de la Historia. Así, además, se consigue el importantísimo efecto de que se recomiende a la atención y la memoria el asunto mismo y no las palabras del texto. Y por

otra parte, el cariño a la Patria debe extenderse a su Historia y, en cierto modo, hasta al pequeño libro que en los comienzos de la vida ha dejado en el espíritu las primeras impresiones acerca de ellas. Con este procedimiento cada alumno considera como muy personal, suyo, el libro en que ha puesto una parte de su pensamiento, una fracción de su trabajo.

Si en ninguna clase debe el maestro ser falto de entusiasmo de vida, de calor en sus explicaciones, en las explicaciones de Historia y más todavía de Historia Patria, debe estar, el maestro, lleno de sentimiento, debe hablar con el aliento del entusiasmo, con el tono cálido de la convicción y simpatías patrióticas.

No se achaque a olvido, pues es de propósito la supresión, en este texto, de una multitud de hechos de ninguna importancia para conocer la vida de la nación ecuatoriana y el haber prescindido de un sinnúmero de nombres y de fechas, de revueltas y sublevaciones, de idas y venidas de ejércitos y personajes políticos. No es la Historia el catálogo de presidentes y generales, motines y combates; es la vida de la nación ecuatoriana y de los personajes se ocupará solamente en cuanto con carácter propio y definido se destacan sobre el plano general de los sucesos, ejerciendo influencia determinante en la civilización nacional.

Se evitarán de todos modos esas expresiones genéricas o abstractas que no corresponden a un contenido real en la mente de los niños y son el origen del grave defecto del *verbalismo*. Por ejemplo,

a la pregunta de qué diferencias habían de los incas a los quitos, puede el niño responder que aquellos eran más civilizados que estos. Es una mala respuesta. El niño aunque sabe la palabra *civilización* no está en aptitud de poseer, con claridad y precisión, el contenido abstracto correspondiente. El maestro, en contestación a la pregunta puesta por ejemplo y a todas las análogas, exigirá respuestas concretas, de hecho, referentes a caminos, herramientas, escuelas, gobierno, etc. y sólo como resumiendo estas diferencias, se llegará a la conclusión de que los unos habían avanzado más que los otros en el camino de conseguir mayores comodidades para la vida y amplitud de horizonte para el espíritu, es decir, que eran más civilizados.

Como los mapas y los cuadros históricos y con mayor razón los museos del mismo género, son todavía desconocidos en nuestros planteles, (1) se ocurrirá por lo menos y con la mayor frecuencia posible a los mapas geográficos para ilustrar con ellos las relaciones históricas. Se les debe también hacer trabajar a los alumnos ciertos planos histórico-geográficos, como los de los viajes de Colón o el de la campaña de Sucre que terminó en Pichincha.

Se hará que los alumnos, de la vida por ellos conocida, presenten casos análogos o de contraste a los hechos históricos que estudian.

(1) Felizmente ahora esto no es verdad en la mayoría de los casos.

Las preguntas deberán ser fundamentales, evitando aquellas que pueden ser respondidas con *si o no* y deben ser dirigidas a toda la clase sin determinar con prioridad el alumno que deba responder, a fin de que todos los oyentes preparen mentalmente la respuesta. La costumbre de picotear en el espíritu del estudiante por medio de preguntas que sugieren la respuesta, no puede ser nunca suficientemente censurada. "Cierta profesor preguntaba, hablando de Inglaterra: *hay allí libertad?* y recibía prontamente la respuesta: *hay libertad*". (1) Además es recomendable exigir que el alumno al comenzar a responder, repita la pregunta en forma de respuesta: *¿Cuántas provincias conquistaron los Incas?—Las provincias conquistadas por los Incas fueron.....*

Este texto es adecuado a las necesidades pedagógicas de los cursos superiores de la escuela o inferiores del Colegio, esto es, para un curso que puede decirse *medio*, pues para los cursos anteriores debía ser la narración más descriptiva y biográfica y para los posteriores, más razonada y nacional.

"Es de suma importancia fijar firmemente en el espíritu de los discípulos los puntos principales—un esqueleto, un *subtractum*—en el cual puedan éstos disponer y clasificar los detalles, o, para emplear otro símil, aprovisionar el espíritu con una cantidad de ganchos o clavos de los cuales pueda colgar en su orden adecuado y en su de-

(1) Hinsdale.—id. id.

bida relación los hechos y las ideas". (1) Este *abstractum*, que lo presentaré al final del texto, deberá el maestro hacerlo repetir en cuantas ocasiones venga bien, por ejemplo, cada vez que un alumno disloque cronológicamente un acontecimiento interesante.

Este texto se completa añadiendo imprescindiblemente en el lugar que corresponda, como materia de lectura y conversación, las biografías de Atahualpa, Maldonado, Bolívar, Sucre, Rocafuerte, García Moreno, Montalvo, Alfaro y González Suárez y las monografías del descubrimiento de América, del Diez y del Dos de Agosto, de la Batalla del Pichincha y otras de igual importancia. Para esto debe echarse mano a las obras de González Suárez, Cevallos, Montalvo, Calle y otros escritores notables, con quienes es bueno que los niños vayan familiarizándose.

El maestro no debe olvidar que los sucesos históricos, como todo suceso del Universo, están sujetos al *principio de causalidad* y debe hacerlo notar a los alumnos, especialmente tratándose de los acontecimientos más importantes. Que no lleven los alumnos la idea de que los hechos históricos están regidos por el capricho humano o un azar general que no existen. Los sucesos históricos están condicionados por el carácter nacional, por el medio ambiente, por la geografía y además enlazados unos a otros en sucesiva dependencia.

(1) Hinsdale.—La enseñanza de la Historia.

Se puede afirmar que los niños no se dan cuenta del *principio de causalidad*. Esto es cierto si se trata de la causalidad en abstracto; pero no si se toma la causalidad concretamente manifestando que tal hecho proviene de tales o cuales causas. Los niños tienen sed de conocer las causas de lo que ocurre; de aquí ese incesante preguntar *por qué* es esto y *por qué* aquello. "Desde el momento en que el niño plantea por sí mismo una pregunta, es que está en disposición de comprender algo de la respuesta". (1).

Así como para el gobierno de nuestra conducta nos es necesario saber y de hecho sobemos más de nuestra propia vida que de la de nuestros padres, y así como de la vida de éstos conocemos más que de la de nuestros abuelos; también en la Historia Patria debemos invertir mayor parte de tiempo y atención en la época republicana que tan íntimamente nos toca; luego, menos en la colonial y todavía menos en los tiempos anteriores. El tiempo que en las clases y el espacio que en el texto se dedican a las diferentes partes de la Historia, no han de ser proporcionales al tiempo en que esas partes se han realizado en el terreno de los hechos, sino que han de estar en relación a la importancia que tengan al momento del estudio.

Es absolutamente detestable el procedimiento del maestro que después de tomar la lección despide a sus discípulos, señalándoles la lección si-

(1) Guyau.—La irreligión del porvenir.

guiente, de este al otro punto. El maestro en la segunda mitad de la clase les referirá una nueva lección, hará conversación sobre ella, leerá el texto si hay tiempo y les recomendará que para la clase próxima lo vuelvan a leer. En la clase siguiente, una vez corregidos y escritos los resúmenes, hará el examen de la materia señalada, dará sobre ella las explicaciones necesarias, hará las lecturas auxiliares y nuevamente la anticipación que acabamos de indicar. El texto es auxiliar del maestro, no el maestro auxiliar del texto.

Al escribir la historia anterior a la invasión de los Incas, he prescindido de todo cuanto se ha contado hasta estos últimos tiempos acerca de los Caras y el reino de los Shiris. Los últimos estudios del señor González Suárez, posteriores a la publicación de su Historia, han traído por consecuencia suprimir, por faltos de veracidad, los relatos concernientes a estos reyes y esos pueblos.

Al llegar a los tiempos en que nuestras tribus tuvieron que ver con la nación incásica, he optado una nueva manera de apreciar las cosas por creerla más conforme con la verdad. Hasta aquí se ha escrito ese período de historia viendo las cosas desde un punto de vista incásico, por decirlo así; en tanto que yo escribo contemplando esos mismos hechos desde un punto de vista que lo llamaré ecuatoriano a falta de una denominación común a todas las tribus que entonces habitaban en el territorio patrio. Ciertamente que no hay victoria sin derrota, pero hacer el papel de vencedor y hablar como tal es precisamente lo contrario de hacer el de vencido y ver las cosas desde su puesto.

Talvez se pretenda encontrar que he dado demasiada extensión a dos sucesos, el Descubrimiento y la Guerra de la Independencia, al estudiarlos relativamente de un modo detenido no sólo en cuanto esos sucesos se desarrollan en nuestro país, sino también en sus antecedentes algo extraños a nosotros, como podría creerse. Creo por mi parte que de esos dos hechos debe presentarse un cuadro completo aunque de pequeñas proporciones, para que los estudiantes se den cuenta de la importancia de él y de sus antecedentes y consecuencias trascendentales. Los trescientos años de nuestra vida colonial son un montón de menudos hechos entre dos montañas, el Descubrimiento y la Conquista al un lado y la Guerra de la Independencia al otro.

INTRODUCCION

El País

Resumen o Cuestionario:.....

.....

.....

Vamos a referir la Historia de nuestra Patria, es decir, los sucesos ocurridos en nuestro país desde los tiempos más antiguos de que se conserva el recuerdo hasta los nuestros, y que hayan influido en el modo actual de ser de la Nación Ecuatoriana.

Ecuador se llama nuestra Patria porque por ella pasa la línea equinoccial o ecuatorial, línea imaginaria que divide a la Tierra en dos partes iguales, una al norte y otra al sur. Esta línea no podemos verla, no está trazada; pero así como cualquiera de ustedes puede por medio de un metro señalar por donde pasa la línea que divide en dos partes esta clase; los sabios, por medio de complicadas operaciones, han determinado que la línea ecuatorial pasa por la falda sur del Cayambe y cierto punto de las costas de Manabí.

Nuestro país ofrece la grandiosa perspectiva de la alta Cordillera de los Andes que se desarrolla magestuosa y bellamente de norte a sur en las

Talvez se pretenda encontrar que he dado demasiada extensión a dos sucesos, el Descubrimiento y la Guerra de la Independencia, al estudiarlos relativamente de un modo detenido no sólo en cuanto esos sucesos se desarrollan en nuestro país, sino también en sus antecedentes algo extraños a nosotros, como podría creerse. Creo por mi parte que de esos dos hechos debe presentarse un cuadro completo aunque de pequeñas proporciones, para que los estudiantes se den cuenta de la importancia de él y de sus antecedentes y consecuencias trascendentales. Los trescientos años de nuestra vida colonial son un montón de menudos hechos entre dos montañas, el Descubrimiento y la Conquista al un lado y la Guerra de la Independencia al otro.

INTRODUCCION

El País

Resumen o Cuestionario:.....

.....

.....

Vamos a referir la Historia de nuestra Patria, es decir, los sucesos ocurridos en nuestro país desde los tiempos más antiguos de que se conserva el recuerdo hasta los nuestros, y que hayan influido en el modo actual de ser de la Nación Ecuatoriana.

Ecuador se llama nuestra Patria porque por ella pasa la línea equinoccial o ecuatorial, línea imaginaria que divide a la Tierra en dos partes iguales, una al norte y otra al sur. Esta línea no podemos verla, no está trazada; pero así como cualquiera de ustedes puede por medio de un metro señalar por donde pasa la línea que divide en dos partes esta clase; los sabios, por medio de complicadas operaciones, han determinado que la línea ecuatorial pasa por la falda sur del Cayambe y cierto punto de las costas de Manabí.

Nuestro país ofrece la grandiosa perspectiva de la alta Cordillera de los Andes que se desarrolla magestuosa y bellamente de norte a sur en las

doscientas leguas que de largo tiene el territorio patrio. Corre dividida en dos hileras o ramales entrelazados aquí, allí por anchos y elevados nudos y destacando muy cerca unos de otros agudos picachos como el Iliniza, enormes moles como el Chimborazo, terribles volcanes como el Cotopaxi, todos cubiertos de nieve perpetua y los últimos con frecuencia coronados de raudos penachos de humo y fuego. Un panorama con estos rasgos soberbios e imponentes no se ofrece, seguramente, en ninguna otra parte del globo.

Por la posición y división de la cordillera se divide el territorio patrio en tres regiones: Oriental, Central y Occidental.

La inmensa región Oriental, cubierta de selvas magníficas y cruzada de ríos caudalosos que van a morir en el Amazonas, ríos que por desgracia, aun naciendo en la meseta central rompen la cordillera, no son navegables sino a mucha distancia de los centros de población; está escasamente poblada por algunas tribus de salvajes errantes y sólo a orillas de algún río se han formado miserables caseríos de blancos que al través del tiempo, en vez de imponer su civilización a los indios, llegan a adaptarse al medio ambiente salvaje de éstos y de la naturaleza que les rodea. El clima de las selvas es sano aunque excesivamente cálido y húmedo, y la misma bondad de la tierra es un obstáculo aplastante que obliga al hombre a estar luchando constantemente en la *chacra* o en el sendero abierto, contra la abrumadora fecundidad espontánea de ella.

Al otro lado de la cordillera, entre el ramal occidental y el Pacífico, queda la Costa, banda de tierra, de treinta leguas de ancho por término me-

dio y dividida de norte a sur en tres secciones. Al norte, provincia de Esmeraldas, sección feraz, lluviosa, húmeda, cubierta de hermosos y ricos bosques, cruzada de ríos caudalosos aunque poco favorables a la navegación por su rápida corriente, inclusive el mayor de ellos, el Esmeraldas. Aquí, allí sobre la costa, algunos negros y pocos blancos han formado pequeñas poblaciones y más adentro la soledad infinita turbada por pequeñas tribus indias que viven en su estado primitivo. Al centro, provincia de Manabí y de Guayas en parte, sección húmeda, fecunda, malsana, cubierta de bosques en las inmediaciones de la cordillera y en lo restante, que es la parte mayor, llanura ardiente, seca, arenosa, sin ríos ni manantiales, de orillas uniformes sobre el mar, orillas que no ofrecen al navegante los brazos abiertos de golfos y bahías hospitalarias. Aquí la población no se agrupa sobre los pequeños puertos; se extiende desparramada en la llanura seca. Al sur corren el caudaloso Guayas y sus afluentes, ríos navegables casi hasta el pie de la cordillera. El suelo aunque malsano es fecundo y el clima cálido, pero soportable, ni tan húmedo como el del norte ni tan seco como el del centro, dividido marcadamente en la estación de lluvias de marasmo y epidemias y en la seca, más fresca y más sana.

La región Interandina, altiplanicie o callejón en el seno de la cordillera, entre sus dos ramales, tiene por término medio cuatro leguas de ancho y está recortada por nudos que, cual tortuosos travezanos de una enorme escalera, van del un ramal al otro, dejando en los intermedios llanuras secas y arenosas, como en las provincias centrales; valles húmedos y frescos raramente, como el de

Machachi y los Chillos; quebradas profundas con pendientes bruscas de 300 a 600 metros, como la del Chota y cañadas ardientes y malsanas en las vegas de los ríos que rompen la cordillera para lanzarse al Amazonas o al Pacífico. La tierra por lo general estéril y el clima ventoso y frío, aunque los ecuatorianos estamos acostumbrados a creer que nuestro país es un paraíso de primavera eterna a causa de la uniformidad en la temperatura de todo el año, que no presenta las alternativas de calor y frío que tan bien sienta al organismo humano, como en los países de más allá de los trópicos. Aunque no muy marcadamente el año se divide en cuatro estaciones: dos lluviosas al rededor de mayo y noviembre y dos secas después de los solsticios, al rededor de agosto y febrero. Es la zona más sana y desde los tiempos más antiguos hasta los nuestros, la más poblada, pues, de los tres millones de habitantes que seguramente tiene el Ecuador, las dos terceras partes están en ella y ella, por consiguiente, ha sido y es el centro principal de la Historia del País.

División de la materia

Resumen o Cuestionario:.....

En el curso de los sucesos de nuestra Historia han ocurrido dos grandes acontecimientos que, iguales los dos, se destacan sobre todos los demás

y han ejercido y ejercen influencia directriz sobre la vida toda del pueblo y son estos:

1°. El arribo de los españoles, europeos civilizados, ahora cuatro siglos a estas tierras hasta entonces habitadas sólo por los indios bárbaros. Mediante este suceso nuestra patria, que, como toda la América, estaba separada del curso general de la Humanidad y de la Historia Universal, entró en este curso y tomó parte en la Historia, recibiendo la sangre, la lengua, la religión, las artes, las ciencias y las costumbres de un pueblo altamente culto;

2°. La guerra de la Independencia ocurrida hace un siglo, guerra por la cual se dió fin al Coloniaje a que, como consecuencia de la conquista y acción civilizadora, nos tenía sometidos España. Hasta entonces estábamos como un hijo menor de edad sujeto al padre y desde entonces, conquistada nuestra libertad nacional y en capacidad el país para gobernarse independientemente, hacemos parte de las Naciones Soberanas que se dan a sí mismas su forma de gobierno, sus leyes y sus gobernantes.

A estos dos grandes acontecimientos, el arribo de los españoles y la conquista de la independencia, no se iguala, según veremos en el curso de nuestro estudio, ningún otro suceso, así sea una revolución de cuartel, una sublevación nacional, la implantación de una reforma o el cambio de partidos políticos en el Gobierno.

De aquí que nuestra historia por medio de estos dos sucesos, se divide naturalmente en tres partes: La primera desde los más antiguos tiempos hasta la llegada de los españoles; la segunda desde este hecho hasta la guerra de la Independencia.

dencia, y la tercera desde esta guerra hasta nuestros días.

La primera parte hacia el final de ella, nos ofrece datos bastante seguros y precisos; pero mientras más allá vamos, los datos se vuelven cada vez más vagos y dudosos. Es algo parecido a la infancia de un estudiante. ¿Cuál de vosotros puede decir desde qué día preciso comienzan sus recuerdos? Es, pues, un período de tiempo indeterminado y lleno de rememoraciones brumosas.

La parte segunda está ya fundada en relaciones escritas, en monumentos y otras fuentes de saber preciso; se puede señalar cuándo termina; dura tres siglos y podríamos compararla a los años que un estudiante ha pasado en la escuela.

La tercera parte análoga a la época del Colegio que están pasando ustedes, se halla en actual desarrollo, es la más corta, tiene apenas un siglo, comienza con la guerra libertadora y llega hasta el momento actual.

A la primera llamaremos Historia Antigua o de los Indios; a la segunda, Media o del Coloniaje, y a la tercera, Moderna o de la Independencia.

PRIMERA PARTE

Historia Antigua o de los Indios

Tribus primitivas: su gobierno

Resumen o Cuestionario:.....

.....

.....

Durante la época cuyos sucesos relata esta primera parte, ocurrió la invasión que, a las tierras hoy ecuatorianas, hicieron los Incas, y la conquista que Atahualpa, soberano de Quito, hizo del imperio de los mismos Incas. De aquí que esta época se divide en dos períodos:

1°. Las tribus primitivas en su estado inicial de vida; y,

2°. Las mismas tribus después de su contacto y relaciones con las gentes incásicas.

La raza india a diferencia de la blanca, amarilla y la negra, se caracteriza por el cutis cobrizo, los pómulos salientes, los cabellos negros y lacios y el conjunto serio y melancólico.

Desde los tiempos más antiguos ha estado nuestro país habitado por un gran número de tribus indias, más o menos independientes entre sí y

en estado de barbarie muy próximo al salvejismo. (1).

Las principales han sido: la de los Imbaburas que habitaban en la mayor parte de las actuales provincias septentrionales; la de los Quitos al rededor de la actual capital de la República; la de los Pansaleos en el valle de Machachi, en la actual provincia de León y en parte de la de Tungurahua; la de los Puruhaes en la de Chimborazo; en las de Cañar y Azuay la tribu de los Cañaris y en la provincia meridional la de los Paltas. En la costa, los Cayapas al norte, al centro los Colorados y los Guancavilcas y Punaes al sur. La particularidad de que casi coincidan, especialmente en la sierra, la actual división en provincias con la antigua división del territorio entre las tribus, proviene, como fácilmente se comprende teniendo presente la orografía del país, de la división natural del territorio con sus valles que permiten las unificaciones étnicas dentro de cada uno de ellos, y los nudos o montañas intermedias que son barreras para dividir pueblos o para distinguir fracciones de una misma nación. Aquí tenemos un caso para demostrar cómo el territorio influye sobre la vida y por consiguiente sobre la historia de los pueblos. Un río, una montaña, dividen países de diferente clima, de diversa fecundidad, de distintas producciones y los pueblos que las habitan aun siendo de la misma raza, toman diferente temperamento, diferentes ocupaciones y maneras de vivir y llenan y producen diferentes caminos y hechos en el campo de la Historia.

(1) Véase el apéndice I.

Además de las tribus indicadas había en los recodos del territorio tales o cuales tribus de menor importancia y más o menos sometidas por las indicadas anteriormente.

Una tribu se componía del conjunto de las familias emparentadas entre sí, descendientes de un mismo tronco más o menos remoto, que hablaban una misma lengua, vivían en una misma unidad territorial que se juzgaba propiedad de la tribu, adoraban a un mismo dios distinto del dios de las tribus vecinas y que para el caso de guerra con otra tribu, elegían en su seno por jefe al varón más valiente y diestro, pues durante la paz vivían las familias si respetando al jefe más anciano, casi aisladas unas de otras; a excepción seguramente de los Cañaris, cuyas familias representadas por los padres formaban un especie de gobierno federal permanente, encabezado por un jefe, cuya dignidad se transmitía de padre a hijo o a falta de éste al hijo de la hermana. En tiempo de paz el poder de esta federación estaba principalmente en manos de la asamblea de los padres de familia, como en tiempo de guerra por las necesidades íntimas de ésta, se ampliaba el poder del jefe de la tribu hasta llegar a ser absoluto. Por otra parte, era la guerra, el estado casi permanente en que vivían estos pueblos sin agricultura, sin industria, sin comercio, sin ninguna ocupación pacífica de fuerte intensidad para ocupar las horas de la vida.

No hay para qué decir que no tenían leyes, ni códigos escritos, ni tribunales de justicia, ni otras partes de la organización política moderna. Se regían por las antiguas costumbres de su vida sencilla, libre de la complicación de las sociedades

modernas y en casos apurados por la imposición del individuo, de la familia o de la tribu más fuerte.

Familia, alimentos, vestidos, adornos y artes

Resumen o Cuestionario:.....

.....

.....

Los varones tomaban dos o más mujeres ya sea comprándolas a una familia de la misma tribu, mediante la entrega de armas, alimentos, vestidos, etc., que hacía el futuro esposo o tomándolas por la fuerza, especialmente si eran de una tribu vecina. Después de una guerra entre dos tribus los vencedores tomaban mujeres de la tribu vencida y se las llevaban consigo. La mujer era, pues, comprada o robada y pasaba a ser no compañera del hombre según el significado matrimonio moderno, sino su propiedad, su servidora, su esclava: ella trabajaba el pequeño pedazo de campo al rededor de la choza, preparaba las comidas, modelaba de barro las vajillas y tejía las ropas, en tanto que el jefe de la familia cuando no estaba concertando la guerra con sus iguales o haciéndola a una tribu vecina, pasaba dedicado a la caza, a la pesca o tendido a la puerta de su choza contemplando indolente el trabajo de sus mujeres e hijos.

Cada familia vivía aislada en su pequeño campo a alguna distancia de las otras, en una sola vivienda de paja de forma cónica o piramidal, ro-

deada de una pequeña sementera de papas y maíz en la sierra y de camotes y yuca en la costa.

Las chozas en la costa estaban construídas sobre postes de madera para evitar las inundaciones y la humedad del suelo.

Sólo para sus templos, que eran muy pocos, construían paredes de piedra cimentadas con barro.

Estas tribus empleaban para sus vestidos toscas telas de algodón que lo sabían cultivar, de la lana que obtenían por medio de su rudimentario comercio con las tribus peruanas que poseían la llama y la alpaca y de la cabuya que abunda en nuestra altiplanicie. Reducíase su ropaje a una túnica sin mangas y una manta de lienzo con que se envolvían. El poncho parece que fue introducido posteriormente por los Incas. En la costa, gracias al clima, usaban no mas que pampanillas o taparrabos o tejidos de plumas y aun había tribus que vivían desnudas. Esas prendas de vestir tejidos en rústicos telares de madera como los que todavía se ven en nuestros campos, eran teñidas por tintes extraídos de hierbas y sustancias minerales, tintes que eran de mucha duración y firmeza.

Muebles no usaban de ninguna clase a más de un toco entarimado que les servía de lecho. Fabricaban de barro los objetos destinados al servicio de la comida y la bebida, como ollas, ánforas, cántaros, vasos y también pífanos y otros instrumentos de música.

La alimentación tenía por base principal la papa y el maíz en la sierra, como el pescado y la yuca en la costa. La fruta de la altiplanicie era

unicamente el capulí y en las tierras cálidas el aguacate, la piña, la papaya, etc.

No poseían ningún animal doméstico a más del cuy y perrillo o gozque pequeño que no sabía ladrar. El cuy les servía de alimento y también para sacrificar a sus dioses.

Las tribus ecuatorianas gozaban ya del "descubrimiento más grande que ningún otro ha excedido ni igualado: encender y conservar el fuego, consiguiendo por este medio el grado de calor propio y agradable que sus células no pueden producir para su propio quimismo, que facilita el trabajo de la digestión gracias a la acción de él sobre los alimentos, lo cual permite usar para la nutrición muchos productos naturales que no serían comestibles sin esta preparación y se procura de este modo un útil que le dispensa de muchos esfuerzos musculares y le hace capaz de realizar trabajos que jamás hubiera podido pedir a sus músculos".
(1).

Cultivaban con esmero, para condimentar sus comidas, el ají, planta originaria de estas tierras y además era común el uso de la sal que los de la sierra obtenían de los costeños, elaboradores de este artículo por los procedimientos que, poco más o menos, se usan ahora, mediante el cambio con artículos serranos.

El instinto artístico, el deseo de la belleza y el adorno tienen su origen en el instinto sexual. El deseo de agradar mueve a los hombres primitivos a buscar adornos para su persona. Los Mantas, por ejemplo, acostumbraban trazarse en la

(1) Max Nordau.—El sentido de la Historia.

cara, en el pecho, y en otras partes del cuerpo con un pedernal filo o con un hueso, rayas y dibujos caprichosos. Los mismos y también los Paltas, practicaban la deformación artificial del cráneo aplastándolo metódicamente en la niñez.

Casi todas las tribus solían pintarse el cuerpo y especialmente la cara con rayas de diversos colores, como hacen aun los salvajes de nuestro Oriente. Algunas tribus de la costa solían clavearse la cara y los dientes con pequeños clavos de oro.

Los Cañaris se dejaban crecer los cabellos; otras tribus se cortaban en redondo más abajo de las orejas y una de Esmeraldas se rapaba toda la cabeza, dejando sólo dos mechones de pelo a los lados de la cara, sobre las orejas.

Gastaban guirnaldas, collares, brazaletes y cinturones de plumas vistosas, como también de oro, plata, cobre, hueso, hacían pulseras y brazaletes, cuentas para sus gargantillas y pendientes para sus orejas y la nariz. Además, los principales usaban placas de oro y plata para el pecho y las espaldas. De hueso fabricaban también prendedores y de madera, cetros y bastones.

Sus principales instrumentos músicos eran un tambor, un pío de sonido agudo y chillón (pingullo), la concha de un caracol grande (churo) cuyo sonido semeja el de la trompeta y que todavía se usa en las haciendas de la cordillera para convocar a los trabajadores; el rondador y la flauta de barro que las tribus de Huaca la fabricaban en forma de caracol primorosamente pintado. Estos instrumentos eran, pues, muy sencillos, simples, sin ninguna combinación de las que muestran los aparatos modernos.

La música que producían era naturalmente de los mismos caracteres: cadencias simples, si melodiosas, carentes absolutamente de combinaciones de armonía, repeticiones monótonas de un corto número de notas o sonidos.

Sus danzas análogamente eran de ritmos monótonos y movimientos pesados y su cantares melancólicos y de pocas variaciones.

Los Mantas labraban de piedra estatuas y sillas de diversos tamaños con figuras de hombres y animales.

Un monolito de Guano representa un hombre sentado.

De oro, plata, barro, hueso hacían pequeños ídolos; eran hábiles en soldar las láminas de oro con las de plata; fundían el oro y lo reducían a láminas tan delgadas como las hojas de papel. De los mismos materiales fabricaban hachas, rompe cabezas, puntas de flechas y proyectiles para hondas. Sus herramientas eran de piedra y para pescar se valían de anzuelos de hueso o emponzoñaban el agua de los ríos con el sumo de ciertas hierbas. Lanzas, macanas, flechas y telares, hacían de madera.

División del tiempo, estado del País, Comercio, Milicia y Sepulturas

Resumen o Cuestionario:

La división más precisa que del tiempo hacían los antiguos indios estaba regida por las fases de

la luna. Parece que también conocían los equinoccios, conocimiento que podían derivar fácilmente del cambio en la dirección de la sombra de los objetos fijos al suelo, como las casas y los árboles. También es muy probable que la maduración de sus sementeras y la alternativa de las épocas de soles y lluvias podía servirles para distinguir los años.

El país estaba casi en su totalidad, aun en las llanuras, montes y páramos ahora pelados de la sierra, cubiertos de bosques; los ríos eran más caudalosos y por muchas de las quebradas ahora secas corrían arroyos y brotaban fuentes. La despoblación de los bosques ha secado la tierra y el cielo, pues entonces llovía mucho más que ahora y el clima, de consiguiente, era más húmedo. A su vez las tierras eran más feraces. Los productos actuales del suelo, al que no se restituye por el agricultor lo que del suelo se arrebató en cada cosecha, son un débil residuo de la intensa fecundidad primitiva. En cambio la actividad volcánica ha disminuído notablemente. Había entonces mayor número de volcanes en actividad y esta actividad era más continuada y fuerte.

La naturaleza era más bravía, menos dominada por el hombre.

Los caminos eran apenas difíciles senderos a través de bosques y montes, quebradas y precipicios. De aquí que como de las mismas necesidades sociales de entonces, eran escasas las relaciones comerciales. Los del Guayas y Puná recibían oro de los trasmontanos a cambio de caracoles y sal. Para viajes por agua se valían de balsas semejantes en todo a las que ahora todavía se usan en la costa, y los de Puná aplicaban a ellas la vela

triangular, llamada en Europa vela latina. Usaban también rúticas canoas fabricadas de troncos de árboles y se aventuraban en alta mar embarcados en pieles infladas de lobos marinos. No tenían animal de carga ninguno: las especies comerciales las llevaban a espaldas, especialmente las mujeres.

Parece que no tenían moneda alguna, acostumbraban canjear los artículos directamente; pero sí usaban balanzas cuyos platos eran las cáscaras de una especie de calabaza.

Las relaciones pacíficas entre las tribus eran raras y en cambio muy frecuentes las guerras y luchas. Como arma ofensiva usaban muy diestramente la honda con la cual lanzaban cantos a gran distancia. Para defenderse se atrincheraban en fortalezas naturales, guarnecidas de muros, o en las cimas de las colinas salientes hacían cortes verticales al frente y a los flancos y escalonadamente unos cortes sobre otros. En la última prominencia que se levanta sobre la hacienda Providencia, en el Guailabamba, se conservan restos que seguramente son de una antigua fortaleza india. Desde estas fortalezas hacían rodar sobre el enemigo, que los atacaba, enormes piedras recogidas al intento. Para una batalla campal acostumbraban formar los honderos la vanguardia y la retaguardia, los armados de rompe-cabezas, hachas y macanas, cargando sobre el enemigo varios cuerpos a un mismo tiempo en medio de gritos atronadores, y al son fuerte y prolongado de sus trompetas y caracoles. No hacían uso de centinelas, pero si eran sagaces en el espionaje y una guerra solía comenzar, generalmente, por un brusco asalto nocturno de una tribu sobre otra.

A sus muertos sepultaban de diversas maneras las diferentes tribus ecuatorianas.

Los Cañaris, los Paltas y los Quitos los sepultaban en huecos muy hondos en forma de pozos y para esto buscaban los lugares más secos. Por lo general ponían de espaldas el cadáver, mas si se trataba de sus jefes, el cadáver iba sentado en la silla que le había servido en vida.

Los Imbaburas acostumbraban levantar montículos artificiales sobre la sepultura, montículos que se los llama ahora *tolas* y que los hacían más o menos grandes según la importancia del difunto. El cadáver quedaba tendido sobre el suelo, vestido con sus mejores ropas; engalanado de sus joyas y adornos más estimados, armado de sus armas predilectas, acompañado de sus herramientas y más objetos preferidos y de una provisión de alimentos preparados y de cántaros de chicha. Si el muerto era un jefe sepultaban con el cadáver a sus mujeres más queridas y a algunos de sus servidores a quienes los mataban después de emborracharlos. Las excavaciones de estas tolas, efectuadas en nuestros días, nos han hecho conocer muchas costumbres, artes y conocimientos de los antiguos indios y sobre todo en gran parte sus creencias y maneras de pensar y de sentir. Pues si enterraban criados y mujeres, creían seguramente que el difunto gustaba de compañeros y servidores y que pasaba una vida análoga a la presente, haciendo uso de alimentos y vestidos, herramientas y armas.

En el valle de Guano sepultaban los cadáveres en huecos o cuevas de las rocas cuya entrada la tapiaban con cangaguas, depositando el cadáver en una especie de ataúd formado de dos lozas a los lados y otra encima.

Algunas tribus como la de los Cañaris tenían cementerios para sus jefes o régulos; otras enterraban a sus muertos dispersamente por los campos; otras elegían para sepultura la misma morada del difunto, cuya familia, abandonando la casa que quedaba cerrada con todos los objetos estimados por él, iba a establecerse en otro sitio, en una nueva mansión. Solían también en estos casos dejar mujeres y servidores muertos que acompañasen al difunto en sus faenas de la otra existencia.

Los de Manta talvez sabían embalsamar a sus muertos, pues al llegar los españoles encontraron a las puertas de los templos pellejos humanos embutidos de paja o ceniza.

Las viudas entre los Puruhaes se teñían de negro la cara en señal de duelo, y en Quito se trasquilaban.

Al cadáver cuando lo llevaban a sepultar, no lo sacaban por la puerta de la casa, sino por un agujero que se hacía a propósito en uno de los muros de la vivienda. En todas las tribus se acostumbraban lloros, plañidos, endechas y cantos lúgubres en medio de borracheras que duraban varios días.

Todas las tribus antiguas tenían idea del alma, cual un ser distinto del cuerpo, ser imaginado por ellas como algo sutil e impalpable.

La creencia en la supervivencia después de la muerte ha nacido tarde o temprano en toda agitación de hombres salvajes.

El ensueño ante todo, y luego la sombra de los cuerpos, la imagen en el agua, el eco de la voz, la locura, la epilepsia, la embriaguez, han despertado en los indios primitivos del Ecuador la noción de que en cada hombre hay otro, el *doble*

que se va a recorrer talvez lejanas tierras mientras el cuerpo duerme, *doble* que se encuentra, conversa, lucha, come, se pasea con parientes, con amigos, con enemigos ya muertos y enterrados o abandonados. A lo que experimenta en sueños considera como cosas reales aunque no vistas por el cuerpo. Ese *doble*, ese otro yo que se presenta en el agua; ese ser oscuro que durante el día y la noche, cuando brilla la luna, anda junto al cuerpo, con él se mueve y toma sus posiciones; que cuando se grita responde a lo lejos con voz y palabras iguales; que en la locura, la epilepsia, la embriaguez parece que se separa del cuerpo, que se va dejando talvez su puesto ocupado por otro ser distinto; ese *doble*, ese otro yo era, pues, para la concepción de nuestros antepasados salvajes, distinto del cuerpo y más libre que él é impalpable.

Pero, con todo, no vayamos a creer que en su ruda mente se formaba idea de una sustancia espiritual con los caracteres que enseñan las religiones modernas de los pueblos civilizados. El *doble*, el otro yo para el indio no era un espíritu; comía, bebía, dormía, amaba y aborrecía, unas veces se dejaba ver de carne y hueso como en el sueño, otras veces estaba en un árbol, en una roca, en un animal, en el viento, en la lluvia, en cualquier objeto o fenómeno notable que producía espanto o hacía bienes o males.

Creencias, tradiciones y cultos religiosos

Resumen o Cuestionario:

.....

.....

El hombre primitivo en todos los países, y así las tribus de nuestro país, distinguían las personas y las cosas en buenas o malas según les producían placeres o dolores.

Un padre, un amigo, un árbol, el sol, la luna son buenos; un enemigo, una serpiente, el jaguar, el rayo, son malos. Es también bueno el *doble* de los buenos muertos y son malos los *dobles* de los que fueron malos en vida.

Esas tribus pretendían, pues, conservar la amistad de los buenos y desarmar la cólera o enemistad de los malos por medio de dádivas y regalos, sumisiones y adoraciones. Así ha tenido origen la religión.

El hombre primitivo todo lo personifica, todas las cosas considera a imagen y semejanza del hombre. Si se cae un árbol y mata un hombre cree que ha *querido* caerse y causar la muerte; si una piedra rodando desde la montaña aplasta su casa, cree el salvaje que, como él, la piedra veía la casa, podía ir hacia ella y aplastarla y que efectivamente ha querido hacerlo y lo ha hecho. Por esto las tribus de la costa adoraban a la serpiente de mordedura ponzoñosa, al jaguar ligero y feroz, al mono tan semejante al hombre. Las figuras de estos tres animales se encuentran reproducidas en los objetos religiosos y en algunos bajorrelieves de piedra.

La noción de una fuerza natural era absolutamente incomprensible para las tribus primitivas, de aquí que todo ser o fenómeno de la naturaleza estaba según ellas animado por una voluntad, un *doble*, un otro yo como el que cada uno suponía dentro de sí. Como dice el historiador González Suárez: "Los mitos religiosos talvez representan las fuerzas naturales personificadas por la imaginación de los indígenas. Los indios consideraban como animados y vivientes todos los objetos materiales e insensibles del universo: para ellos el sol, la luna eran animados y vivientes, y en todo objeto material raro o notable por su forma o por su tamaño suponían algo secreto y viviente. (1).

No existía en las tribus primitivas el sentimiento de lo divino e infinito cual se ha desarrollado posteriormente, no había intuición misteriosa de lo sobrenatural ni una revelación originaria de lo suprasensible.

El origen de la religión es mucho más modesto, sus principios son groseros y están a ras de tierra y si sucesivamente va elevándose y depurándose es porque el espíritu humano civilizándose la eleva y depura. La religión es en sus comienzos un falso camino seguido por la inteligencia humana al interpretar los fenómenos más ordinarios de este mundo, de los objetos de nuestros sentidos o de nuestra conciencia; ha sido una explicación física de los acontecimientos, especialmente de los que eran agradables o terribles para el hombre, por medio de causas que obran en vista de un fin como la voluntad humana. "El temor físico

(1) Historia elemental de la República del Ecuador—págs. 96 y 104.

no el temor moral es el que ha hecho los primeros dioses". (1). Los dioses de nuestras tribus primitivas eran de tres clases: dioses generales de la tribu (no concebían un dios general de todos los hombres), como el sol, la luna, para los Cañaris; un cerro como el Chimborazo y el Tungurahua para los Purahaes que creían que el primero era varón y el segundo hembra que se requerían de amores por la noche cuando veían relampaguear del uno al otro cerro.

Los Cañaris adoraban además a los árboles grandes y frondosos; los de Manta a una enorme esmeralda que la llamaban *Umiña*, diosa de la salud, a la cual le ofrecían esmeraldas pequeñas, hijas de la grande y queridas por ella según creían los indios; los de Pimampiro y el Chota adoraban a una culebra grande en quien creían que estaba el espíritu malo. Los Quitos tenían por dios al Sol. El término *dios* se traducía por *Con* en unas tribus y en otras por *Ticci*, pues cada tribu, como hemos dicho, tenía si no lengua, por lo menos dialecto muy distinto de las demás.

Tenían templos la diosa *Umiña* en Manta; el Chimborazo en sus propias faldas cerca de las nieves perpetuas; en el Quinche, en Cayambe y en Caranqui probablemente el Sol, y en Puná existían adoratorios oscuros y fúnebres. Las islas de Plata y Sta. Clara eran tenidas como sagradas.

No guardamos noticias acerca del culto y el sacerdocio, aunque uno y otro existían. Es muy probable que al principio hacían de sacerdotes los mismos jefes y curacas y quizá posteriormente

(1) Buyau.

los más viejos, los más meditativos, los más astutos. Las prácticas de los actuales *brujos* pueden tener por origen las primitivas prácticas del culto religioso: el culto pretende conseguir la benevolencia de los dioses, la riqueza, la salud, el triunfo y el brujo actual engaña a los ignorantes ofreciéndoles conseguir para ellos la felicidad, la salud, el amor por medio de espíritus, como el diablo. El brujo es, pues, el representante de una clase sacerdotal atrofiada. Probablemente hacían a sus dioses sacrificios humanos a juzgar por los pellejos conservados en Manta, aludidos más arriba.

Además de los dioses generales de la tribu adoraban a los dioses de cada familia y todavía cada individuo llevaba piedrezuelas raras o figurillas como amuletos sagrados o los tenían ocultos y bien guardados en sus chozas como guardianes y protectores.

Una vez que para las tribus nuestras antecesoras, los dioses eran personas análogas al hombre, debía como éste tener vida, historia, recuerdos, tradición.

Los Cañaris, por ejemplo, adoraban unas lagunas y contaban que en ellas se había ahogado voluntariamente una culebra muy grande, de la cual creían que provenían algunas de sus parcialidades. Entre los mismos se encontró una tradición tan interesante como la de la Biblia (libro sagrado de Judíos y Cristianos) acerca del diluvio y de Noé. Referían que, en muy antiguos tiempos, ocurrió una inundación general en la que perecieron todos los hombres sin que se salvaran más que dos hermanos encaramándose en la cumbre de un alto cerro. Pasada la inundación, bajaron al valle y repoblaron la tierra. Esta tradi-

ción pregunta González Suárez ¿sería un recuerdo del diluvio bíblico? "Lo más probable es, responde, que esta tradición se refería a alguna inundación acaecida en América y localizada por los Cañaris en la provincia en que ellos habitaban". Pues hay que tener en cuenta que al principio de la época cuaternaria,—que así se llama la que actualmente atraviesa el globo después de haber tomado su presente forma al través de millares de siglos que se llaman épocas primaria, secundaria y terciaria,—hubo un período de muchos y grandes diluvios sobre toda el haz de la tierra a causa del enfriamiento del globo que permitía la rápida condensación de los vapores, diluvios de los cuales casi en todos los pueblos primitivos se ha conservado un vago recuerdo, pues, la especie humana ha existido desde la época terciaria, es decir, desde hace más de doscientos mil años.

Tenían las tribus indias por aves de mal agüero al buho y a la lechuza, cuyo canto, como es todavía para nuestros campesinos ignorantes, era presagio de muerte. Ciertas clases de arañas grandes y peludas servían a los sacerdotes y adivinos para sus embaucamientos y sortilegios: pues creían que se podía aplacar a las almas y mantenerlas a distancia y aun protegerse contra sus malos propósitos por medio de palabras mirteriosas, de fórmulas mágicas, de ritos y amuletos.

Explicando los indígenas primitivos las cosas, las fuerzas y los fenómenos que no se ven del mismo modo que las cosas que se ven y se sienten, tal como todavía hacen los indios que viven apartados en nuestras cordilleras, creían que, como los golpes y las fracturas se reciben de algún enemigo o animal, las enfermedades eran causadas por al-

gún mal queriente, mediante procedimientos misteriosos o introduciéndose el mismo animal en el cuerpo, quizás mientras el hombre dormía.

La obra del brujo actual, como del antiguo sacerdote, consiste en ocasionar por medios mágicos el mismo daño a la persona causante de él o sacar del cuerpo del paciente los animales que motivan la dolencia. La medicina en sus primeros tiempos ha sido función de los sacerdotes. Sólo al andar del tiempo se ha hecho una profesión distinta.

Tales eran las creencias, costumbres y medios de vida con que, no sabemos desde qué tiempo, existieron en las hoy tierras ecuatorianas las indígenas tribus, hasta mediados del siglo XV, en que sus costumbres, creencias, lengua, etc., se modificaron algún tanto, mediante la influencia del pueblo Inca, gran imperio del Sur que, viniendo a conquistar estas tierras con Tupac-Yupanqui y Huina-Capac sucesivamente, acabó más bien por ser incorporado al reino de Quito, gracias a los triunfos de Atahualpa, poderoso y, por desgracia, primero y último soberano de este reino, pues terminadas sus enormes conquistas se inició la invasión española.

Sucesos guerreros y políticos

Resumen o Cuestionario:.....

.....

.....

Como resumidamente acabamos de decir al final de la lección anterior, durante la segunda mitad del siglo XV las tribus del territorio hoy ecuatoriano, sostuvieron encarnizada lucha por defender su independencia contra la invasión de los Incas, soberanos del imperio que entonces existía en el territorio peruano. (1).

El Inca Tupac-Yupanqui comenzó la invasión.

La resistencia fue tan valiente y tenaz que en sojuzgar sólo la actual provincia de Imbabura se tardó veinte años Huaina-Capac, hijo y sucesor de Tupac-Yupanqui, y él por su parte cometió actos de barbarie como la matanza de 30.000 caranquis, cuyos cuerpos arrojados a una laguna inmediata tiñeron las aguas, lo que dió motivo para que, desde entonces, se llamase a esa laguna Yaguar-cocha, laguna de sangre.

Atahualpa, hijo de Paccha, hija a su vez del último jefe de los Quitos, a la muerte de Huaina-Capac, su padre, recibió en herencia el reino de Quito que, gracias a las conquistas de éste, comprendía todo el territorio del Ecuador y además territorio hoy colombiano hasta Angasmayo, río que se halla más allá de Pasto.

(1) Véase el apéndice II.

Un hermano paterno suyo, heredó el Imperio del Cuzco; pero la paz entre los dos hermanos duró poco, pues Huáscar, tratando de incorporar a sus Estados el territorio que ahora comprenden las tres provincias ecuatorianas del sur, Loja, Azuay y Cañar, puso en movimiento un gran ejército y, cayendo de improviso sobre el reino de Quito, tomó las provincias que ambicionaba y siguió en dirección a la Capital, hasta las actuales provincias del Tungurahua y León. Aquí fueron detenidas las tropas peruanas por Atahualpa y sus generales Quisquis y Calicuchima, a la cabeza de un poderoso ejército que, llevando a aquellas de derrota en derrota, ora en Ambato, ora en Tomebamba, ora en Quipaipan, cerca del Cuzco, coronó con el más completo éxito la invasión peruana y hasta logró tomar prisionero al mismo emperador después de haber recorrido victoriosamente más de 400 leguas.

Atahualpa aún antes de que fuese derrotado definitivamente Huáscar y después de los triunfos en territorio peruano, fue proclamado emperador y, coronado el triunfo, llegó a dominar en el enorme imperio que venía desde Angasmayo en Colombia hasta el río Maule en Chile y desde el Pacífico hasta las selvas orientales, imperio de novecientas leguas de largo y en cuyo territorio se han formado el Ecuador, el Perú, Bolivia, y una parte de Chile y otra de Colombia.

Terminada la conquista se hallaba el emperador descansando de las penalidades de la guerra en el balneario de Cajamarca, ciudad septentrional del Perú, cuando recibió la invasora visita de los españoles con Pizarro a la cabeza en 1532, fecha

en que termina la primera parte de nuestra historia.

Caracteres generales del régimen incásico

Resumen o Cuestionario:.....

.....

.....

Desde que nuestro país hizo parte del gran imperio fundado por los Incas es indispensable que demos a conocer los caracteres de la civilización, gobierno, costumbres, creencias, etc., de los Incas, pues la influencia de estos, si nula en la costa, fue algo determinada en las tribus de la sierra.

El Imperio era denominado en la lengua quichua, lengua oficial de los Incas, *Tahuantinsuyo*, como quien dice la redondez de la tierra, lo habitado y conocido en cualquiera dirección que se tome. Tan grande idea tenían de que su Imperio era enorme! Este estaba dividido en cuatro departamentos, correspondiendo nuestro país al septentrional, denominado *Chinchasuyo*.

En cada departamento había una especie de virrey, y de los virreyes se componía el supremo consejo del Inca.

Al conquistar, para el Imperio, un nuevo país acostumbraban los Incas conservar en el mando a los propios gobernadores de la tribu o pueblo conquistado, poniéndolo bajo la vigilancia del respectivo virrey.

Eran innumerables las naciones que componían el Imperio y tan distintos en usos, tendencias, supersticiones como hondo en muchas de ellas el deseo de independencia o el odio al Imperio o a las tribus vecinas con quienes tenían que convivir tranquilas en el seno de él. De aquí que los pueblos estaban sometidos a la más estrecha vigilancia y para esto se dividía a los pobladores en grupos de diez, de ciento, de mil, de diez mil, etc., con un superior sobre cada grupo. Cada mes el jefe inferior daba al superior los datos y noticias sobre la conducta de sus subalternos, que fuesen necesarios para la buena marcha de la administración pública, datos que por la jerarquía de vigilantes llegaba hasta el Emperador. De este a la inversa bajaban las órdenes necesarias siguiendo la misma escala jerárquica.

Cuando conquistaban un pueblo que se mantenía muy rebelde, acostumbraban sacar de su seno grupos más o menos grandes de familias para trasplantarlas a lejanas tierras y por lo general a países que quedaban despoblados por la misma razón. A estos grupos de familias trasplantadas se llamaba *mitimaes*. Tupac-Yupanqui extrajo del Cañar para conducir al Cuzco un buen número de familias; lo mismo hizo con pueblos enteros de los Puruhaes que quedaron desiertos y fueron repoblados por aimaraes traídos de Bolivia. El pueblo de Quero en Tungurahua se formó exclusivamente con indios traídos del Cuzco. Se cuenta que a los extranjeros que mandó venir de otras partes para poblar Latacunga, que entonces no se llamaba así, el Inca les dijo *Llacta Cunani*, os doy hogar, de lo que se motivó el nombre de la población, y de los mitimaes debe venir el nombre

de mítimas que lleva el barrio sur de esa ciudad. Tribus hubo, como la del cacique Píntac, que prefirieron expatriarse voluntariamente antes que someterse al Inca. Desde la falda del Antizana hacía sus acometidas a Quito y daba sorprendentes ataques a las tropas de Huainacapac, hasta que hecho prisionero y traído a esta ciudad prefirió matarse sin tomar alimento a someterse al Inca. En recuerdo de él y del sitio por donde solía presentarse, se llama Píntac un pueblecito de la cordillera oriental de la provincia de Pichincha.

A más de la institución de los mitimaes, acostumbraban los incas para sujetar a las provincias rebeldes a su dominación, conservar cerca de sí, en rehenes, a los hijos de los jefes y a la vez trabajaban por la unificación del imperio educando a esos jóvenes en las costumbres incásicas. En pos de esta unidad eran extinguidos los idiomas nativos y reemplazados con el quichua; en todas partes se imponía la adoración del sol estableciendo templos, colegios de sacerdotes y tierras de labranza para la nueva divinidad.

Con las tropas fieles solían establecer entre los pueblos sospechosos de insumisión colonias militares que mantuviesen el orden y difundiesen las ideas y costumbres del sistema incásico.

Con el mismo objeto cruzaron el imperio de norte a sur por medio de dos famosos caminos: el de la cordillera y el de la costa; crearon, antes que en Europa, los correos o postas que eran individuos radicados de trecho en trecho y encargados de transmitir a toda rapidez de uno a otro la orden o noticia de que se trataba.

Los incas querían la unificación pero no la confusión de sus pueblos y por esto ordenaban

premiosamente que cada tribu conservase el color del vestido y la forma del tocado que le era peculiar, de modo que por estas señas se conocía al punto el pueblo a que pertenecía un individuo.

Todo estaba reglamentado en el imperio de los Incas, desde los grandiosos trabajos emprendidos para el servicio del monarca hasta la hora de comer y de descansar en el retiro del hogar doméstico.

El indio vivía para el imperio y aún en el fondo de su cabaña era vigilado por la autoridad. El soberano era el dueño de todas las minas, de todas las tierras, de todos los ganados y hasta de la caza que podía perseguirse en los montes. Por disposición del soberano recibía el indio el terreno que cultivar, el algodón y la lana de que había de tejer su vestido y cuando el indio llegaba a cierta edad debía tomar esposa y los matrimonios se contraían en un mismo día todos los años en la vasta extensión del imperio. Habían resuelto los Incas el difícil problema de la conservación del bienestar común con el repartimiento igual de los bienes de fortuna entre sus súbditos. Estos eran exclusivamente agricultores y entre ellos no había ni comerciantes, ni industriales; pues, aunque se trabajaban muchas minas en varios puntos del Imperio, la extracción de los metales no tenía por objeto ni la utilidad privada, ni la común, sino el lujo de los soberanos y el esplendor del culto religioso.

Los incas no conocían ni tenían necesidad de ninguna clase de moneda y bajo su administración allí donde lograban establecer completamente su sistema de gobierno, cesaba al punto toda transacción mercantil y los pueblos y los individuos

pasaban a la condición de pupilos del soberano.

El gobierno de los Incas conservó avasalladas muchas tribus que antes vivían en guerra constante y les acostumbró obligatoriamente al trabajo en una vida quieta y sosegada, bajo la tutela omnipotente y minuciosa del soberano, fuente de todo derecho y toda moralidad, que era obedecido ciegamente.

Familia, alimentos, vestidos, fiestas, etc.

Resumen o Cuestionario:.....

.....

.....

Entre los incas estaba en uso la poligamia y si bien los particulares se contentaban con una mujer, los curacas o jefes tenían dos o más y los soberanos llegaron a tener serrallos con centenares de concubinas; pero la mujer legítima del emperador era su propia hermana y el hijo mayor de ese enlace era el príncipe heredero. Las relaciones entre el padre y la mujer y sus hijos eran las mismas que hemos relacionado al hablar de las tribus primitivas, con la diferencia de que en el régimen incásico también el padre o jefe de familia estaba obligado al trabajo,

Desde los alrededores del Cuzco se trajo hasta nuestro país la llama cuya carne servía de alimento y de cuya lana se tejían vestidos. La alimentación era principalmente vegetal, pero también comían cuyes, pescados y armadillos. Parece

que no usaban ni la leche ni los huevos. En cuanto a vestuarios casi nada tuvieron que aprender y variar las tribus primitivas, a no ser el uso de los cascabeles al borde de las mantas que acostumbraban los caciques en sus días de fiesta. Las mujeres usaban a la espalda una pequeña manta cuadrada, dos de cuyos cuatro extremos, los cruzaban en el pecho sujetándolos con un prendedor de oro, plata o espina de cabuya, según la posición social de la que lo llevaba.

Cada individuo tenía un oficio determinado a más de la ocupación general de la agricultura; unos cuidaban los rebaños de llamas, otros las trasquilaban, otros tejían la lana; otros hacían objetos de barro, otros objetos de oro y plata; otros las armas; otros los caminos, los templos y los acueductos, y otros las minas. Algunos cuidaban de los campos trabajados contra los animales dañinos y otros servían en el ejército, el gobierno o el sacerdocio.

Como el Sol era el dios de los Incas, debía ser objeto de muchas observaciones en el curso de ese astro. Así habían dividido el año en doce meses distribuidos del solsticio de invierno de un año de los nuestros al solsticio de invierno del siguiente. El año además estaba dividido en cuatro períodos comprendidos entre los dos solsticios y los dos equinoccios y al principio de cada uno de estos cuatro períodos celebraban una fiesta principal.

Las fiestas celebraban haciendo sacrificios, bailes y bebidas y eran tantas para cada labor agrícola que casi se tocaban las unas con las otras. Se sacrificaban llamas, alpacas, huanacos, vicuñas y aves; en algunas fiestas sacrificaban también ni-

ños y doncellas. Dos eran las fiestas más solemnes: la de *Capac Raimi* o baile real que tenía lugar en el equinoccio de Diciembre, y la de *Intic Raimi* o baile del sol, en el solsticio de junio.

Para que se tenga idea de cómo era una fiesta incásica, contaremos siguiendo a González Suárez la manera de celebrarse el Intic Raimi en Quito: "Precedían tres días del más riguroso ayuno; el día de la fiesta mucho antes de que saliera el sol, el Inca acompañado de la Corte, familia, Ejército y pueblo subía a la cumbre del Panecillo, y en el silencio más profundo puestos de cuclillas con la cara al Oriente aguardaban la salida del astro del día. Al asomar el sol se agazapaba todo el concurso a excepción del Inca que seguía de pie y sonaban los instrumentos músicos y el Inca con los brazos levantados, haciendo una fervorosa deprecación le presentaba chicha al Sol en dos grandes vasos de oro. Del uno se derramaba y del otro tomando el Inca un sorbo se servían todos los grandes de la Corte. Luego penetraban al templo a adorar al sol en una imagen de oro, le ofrecían sacrificios y el pueblo se entregaba a bailes y borracheras. Los grandes de la Corte iban disfrazados de animales o aves o de algún otro modo recordando el origen que pretendía tener su familia y en todo caso con mucho oro en cascabeles, prendedores, pendientes, etc."

Ya hemos dicho que la lengua oficial e impuesta obligatoriamente a los pueblos fue el quichua; pero como muchos pueblos no tuvieron tiempo de olvidar la suya, resultó que había regiones en nuestro país en que se hablaban dos lenguas y hasta tres con la importada por los mitimaes. Fue durante la Colonia cuando más se extendió

el quichua por los conquistadores y misioneros que no quisieron tomarse el trabajo de aprender sino un idioma para relacionarse con los americanos. La escritura consistía en los *quipos*, esto es, en hilos de cabuya de diversos colores y anudados de diverso modo según lo que se quería expresar. Parece que tenían otra manera de escribir que consistía en ciertas rayas más o menos hondas y largas, hechas en pequeños bastones de madera. De este modo dicen que fue hecho el testamento de Huaina Capac en Quito y llevado al Cuzco.

El monarca, el gobierno, clases sociales

Resumen o Cuestionario:

.....

.....

Entre los incas estaba hondamente arraigada la tradición religiosa y doctrina política de que la familia real descendía del Sol es decir de dios; por consiguiente era sagrada y divina la persona de los monarcas como descendientes y representantes de la divinidad en la tierra.

La más ciega y absoluta obediencia era la primera necesidad de los súbditos del Inca, que reunía en persona todas las formas de la autoridad: era el sumo sacerdote; su voluntad la única ley del Imperio; si pedía consejo a los grandes, lo hacía libremente sin obligación alguna; mandaba los ejércitos y declaraba la guerra o hacía la paz; concedía el perdón o condenaba al exterminio a

pueblos enteros. Raras veces se dejaba ver en público, habitaba en palacios suntuosos; los objetos destinados a su servicio eran sagrados; los más grandes del imperio entraban a su presencia agobiados de respeto y le hablaban con los ojos bajos; la joven que era introducida en su tálamo era tenida por feliz y su mano codiciada por los más orgullosos curacas. Cuando salía iba en una litera de oro a hombros de sus súbditos y cubierto de un velo; los caminos se llenaban de gente, estaban limpios de toda basura y cubiertos de flores. Larga era siempre su comitiva: en andas menos lujosas sus parientes; los grandes precedían al monarca y bailarines, y músicos zahumeriantes y escoltas de honor y cuerpo del ejército de todas armas. Si el monarca se dignaba descorrer el velo se le veía severo, grave, inmóvil con los ojos bajos; las muchedumbres ponían el rostro en tierra y prorumpían en aclamaciones. El vestido de finísima lana de vicuña recamado de oro, pendientes, collares, diadema, brazaletes, pechera, sandalias, cascabeles del mismo metal y piedras preciosos daban al monarca aspecto deslumbrador. La insignia era unas veces cinta y borla carmesí a la frente y otras, guirnaldas de plumas de curiquingui sostenidas por una plancha de oro.

Heredaba el imperio el hijo primogénito del monarca, habido en su hermana y esposa legítima. Al llegar a los diez y seis años recibía la investidura de príncipe heredero. Para esto debía someterse a ayunos, austeridades penosas y ejercicios militares para probar su robustez, agilidad y buen ánimo. Luego se le horadaban las orejas con un alfiler de oro para que principiara a llevar grandes pendientes que eran el distintivo de su

raza. El mismo día eran condecoradas otras incas jóvenes, descendientes de las nobles familias del imperio que vivían y eran educadas con el príncipe, formando su camaradería y una especie de corte. Las pruebas penosas de que hemos hablado consistían, por ejemplo, en dormir a suelo y cielo descubierto, pasar en vela las noches, hacer largos viajes, sufrir látigo en las piernas desnudas, acometer y defender una fortaleza, etc.

Después del Inca y el príncipe heredero venía en el orden de dignidad y como una clase social distinta la familia legítima del Inca, es decir sus hermanos legítimos y sus hijos legítimos, esto es los habidos en sus hermanas. Luego venían los príncipes bastardos habidos en las numerosas concubinas del soberano. Para estos eran todos los altos cargos del imperio.

Clase aparte constituían los curacas o jefes de tribus y pueblos conquistados con toda su parentela. Para estos eran los cargos y empleos de segunda importancia y siempre sin salir de la tribu o pueblo a que pertenecían. Otra clase formaban los intérpretes de los *quipos*, los artífices y los sacerdotes depositarios de los conocimientos astronómicos y de las tradiciones y encargados del culto oficial al Sol. Luego después venía la masa general del pueblo encargada del trabajo y la milicia para sostener y defender a las otras clases sociales. Finalmente había una especie de esclavos, los *yanaconas*, descendientes probablemente de tribus vencidas y castigadas así por su amor a la independencia. Hacían de sirvientes, pajes, etc. en las casas de los grandes.

Justicia, milicia, agricultura, y obras públicas

Resumen o Cuestionario:

.....

.....

Los litigios entre las provincias los juzgaba el Inca en persona. Los curacas en sus tribus y los jefes de grupos hacían de jueces. A lo más en cinco días debía estar terminado un juicio, dada y ejecutada la sentencia. La legislación criminal establecía cinco clases de penas: reprensión, golpe, confinamiento, prisión y muerte. El desaseo, la ociosidad, la mentira se castigaban con golpes en las piernas o en los brazos. El incendiario, el homicida, el que alteraba los linderos en los campos era ahorcado o enterrado vivo o despeñado. A los blasfemos contra el Sol o el Inca y al que violaba a las vírgenes del Sol se les sometía a tormentos antes de quitarles la vida. A los adúlteros se los mataba suspendiéndoles de los pies y el envenenador moría junto con su familia. La prisión temporal y perpetua y el confinio eran penas para los crímenes políticos de insubordinación, descontento, etc. El imperio era recorrido por visitadores judiciales y el curaca que no hubiese castigado un crimen o delito recibía la pena correspondiente al crimen o delito impune; pero asimismo el que hubiese aplicado una injusta era depuesto y confinado o preso.

Todo varón debía conocer el manejo de las armas y prestar sus servicios desde los 25 a los 60 años siempre que hubiese necesidad de ellos y, reglamentariamente, una corta temporada de tiempo

en tiempo. El jefe general era en derecho el Inca, pero de hecho encomendaba ese servicio a algún grande de su parentela. Los cuerpos del ejército eran tantos como las armas que usaban y estaban divididos en decenas, veintenas, etc. con jefes y capitanes a la cabeza. Cada cuerpo tenía su insignia y el ejército la enseña del Inca, que era un pabellón con el arco iris. Las armas ofensivas y defensivas eran poco más o menos las mismas que las de las tribus anteriores a su dominación. Lo mismo debemos decir de sus instrumentos músicos. Para el sostenimiento de las tropas había almacenes de provisiones en granos, vestidos, armas, en las poblaciones principales; de modo que la conservación o los viajes del ejército no eran molestos a los pueblos.

La dominación de los incas contribuyó a extender la agricultura y aún a mejorarla: se labraron los campos en su mayor extensión para aplicar sus productos al ejército, al culto y a las necesidades de la corona. Hasta hoy se admiran en la provincia del Azuay los restos de algunos acueductos construídos por los Incas para dar fecundidad a valles secos. Todas las labores agrarias las hacían a mano con rudimentarias herramientas de madera, cobre o piedra. Las faenas del campo eran fiestas y regocijos públicos. Los indios acudían vestidos de gala al son del ronco tambor y de la gemebunda flauta y entregados al trabajo cantaban en coros alternativos y bebían y comían y acababan por danzas y borracheras.

Los Incas trajeron a nuestra tierra las llamas, que se aclimataron especialmente en la cordillera occidental de las provincias del centro.

Dado el régimen comunista, de que hablaremos después, por medio del cual el Estado proveía a las necesidades de cada individuo, no era posible el comercio sino en reducida escala. Los de la Sierra iban a la Costa en busca de sal o de conchas llevando lana o pieles, o los de la Costa venían con sus artículos en busca de granos o de piedras de obsidiana de que hacían herramientas o utensillos. Entonces viajaban solamente los ejércitos, los mitimaes, los romeriantes a los adoratorios célebres y la enorme comitiva de los soberanos.

Para estos objetos construyeron los dos famosos caminos que iban de norte a sur, por la Sierra el uno y el otro por la Costa. Del de la Sierra se dice que fue cosa notable: "puntos: había donde se había primero formado el suelo y dado consistencia al terreno, se habían llenado abismos, tajado rocas durísimas y secado tremedales; en unas partes el suelo estaba apelmasado a golpes de maza y en otras como en los terrenos cenagosos del páramo del Azuay se lo había embaldosado con grandes sillares ajustados por medio de una mezcla de cal y arena y todos los ríos tenían su puente respectivo". Sobre este camino se habían levantado de jornada en jornada *tambos*, es decir hospederías provistas de víveres, pertrechos de guerra, vestidos e instrumentos de labranza en cantidades enormes. Estos *tambos* debían ser muchos en nuestro territorio, pero no existen vestigios sino de cinco de ellos: uno en Mocha talvez en el mismo sitio del pueblo, otro en Achupallas, otro en lo más desierto de los páramos del Azuay, otro en Déleg, provincia del Azuay, y otro en Loja en un punto denominado Las Juntas. Eran edificios

sencillos, toscos, pero sólidos pues estaban contruídos de piedra y cal.

Respecto a los Palacios reales se tiene noticia de uno construído por Atahualpa en el sito donde está Cuenca; otro en el Cañar construído por Huaina-Capac se conserva todavía (aquí recibió este emperador la primera noticia del arribo de los españoles); otro existe en la llanura de Callo al pie de Cotopaxi. En otro que existió en Caranqui se dice que nació Atahualpa. Las paredes son anchas y altas, todas de piedra y admirablemente unidas; las puertas altas, anchas abajo, angostas arriba; los aposentos no tenían comunicaciones interiores ni ventanas; las paredes enlucidas de barro fino y pintadas; la techumbre de paja con mucha inclinación. Estos palacios eran sólidos, hasta grandiosos, debían ostentar seguramente mucho oro y plata; no tenían ni bóvedas, ni arcos, ni columnas, ni adorno alguno arquitectónico.

Las casas de los particulares eran las mismas chozas miserables que todavía por desgracia vemos en nuestros campos.

Los templos tenían los mismos caracteres que los palacios y ordinariamente estaban juntos, pues el padre Sol y su descendiente el Inca bien debían morar juntos. Al lado de los templos había colegios de sacerdotes y conventos de vírgenes consagradas al Sol. Se dice que los templos de Caranqui y Tomebamba eran famosos; los de Liribamba, Achupallas y Latacunga, más modestos.

En Quito estaban los palacios y templos más notables. Las ciudades principales eran Quito, Tomebamba, Liribamba, Latacunga, y Caranqui.

Religión y culto

Resumen o Cuestionario:

.....

.....

Los incas con su dominación impusieron la religión del Sol en cuya divinidad crían y de quien se decían ser descendientes. El Sol había tenido amores con su hermana la Luna, de ellos descendió la real familia y por esto consideraba ésta como la más legítima unión la del hermano con la hermana. No obstante los indios siguieron creyendo en sus dioses particulares y practicando el antiguo culto. La religión del Sol, como dice el historiador Cevallos, no ha tenido ni mártires ni profetas, pues los incas se contentaban con que el culto público y oficial fuera el prescrito, sin entrar en averiguaciones de la intimidad de la conciencia. Por otra parte, muchas tribus originariamente adoraban al Sol, según hemos dicho más arriba, y, además, puesto que todas las tribus adoraban cada una gran número de dioses, como astros, árboles, montes, ríos, ninguna dificultad tenían en adorar una deidad más y todavía si ésta era el ser más grandioso del Universo.

El sumo sacerdote de la religión del Sol era el mismo emperador, aunque solía ceder las funciones de tal para todas las ocasiones que no fuesen las solemnes a un hermano o tío suyo. Todo el sacerdocio pertenecía a la familia real y llevaba vida austera y llena de ayunos. Estos consistían en privarse de sal, ají, bebidas fermentadas y trato carnal. Se practicó también entre los indios la

vida de clausura para las mujeres que se consagraban al servicio del Sol. Nadie sino el Inca podía entrar a los monasterios y la mujer que violaba los votos de castidad era enterrada viva. Estas mujeres cuidaban de los templos, trabajaban los objetos necesarios para el culto, hilaban la vicuña para el Inca y los sacerdotes y cuidaban de los animales destinados a los sacrificios.

Régimen comunista

Resumen o Cuestionario:.....

.....

.....

Intencionadamente hemos dejado para este capítulo final en relación a los incas, todo lo concerniente al régimen de la propiedad y el trabajo que es tan característico en la historia en nuestra patria. Lo que ahora es la base de nuestra sociedad no existía en tiempo de los Incas: la propiedad privada en virtud de la cual cada uno puede disponer libremente del uso y destino de las cosas que le pertenecen y la libertad individual que nos permite disponer de nuestra persona, facultades y trabajo según nuestras propias determinaciones. Ninguno de estos dos derechos existía o era reconocido en el régimen incásico. El soberano era el único propietario de todo cuanto existía en el imperio y el uso de todos los objetos estaba reglamentado por él. Las tierras se dividían en tres partes; el pueblo trabajaba todas; los productos

de la una eran dedicados al Sol, al culto y a los sacerdotes y era la última en cultivarse; los rudimentos de la otra eran para los Incas y toda su corte y parentela, para los tambos y los almacenes públicos y se la trabajaba en segundo lugar; la otra parte se la repartía entre los particulares dando a cada jefe de familia cierta porción que dependía de la bondad del suelo por cada varón de la familia y la mitad por cada hembra. Cada año se hacían los aumentos y disminuciones a que diesen motivo los nacimientos y defunciones. Cada familia trabajaba su lote correspondiente, y los de la tribu trabajaban en común la parte de los enfermos, viudas, y huérfanos de los que se hallaban sirviendo en la milicia, en las minas, en las construcciones públicas, etc. Se utilizaba de todos los hombres dando a cada cual, a un tullido, a un ciego, labores apropiadas a sus fuerzas y condición.

Todo estaba reglamentado en el imperio desde las grandes labores públicas hasta la hora de comer y descansar cada uno en su hogar.

Las puertas de las casas debían mantenerse abiertas para que las autoridades pudieran penetrar en ellas a cualquier momento, especialmente en las horas de comida, para cerciorarse si se obedecían o no las prescripciones correspondientes.

Toda la lana y el algodón que se recogían en el Imperio eran del Inca, quien ordenaba la repartición de cantidades fijas a cada individuo. El Inca ordenaba según las necesidades de cada región el uso de los ríos y canales; él mandaba amojonar los campos; él era dueño de todas las manadas y la cuenta de ellas se llevaba en las oficinas imperiales.

Las mujeres estaban encargadas de hilar y los hombres de tejer; pero todo indio adulto debía ser diestro en hacer una casa, labrar la tierra, regar los campos y fabricar armas y calzado.

El exceso en los productos de un año se recogía y guardaba en los almacenes públicos para los años de escasez. El indio no podía variar de casa ni de ocupación y cada uno sabía lo que debía hacer tal día o tal hora. "Todos los individuos de una misma sección debían por dos veces al mes comer juntos a cielo raso, en el campo, presididos por sus curacas: a estos banquetes públicos solían ser llevados los enfermos, los aislados, los ciegos. Si los curacas se atrasaban a estas comidas eran destituidos".

Tal era el régimen incásico que se hallaba aplicado en nuestro país, especialmente en la Sierra, cuando llegaron los españoles. (1).

(1) Véase apéndice III.

SEGUNDA PARTE

Historia Media o del descubrimiento, conquista, y vida colonial

Descubrimientos

Resumen o Cuestionario:

.....

.....

Los indios, nuestros antecesores, según hemos contado antes, vivían envueltos en las sombras de la barbarie.

Adoraban como divinidad al Sol; practicaban la poligamia y sacrificaban seres humanos en aras de sus dioses; creían en el carácter divino de la familia que les gobernaba; vivían sumidos en completa dependencia del monarca hasta en la vida doméstica, sin reconocer para la nación o el individuo el más pequeño derecho.

Vivían sin comercio, industrias ni viajes; sin curiosidad intelectual que les moviera a inquirir el universo de fenómenos que les rodeaba; ignorando la extensión del mundo en la creencia de que su imperio era toda la tierra; usando únicamente útiles de madera, piedra, hueso o cobre. Sin alfabeto, escritura ni libros; sin conocer ni el buey ni

el caballo, ni arados ni molinos; sin el enorme auxilio del hierro; viviendo en habitaciones pajizas sin muebles ni ventanas ni pisos superpuestos; sin sospechar la extincencia del trigo, la cebada, el cerdo y el carnero, ni tantas otras especies útiles, vegetales y animales.

Mientras así pasaban su vida monótona y rebajada los indios, allá en Europa, en España, los españoles, que también son nuestros antepasados, habían salido hacía siglos de la barbarie y entrado en la civilización.

Seguían la religión de Cristo que ennoblece al hombre al amparo de la caridad y la fraternidad; profesaban la monogamia; condenaban los sacrificios humanos y hasta la esclavitud, siquiera teóricamente; consideraban a sus reyes, si consagrados por Dios, pero hombres de la misma naturaleza que los demás y a los individuos, como dueños y señores de una esfera de acción voluntaria y libre de toda imposición del Estado..

Nuestros antepasados, los europeos, reconocían el derecho de propiedad individual; practicaban el comercio con países lejanos en poderosos buques de vela; cultivaban las ciencias bajo el acicate de la necesidad o la curiosidad desinteresada; dilucidaban los grandes problemas filosóficos.

Sabían que el mundo iba más allá de lo entonces conocido, muchos afirmaban ya que la tierra era redonda y todos estaban acordes en que el Sol era una parte de la naturaleza. Se usaban el papel y la imprenta, se escribía y se discutía.

Había escuelas y Universidades.

Se conocía la lira, el arpa y el órgano, el vidrio, los relojes y la moneda: los calendarios aca-

baban de hacerse sobre un cómputo exacto de la carrera de la tierra.

Tenían la brújula y la pólvora, y el hierro era, ya desde hace tiempos, poderoso auxiliar para la agricultura, el comercio y las artes.

Formaban asociaciones los artesanos, los profesionales, los comerciantes. Se alimentaban con el rey de los cereales; cultivaban la viña y la morera y utilizaban y se hacían servir del caballo, el asno, el buey, el cerdo y la oveja y acompañarse del perro, buen amigo del hombre.

Construían la bóveda, el arco y la teja, tenían buenas ciudades, palacios y catedrales magníficos, muebles cómodos, carretas, coches, molinos y grandes telares a mano y comenzaban a pavimentar y alumbrar las calles.

Habían producido, desde los más antiguos tiempos, obras supremas de belleza en pintura, escultura, literatura y arquitectura, obras que, a pesar de los siglos transcurridos desde entonces, son tenidas todavía por maestras.

En definitiva, los europeos que siglos antes también habían sido bárbaros, a la época que estudiamos llevaban una vida más libre, más cómoda, más variada, más noble que los súbditos del imperio Inca.

Estos dos grupos de pueblos, estas dos razas, estos dos diversos grados de cultura vivían separados por la inmensidad del Océano y, sobre todo, por la inmensidad de la ignorancia más cabal que cada uno tenía de la existencia del otro.

Raza india, rojiza, lampiña, de pelo lacio la una; la otra blanca, esbelta, barbada. La una, y esta talvez era la más grande diferencia, en un estado de cultura estacionario definitivamente, que

había dado de sí cuanto podía dar, que había encadenado el germen de todo progreso, las facultades individuales y quitado del espíritu toda expectativa de crecimiento, todo principio de renovación. La otra raza, en cambio, en pleno desarrollo, en ejercicio constante de una potencia espiritual cada vez más pujante, llena de gérmenes vivos y esperanzas de ampliación y crecimiento.

Nosotros somos la síntesis de esas dos razas, de esas dos culturas.

¿Cómo llegaron a conocerse y confundirse pueblos que tan distantes e ignorados vivían entre sí? Cuándo ocurrió este fenómeno? Era posible que los indios se acercaran a Europa o que los europeos buscasen América?

Desde antiguos tiempos hasta aquellos que estamos rememorando, es decir, hasta el siglo XV, los mercaderes europeos se encaminaban a través del mar Mediterráneo en busca de artículos de la India, a los puertos de la Siria, del Egipto, donde los vendían muy caros los árabes que servían de intermediarios entre esos puertos y los puertos de la India, yendo por la Mesopotamia y el golfo Pérsico o por el mar Rojo. Las especies costaban en Alejandría tres veces más que en la India y el incienso cinco veces más que en Arabia.

Así es que los europeos deseaban vivamente descubrir un camino para ir a buscar directamente en la India la pimienta, la canela, los tintes, la nuez moscada y el marfil, que en aquella época eran de gran consumo.

Este deseo creció de punto cuando los turcos, bárbaros, fanáticos, enemigos del cristianismo, se apoderaron de la Siria y el Egipto y destruyeron por completo el comercio de los puertos italianos,

franceses y españoles del Mediterráneo, con los puertos orientales.

Se tenía entonces conocimiento, por antiguas tradiciones que relataban viajes de los egipcios, que el Africa no llegaba por el Sur hasta los polos sino que, terminando mucho más arriba, permitía pasar, por su pie, del Occidente al Oriente.

Los portugueses que estaban mejor colocados geográficamente para esta empresa, la emprendieron. Sus reyes mandaron navegantes tras navegantes que siguiendo las costas occidentales del Africa y después de muchas tentativas, al fin lograron llegar al extremo sur del Continente, extremo que lo denominaron de Buena Esperanza.

Una final expedición, al mando de Vasco de Gama, pasó este cabo, entró en los mares orientales, recorrió las costas africanas de ese lado y llegó a los ansiados puertos de la India.

Estaba, pues, descubierto un nuevo camino entre Europa y Asia, su proveedora. Pero este camino si libraba de los turcos, obligaba, en cambio, a la enorme vuelta por el sur del Africa.

En tanto que los portugueses buscaban y encontraban este camino, un genio, es decir, uno de esos hombres de grandes facultades de comprensión y energía que llegan a producir en la vida de los pueblos sucesos de trascendental importancia, Colón, natural de Génova, navegante desde niño, que había hecho largos viajes, y estaba al corriente de todos los descubrimientos geográficos de su tiempo y de cuanto sobre viajes se había escrito, concibió, hacia la edad de cuarenta años, la idea de un nuevo camino para llegar a la India.

Colón estaba perfectamente convencido de que la tierra era redonda, convencimiento desde

luego que sólo pocas personas de mucho saber tenían entonces; pues, la mayoría juzgaba que la tierra era plana y que el mar no tenía confines o tenía un marco de abismos o cualquiera otra forma inimaginada.

Por consiguiente, se dijo Colón, si sobre el ignoto océano, saliendo de Europa, y gracias a la brújula, se camina siempre con rumbo al Oeste, al fin se irá a dar, rompiendo el misterio, con las abundosas tierras de la China y de la India.

Mas, Colón estaba en un error, error benéfico desde luego. Creía que la tierra era mucho más pequeña de lo que en realidad es. Desde las costas de Europa, siguiendo por el mar a las costas del Asia, hay cosa de 13.800 millas (23.000 k.) y Colón, de sus estudios, cálculos y consultas, había deducido que esa distancia no podía pasar de 4.000 millas. Seguramente, aun cuando hubiese conocido la verdadera distancia no habría cejado en su propósito genial; pero ese error facilitó la empresa presentándola menos difícil a los ojos de Colón y sobre todo a los ojos de sus auxiliares y colaboradores que no tenían la incontrastable convicción del genio.

Diez y siete años pasó Colón de Corte en Corte pidiendo a los reyes auxiliasen su empresa, hasta que consiguió realizarla.

Le rechazaron Génova, Portugal e Inglaterra por soñador y aventurero.

Pasó a España a implorar a los reyes Isabel y Fernando, llamados los Católicos, empeñados entonces en expulsar de su tierra a los moros, y no se le prestaron fácilmente oídos.

Venció su constancia; y, al cabo de ocho años de valimientos y rogaciones, obtuvo que Isabel le

confiara tres medianas carabelas mal acondicionadas y mal calafeteadas y, lo que es peor, montadas con gente forzada: la *Santa María*, gobernada por el descubridor y la *Pinta* y la *Niña* por dos hermanos Pinzón.

El 3 de agosto de 1492 salió del puerto de Palos en medio de la compasión de algunas personas caritativas que tenían por segura su perdición, de las maldiciones e insultos de los parientes y amigos de los tripulantes, de la envidia de unos pocos que sin poseer la fe y la energía de Colón, sospechaban el buen éxito y codiciaban los títulos de Almirante y Virrey que él llevaba, y además, de la burla de la gran mayoría popular.

“Desde aquel instante comenzó a redactar su diario, admirable revelación de los padecimientos y de la grandeza de alma de este hombre incomparable, y de las inexplicables alegrías y desoladores abandonos por que, alternativamente, pasan los que llevan a cabo las grandes empresas”.

Los tripulantes nada tenían de la profunda persuasión que alentaba en el pecho del almirante. Todo les parecía nuevo y extraño en medio de la imponente inmensidad de un mar no surcado hasta entonces por nave alguna; peligrosas las corrientes, aterradora la gran calma tropical y las islas flotantes de verdura; el mismo viento oriental que les llevaba, temían que continuase soplando siempre de ese modo y les impidiese volver.

Así que Colón tenía que vencer esta repugnancia con razones, con astucias, con severidad y sobre todo con la más firme resolución de caminar a Poniente. Entre tanto transcurría el tiempo y aunque Colón les hacía creer que era menor el camino que habían recorrido y decía que sólo habían

atravesado quinientas leguas cuando habían andado setecientas, se creían ante un espacio infinito.

Mil incidentes que a cada paso ofrecían encontrar tierras, salían falsos; la ilusión de las nubes que se tomaban por islas, redoblaban el desaliento con el desengaño; las ansiadas tierras no estaban sino en el mapa a pesar de haber recorrido una distancia mucho mayor que la calculada, y el sol desaparecía en el horizonte besando siempre el mar.

A veces murmuraban y también se sublevaron los marineros y le amenazaron con arrojarle al mar si dentro de cierto plazo no descubrían las buscadas costas. Colón, dominando con su serenidad majestuosa, les respondió: "No conseguiréis nada con vuestras quejas. Yo me he puesto en camino para ir a las Indias y no cederé hasta que con la ayuda de Dios las haya encontrado".

Y por fin el 12 de octubre al amanecer, después de sesenta días de viaje sale de la *Pinta* el grito de *Tierra, y Tierra, Tierra* se repite de boca en boca.

La alegría material que reinó en la chusma por haber salvado la vida y encontrado tierra, fuera la que fuese, tiene algo que ver con la efusión intensa del Descubridor que vió colmados sus deseos de veinte y cinco años, mudando los sarcasmos en aplausos, que vió descubierta otra mitad del mundo y abierto nuevos y gloriosos trabajos para la otra mitad? Este es uno de esos momentos que conoce sólo el genio y que basta para recompensar una vida llena de abnegación y padecimientos.

A la luz del sol contemplaron una isla de las más bellas, en cuyos bosques brillaba un verde

desconocido y en la que se presentaba una multitud de hombres desnudos y admirados.

Echadas al mar las chalupas, vestido de gala y con el estandarte real en la mano desembarcó Colón; rodeado de un aire balsámico, de una vigorosa vegetación y de una satisfacción que el vulgo no entiende, postróse en tierra para dar gracias a Dios y tomó posesión del país a nombre de los reyes de España y a la isla llamó San Salvador.

Los naturales de la isla nada comprendían de estas ceremonias: pero sencilla y tranquilamente se acercaban a mirar y aun a tocar a los recién llegados que a su vez se admiraban de los indígenas.

Por un error geográfico, unido a una profunda reflexión de concebir, a una incansable constancia para esperar y a esa fuerza de carácter que ejecuta las grandes empresas, llegó a realizar descubrimientos de la más alta importancia un marino que se eleva como un gigante en la historia de la Humanidad. (1).

(1) Cantó.—*Historia Universal*.

Continuación de los descubrimientos

Resumen o Cuestionario:.....

.....

.....

En su primer viaje no descubrió Colón más que islas, inclusive Cuba.

En el segundo lo mismo, siempre vagando por el mar de las Antillas en busca de las ciudades, cortes y palacios del país del oro.

En el tercero vió las bocas del Orinoco y por ello comprendió que estaba frente a un continente, pero creía que era el mismo viejo continente.

En el cuarto reconoció las costas de Venezuela y Colombia hasta el golfo de Darien.

Al regreso del primer viaje todo fueron favores y diéronle grandes promesas y auxilios para continuar la empresa. A la vuelta del segundo, se enfrió el entusiasmo. Contaban con que llevaría un cargamento de oro y llevó muy poco. Al tercero se tradujeron en persecuciones las antiguas envidias y los nuevos descontentos, a tal punto que volvió a Europa cargado de cadenas y acusado de traidor. Isabel se apresuró a borrar la afrenta y sin embargo Colón no pudo marchar de nuevo hasta pasados cuatro años y cuando llegó frente a la isla Española le prohibieron que desembarcase. Durante largo tiempo se vió privado de todo socorro en la costa de Jamaica, donde había zozobrado, y anduvo errante por el mar de las Antillas.

En España Fernando le recibió fríamente; su protectora Isabel había muerto.

Abatido por los pesares, Colón no sobrevivió a la reina más de dos años y murió sin saber que había descubierto un nuevo continente, distinto del antiguo, al que otro, un navegante de segundo orden, Américo Vespusio, iba a dar su nombre al publicar las primeras cartas de las nuevas costas recorridas.

Una vez hallado el camino los descubridores se multiplican y los descubrimientos se suceden rápidamente a raíz del segundo viaje de Colón.

Entre la multitud de aquellos es notable Vasco Núñez de Balboa y entre éstos el del Océano Pacífico hecho por él. Desde las cordilleras del Istmo vió la inmensidad de un nuevo océano azulino y tranquilo, bajó, penetró en las aguas, tomó posesión de ellas a nombre del rey de España y las llamó Océano Pacífico.

Con esto quedó comprobado que no se había llegado a Asia y a la buscada India, sino a un país nuevo, al que se empezó por llamar tierras de América o Indias Occidentales.

Las excursiones que inmediatamente fueron realizándose sobre las costas del nuevo mar, hicieron saber que hacia el sur existía un poderoso imperio, rico de aquellos metales que con tanta fiebre buscaban los españoles.

El mismo Balboa gestionó en ese sentido, pero fue ahorcado tristemente por un rival poderoso, su propio suegro, el gobernador de Panamá.

La empresa estaba reservada para Pizarro, Almagro y Luque, españoles avocados en esa ciudad. Antiguo militar, porquerizo de niño, de escasa fortuna y mucha codicia, bueno para jefe de piratas, el primero; de parecidas condiciones aunque con más años y menos arrojo, bueno para

proveedor el segundo, y el tercero un clérigo. Con un pequeño capital, propio o ajeno, formaron una sociedad para con las personas de los dos y el dinero del otro, descubrir y conquistar, bajo la bandera del rey de España, el sospechado famoso imperio.

"Se juraron solemnemente, comiéndose entre los tres una hostia consagrada, no faltar a la fe y lealtad prometidas" y Pizarro partió en una mala nave con ochenta hombres, mientras Almagro se quedaba en Panamá ocupado en aparejar gentes y vitualla para otro buque.

Penosa sobremanera fue esta primera excursión de reconocimiento: vientos contrarios entorpecían la marcha, tempestades constantes maltrataban la nave, lluvias torrenciales y calor sofocante aniquilaban a la tripulación que al desembarcar en las desconocidas costas, encontraba las playas anegadas convertidas en pantanos y ciénagas inhospitalarias.

A esto se añadieron la escasez de víveres y la lucha cruda que tuvieron que sostener con una tribu india, que obligó a retirarse a los españoles, en el punto que estos denominaron Pueblo Quemado.

Pizarro, a pesar de su energía, tuvo que regresar obligado por sus compañeros y ni siquiera pudo entrar a Panamá, porque el Gobernador Pedrarias, parece que movido de envidia, se lo impidió a fin de evitar una nueva excursión.

Con todo, la diligencia de Almagro logró disponer dos regulares embarcaciones con ciento diez hombres, algunos caballos y pertrechos de guerra y víveres en cantidad suficiente. Llegaron sin graves inconvenientes hasta el río que denomina-

ron San Juan, límite de la excursión anterior y, siguiendo por él, aguas arriba, encontraron un pequeño caserío, cuyos habitantes habían huido al bosque al aproximarse los españoles. Pusieron éstos a saco el pueblo y recogiendo una buena cantidad de oro, resolvieron enviarla a Panamá con Almagro, a fin de conseguir nuevos recursos y atraer nuevos expedicionarios,

El piloto Bartolomé Ruiz siguió al sur y Pizarro quedó estacionado en el mismo punto aguardando a sus compañeros.

Ruiz fue el primer europeo que atravesó en el Pacífico la línea equinoccial y reconoció y pisó las tierras ecuatorianas echando anclas en el Esmeraldas. Encontró bosques admirables, tierras verdes y frescas, pequeñas sementeras y aquí y allí cabañas de gentes que le recibían en paz en medio del asombro.

Continuando hacia el sur encontró una balsa de indios tumbecinos, movida por una especie de vela latina. Iban a comerciar en las costas de Esmeraldas llevando tejidos de lana y algodón con hermosos tintes de variados colores, objetos de oro y plata y hasta una balanza.

Ruiz, tomando dos indios, dió la vuelta para comunicar a Pizarro las buenas noticias que de la riqueza y prosperidad de estas tierras había recogido.

Casi al mismo tiempo llegaron Ruiz del sur con grandes esperanzas y Almagro del norte con muy buenos auxilios.

De este modo Pizarro en medio del general entusiasmo levó anclas con rumbo al sur hasta dar con una bahía, que llamaron de San Mateo por haber anclado en ella el 21 de setiembre de 1526.

Parte de la tripulación por tierra y parte por mar continuaron su marcha hasta el pueblo de Atacames, cuyas calles rectas y numerosa población, como las plantaciones de maíz y cacao de los contornos, sorprendieron agradablemente a los conquistadores. Pero los naturales del país que al principio se habían retirado a los bosques, acabaron por salir y empezaron a acometer a los españoles.

Después de algunas escaramusas resolvieron éstos, viéndose sin fuerzas suficientes para la lucha, que Almagro tornase a Panamá en busca de gente y recursos y Pizarro con los tripulantes aguardasen en la isla Gallo, no lejana de la costa.

Los días pasaban y Almagro no regresaba, pues los compañeros de Pizarro habían logrado hacer llegar al Gobernador de Panamá una representación lastimera en la cual pedían les librase haciéndoles volver a Panamá, de las penalidades de la excursión iniciada.

En vez de Almagro llegó a la isla un agente del Gobernador con la orden consiguiente a la súplica de los expedicionarios.

Pizarro manda, pide, ruega a sus compañeros que no le abandonen y como viese inútil toda gestión, se yergue soberbio, impotente, toma su espada y con ademán decidido traza en el suelo una línea de oriente a occidente y señalando al norte dice: *allá la pobreza*, y señalando al sur: *allá la riqueza* y luego añade: *el que quiera participar de mi fortuna que me siga* y salta la línea de norte a sur con dirección al misterioso Perú. Trece hombres de corazón le siguen y saltan la línea, uno tras otro, después de su capitán.

ron San Juan, límite de la excursión anterior y, siguiendo por él, aguas arriba, encontraron un pequeño caserío, cuyos habitantes habían huído al bosque al aproximarse los españoles. Pusieron éstos a saco el pueblo y recogiendo una buena cantidad de oro, resolvieron enviarla a Panamá con Almagro, a fin de conseguir nuevos recursos y atraer nuevos expedicionarios,

El piloto Bartolomé Ruiz siguió al sur y Pizarro quedó estacionado en el mismo punto aguardando a sus compañeros.

Ruiz fue el primer europeo que atravesó en el Pacífico la línea equinoccial y reconoció y pisó las tierras ecuatorianas echando anclas en el Esmeraldas. Encontró bosques admirables, tierras verdes y frescas, pequeñas sementeras y aquí y allí cabañas de gentes que le recibían en paz en medio del asombro.

Continuando hacia el sur encontró una balsa de indios tumbecinos, movida por una especie de vela latina. Iban a comerciar en las costas de Esmeraldas llevando tejidos de lana y algodón con hermosos tintes de variados colores, objetos de oro y plata y hasta una balanza.

Ruiz, tomando dos indios, dió la vuelta para comunicar a Pizarro las buenas noticias que de la riqueza y prosperidad de estas tierras había recogido.

Casi al mismo tiempo llegaron Ruiz del sur con grandes esperanzas y Almagro del norte con muy buenos auxilios.

De este modo Pizarro en medio del general entusiasmo levó anclas con rumbo al sur hasta dar con una bahía, que llamaron de San Mateo por haber anclado en ella el 21 de setiembre de 1526.

Parte de la tripulación por tierra y parte por mar continuaron su marcha hasta el pueblo de Atacames, cuyas calles rectas y numerosa población, como las plantaciones de maíz y cacao de los contornos, sorprendieron agradablemente a los conquistadores. Pero los naturales del país que al principio se habían retirado a los bosques, acabaron por salir y empezaron a acometer a los españoles.

Después de algunas escaramusas resolvieron éstos, viéndose sin fuerzas suficientes para la lucha, que Almagro tornase a Panamá en busca de gente y recursos y Pizarro con los tripulantes aguardasen en la isla Gallo, no lejana de la costa.

Los días pasaban y Almagro no regresaba, pues los compañeros de Pizarro habían logrado hacer llegar al Gobernador de Panamá una representación lastimera en la cual pedían les librase haciéndoles volver a Panamá, de las penalidades de la excursión iniciada.

En vez de Almagro llegó a la isla un agente del Gobernador con la orden consiguiente a la súplica de los expedicionarios.

Pizarro manda, pide, ruega a sus compañeros que no le abandonen y como viese inútil toda gestión, se yergue soberbio, impotente, toma su espada y con ademán decidido traza en el suelo una línea de oriente a occidente y señalando al norte dice: *allá la pobreza*, y señalando al sur: *allá la riqueza* y luego añade: *el que quiera participar de mi fortuna que me siga* y salta la línea de norte a sur con dirección al misterioso Perú. Trece hombres de corazón le siguen y saltan la línea, uno tras otro, después de su capitán.

Los demás se volvieron con el agente de Panamá.

Ocho meses de amarguras, hambre, desnudez, pasó Pizarro en la solitaria isla, mientras sus socios Luque y Almagro lograban vencer la resistencia del Gobernador, empeñado en prohibir la misión de cualquier auxilio a los expedicionarios.

Llegado que hubo el esperado buque, Pizarro en vez de retornar de la isla a Panamá, como lo había dispuesto el Gobernador, se dirigió al sur y llegó a ponerse hasta la altura de Túmbez.

En este viaje quedó plenamente convencido de la existencia del imperio Inca, de la abundancia de metales preciosos que sus pobladores mostraban, y de la fecundidad de la tierra y de la bondad del clima que por todas partes se veía y se sentía.

De regreso a Panamá, despertaron el entusiasmo las noticias que llevaba y, de acuerdo con sus socios, pasó a España a pactar con el Rey las condiciones de la conquista de las tierras descubiertas.

La conquista

Resumen o Cuestionario:.....

.....

.....

Pizarro, con los títulos de Gobernador y Capitán General que había traído de España ya acompañado de algunos sacerdotes, cuyos consejos debía seguir, según constaba en el contrato celebrado

con el Rey, y de 185 soldados, en tres naves, con veinte y siete caballos y provisiones de boca y de guerra, salió de Panamá con dirección a Túmbez a principios de 1531, en tanto que Almagro quedó en acopio de nuevos auxilios.

En llegando a San Mateo los expedicionarios descendieron a tierra y continuaron el camino por la orilla paralelamente a las naves que iban costeando.

En su marcha, de Norte a Sur, a lo largo de las costas de nuestra patria, los españoles, sin mayor obstáculo, iban sometiendo cuantos pueblos hallaban al paso, apoderándose de todo el oro y las esmeraldas que encontraban y que eran en grande cantidad, haciéndose servir de los indios como bestias de carga y usando y abusando de las mujeres, hasta que llegaron a Puná.

Aquí la resistencia de los indios fue tan formidable como la devastación que los españoles causaban y la empresa habría fracasado nuevamente si no hubiese llegado con auxilios Hernando de Soto, el descubridor del Misisipí, que venía atraído por las noticias de la maravillosa riqueza del Perú.

Pasaron al continente y en Túmbez fundaron la primera ciudad española en estas regiones con el nombre de San Miguel.

Durante estas peripecias y travesías, que duraron cosa de año y medio, se había informado Pizarro de las luchas que por entonces sostenían entre Atahualpa, soberano de Quito y su hermano Huáscar del Cuzco, que hemos referido antes.

Las circunstancias no podían ser más opotunas para emprender la conquista y Pizarro partió resueltamente para Cajamarca donde se hallaba

Atahualpa descansando de las penalidades de la guerra fratricida.

Dos meses tardó Pizarro en ponerse desde la costa hasta la sierra, porque su viaje fue lento y cauteloso, aunque en ninguna parte se le puso obstáculo ni se le hizo resistencia. Al contrario recibió obsequiosas embajadas de parte de Atahualpa y encontró desguarnecidas las fortalezas del camino.

Dábale confianza, entre otras cosas, su fanática convicción de que Dios pelearía por él, como decía a sus subalternos, igualmente convencidos de lo mismo, y se creía con pleno derecho a esa sobrenatural ayuda ya que había venido a anunciar a los indios idólatras la, por él, verdadera religión.

Un día, de repente al doblar uno de estos ángulos agudos que forman la arista de la cordillera—escribe González Suárez—quedaron los españoles sorprendidos, viendo el extenso y pintoresco valle de Cajamarca que se presentaba como en el fondo de un anfiteatro de colinas encumbreadas, unas sobre otras, hasta convertirse en altos cerros desnudos de vegetación.

En el centro del valle se dejaba ver la ciudad india, cuyas casas cubiertas de paja contrastaban con el matiz verde de los campos del contorno: dos ríos atravesaban el valle, y hacia el extremo oriental, como a una legua de distancia de la ciudad, se divisaba el vistoso campamento de Atahualpa: los innumerables toldos de algodón del campamento del Inca se destacaban a lo lejos, prolongándose en líneas blancas hasta confundirse con el horizonte.

Pizarro, antes de principiar el descenso a Cajamarca, puso en orden su escasa gente, repar-

tiéndola en tres cuerpos: la infantería ocupaba el centro, protegida por dos escuadrones de caballería que marchaban respectivamente a la vanguardia y la retaguardia, comandados por Pizarro y por su hermano Hernando; y así con el mayor orden y las banderas desplegadas, fueron bajando de la sierra al valle.

Como Cajamarca estaba completamente desalojada a propósito para recibir a los blancos advenedizos, Pizarro escogió para sus tropas los edificios de la plaza que creyó más adecuados para el ataque y la defensa y envió a Soto primero y luego a su hermano Hernando con algunos hombres en comisión a saludar al Inca e invitarle a venir al campamento español.

El Inca, magestuosa y ricamente adornado en medio de su corte, y sin manifestar sorpresa alguna, accedió a la petición de los embajadores y al día siguiente, desde muy temprano, se puso en movimiento la comitiva india que no llegó sino a la tarde a la plaza de la población.

Abrían la marcha numerosas compañías que limpiaban el camino, luego seguían las guardias reales y compañías de cantores, músicos y danzarinas precediendo al Monarca que venía en doradas andas, ricamente vestido. Seguíanle otros príncipes de sangre real, también en andas aunque menos lujosas, y, finalmente, el ejército que por no caber en la plaza, se quedó en las afueras.

El total de la comitiva era seguramente de muchos miles.

Los españoles entre tanto habían pasado arreglando sus armas, poniendo cascabeles a los caballos y repartíendose provisiones.

No llegaban a doscientos, con setenta caballos, unos pocos arcabuces y dos piezas de artillería.

Todos estaban ocultos en los edificios y convenidos para el ataque, cuando Pizarro diese la señal.

Llegado que hubo a la plaza, el monarca indio no vió a ningún español, hasta que se presentó el dominicano Valverde con una Biblia en la mano.

El fraile, después de santiguarse, por medio del intérprete, le enderésó un sermón sobre los misterios del cristianismo, sobre la Iglesia, el Papa, la donación que éste había hecho a los reyes españoles de las tierras descubiertas y, finalmente, de que el Inca y sus vasallos debían someterse a la religión católica y Carlos Quinto.

—Soy independiente, adoro al Sol, nadie podrá regalar mi imperio, respondió Atahualpa, y, sobre todo, con qué autoridad me habláis, añadió el Inca.

Entonces Valverde le presentó la Biblia que la tomó el Inca, la registró, la aplicó al oído y luego la arrojó al suelo diciendo al fraile:—Di a tus compañeros que ya les pediré cuenta de su conducta en mis dominios y vengaré todos los agravios que me han hecho.

Entonces el fraile recogiendo la Biblia se dirigió a Pizarro y le habló airadamente del desprecio que el Inca hacía a la religión y al monarca.

Pizarro dió un tiro de arcabuz, que era la señal convenida y luego lanzando el antiguo grito de guerra español: *Santiago y a ellos*, salieron todos los españoles a un tiempo sobre la apretada e indefensa multitud de indios.

Los gritos de los españoles y los clamores de los indios, las trompetas y tambores, los arcabuces y cañones, los cascabeles y relinchos llenaban el ambiente de ruido ensordecedor.

Las espadas y las lanzas, las balas y los cascos de los caballos y la misma sofocación de la estrecha multitud que se atropellaba enrolada en la plaza, hacían entre los indios muertes y heridas sin cuento.

Ninguna resistencia hicieron éstos a la traicionera audacia española. Cuando la matanza estaba bastante adelantada, en media hora que había transcurrido, Pizarro con veinte hombres de reserva, rompiendo el humano remolino que se había formado al rededor del Inca, se lanzó sobre él, lo tomó prisionero sin resistencia alguna, lo llevó a su cuartel y ordenó que cesara el ataque.

Los indios, que hasta entonces se apiñaban al rededor de su monarca para defenderlo siquiera con sus cuerpos, viendo su prisión huyeron des-pavoridos, dejando en la ciudad más de dos mil cadáveres y sin haber causado a los españoles ni una herida mucho menos una muerte.

Cada cuerpo de ejército y todos a la desbandada huyeron a su respectivo país llevando la desoladora noticia de la catástrofe ocurrida.

Los españoles por la noche dieron gracias a su Dios por las incomparables mercedes recibidas ese día y al siguiente, poniendo a saco la ciudad y especialmente el campamento, recogieron un enorme, fabuloso botín constante de oro, plata, telas, rebaños y sobre todo mujeres y hombres que comenzaron vida de esclavos.

Una vez prisionero Atahualpa, comprendiendo la sed de oro que devoraba a los españoles, ofreció

por su rescate tanto oro y plata cuanto cupiese en la pieza que le servía de prisión, hasta la altura a que llegase su brazo.

Aceptada la oferta, y dadas por el Inca las órdenes necesarias comenzó el oro a llegar, mas cuando ya estaba al llenarse la medida, resolvieron, los españoles dar muerte al Inca, por creerlo más conforme con sus intereses.

Se dividieron los caudales encomendándose previamente a Dios y pidiendo su inspiración.

Luego instuararon un juicio a laman esa española, con jueces, alcaldes, escribanos, etc. para que juzgase o más bien dicho condenase a Atahualpa por haber usurpado la corona a su hermano Huáscar y ordenado su muerte, por estar casado con muchas mujeres a la vez, por ser idólatra, por haber disipado los bienes y las rentas públicas, etc.

La sentencia como era de esperarse, fue de muerte: el rey debía morir quemado.

La misma noche, el 29 de Agosto de 1533, en medio de los soldados que, formados al rededor de la plaza con antorchas en la mano, ayudaban con oraciones a bien morir, el infortunado rey después de recibir el bautismo de la religión católica de manos del sacerdote Valverde, fue ahorcado, pues, por gracia especial, se le cambió la forma de muerte.

Los españoles hicieron exequias religiosas al difunto, guardaron duelo algunos días, y se echaban unos a otros la culpa de ese crimen.

Poco después Pizarro alzó su campamento y se dirigió al Cuzco.

Continuación de la conquista

Resumen o Cuestionario:.....

.....

.....

Uno de los generales de Atahualpa era Rumiñagüi que, perspicazmente, comprendió que las persistentes invitaciones de Pizarro a su rey para que fuese a Cajamarca, podía traer por consecuencia la prisión de éste.

Así pues, la víspera de esa célebre entrevista, poniendo algún pretexto, se separó del campamento real y mientras Atahualpa se encaminaba al cuartel de los españoles, el general con cinco mil soldados suyos, todos quiteños, como él, se encaminó a Quito, en donde se hizo proclamar soberano y reorganizó el ejército enteramente resuelto a defender su patria contra los blancos invasores.

Por otra parte Sebastián de Benalcázar, teniente de Pizarro en el gobierno de San Miguel de Piura, sabedor por una parte de que Alvarado, otro explorador español, venía desde Guatemala con ánimo de conquistar el reino de Quito, y por otra parte llamado por los cañaris que más bien querían someterse a los extranjeros que aprestarse con Rumiñagüi a la defensa de la independencia patria; sin esperar órdenes de Pizarro y con cosa de ciento ochenta hombres, se decidió a la conquista de ese reino y se puso en marcha.

Duramente resistió Rumiñagüi a Benalcázar en varios combates, uno de los cuales duró un día entero y causó la muerte de cosa de siete españoles y catorce caballos, que era mucho daño ya por

el corto número de estos y aquellos como por las desiguales armas que los contrincantes usaban, pues indios, en cambio, morían por miles en uno y otro bando, porque como se ha dicho, a favor de los españoles peleaban los cañaris.

Con todo, el desaliento era general entre los indios apocados de suyo y quizá también fatalistas.

Sobre las derrotas vino una erupción del Tun-gurahua y dícese que los indios creyeron que por medio de este fenómeno sus dioses anunciaban el fin del reino de los Incas.

La derrota de las tropas que se mantenían fieles, la traición de muchos pueblos y el desaliento general obligaron a Rumiñagüi a retrocer a Quito.

Incendió las poblaciones, arrasó los campos, hizo matar a cuantos pudo de los que con él no estaban, derribó los ídolos y los templos, recogió las riquezas y las enterró en lugares ocultos y poseído de un enorme despecho se retiró a la Cordillera.

De tiempo en tiempo hacía desastrosas correrías sobre los españoles y al fin cayendo prisionero fue ajusticiado.

Rumiñagüi fue el único general que supo defender el suelo patrio y morir por él en medio de la cobardía de toda una nación contra docientos invasores.

Benalcázar, en tanto, triunfando siempre sobre Rumiñagüi, aunque algunas veces dudoso del éxito, fue tomando posesión de las tierras, ciudades y pueblos hasta llegar a Quito, corazón y capital del reino, donde entró en diciembre de 1533 y poco después Almagro la fundó con el carácter

de ciudad española, denominándola San Francisco de Quito.

Después mandó Benalcázar dos expediciones, una que conquistase el territorio que ahora forma las provincias del norte y otra al río Guayas contra los Guancavilcas.

Estos dieron algo que hacer, pues destruyeron a poco de hecha la fundación de Guayaquil ordenada por Benalcázar.

Poco después se hicieron una segunda y una tercera fundación, ordenadas por Pizarro que, ya gobernador pacífico de las tierras incásicas, había fundado la ciudad de Lima y fijado en ella su residencia.

Benalcázar deseando tener un gobierno independiente, puesto que el reino de Quito hacía parte de la jurisdicción de Pizarro, partió muy pronto hacia el norte, donde conquistó tierras hoy colombianas y fundó Popayán.

Más de docientos fueron los primeros españoles que se acercaron en Quito y recibieron solares.

Los padres franciscanos, con Jodoco Ricki a la cabeza, establecieron el primer convento y, sobre todo, fueron los primeros que sembraron el trigo en lo que hoy es plaza de San Francisco en Quito y que enseñaron a los indios a hacer arados de madera y labrar la tierra con yuntas.

En el convento se enseñaba a los indios rudimentos de aritmética, la lectura y el trabajo de carpintería, sastrería y otros oficios.

Alonso Hernández, compañero de Benalcázar, introdujo los primeros toros y vacas, el mismo Benalcázar los cerdos y otros las ovejas, los

pavos, etc. El mismo ejército contaba con caballos y perros.

A muchos españoles no sólo se les dió solares en la ciudad sino también tierras de siembra, con indios, para que las trabajasen a título de *encomendados* para que recibieran la civilización y sobre todo la religión católica, pero pasaron, en verdad, a ser esclavos o por lo menos siervos. (1).

Caracteres de la conquista

Resumen o Cuestionario:.....

.....

.....

Los españoles que vinieron a América dieron a conocer grande valor en cuanto tuvieron que luchar contra obstáculos formidables que presentan estas tierras tropicales, de grandes montañas, caudalosos ríos, impenetrables bosques, nevadas cordilleras y aquí ardientes y allá glaciales climas. Constancia, energía y coraje revelaban todos los días en su difícil labor.

Pizarro pasó en la isla Gorgona, cuando venía a explorar estas tierras, con sólo trece compañeros, ocho meses en la más completa soledad en un clima ardiente, de lluvias permanentes y cuando se le acabaron los víveres vivieron de hojas,

(1). Véase el apéndice IV.

raíces, culebras, de bichos y del cuero de sus botines.

La expedición de Alvarado demoró cinco meses en llegar desde las costas de Manabí a las alturas que quedan sobre Ambato y tenía que abrir camino en los enmarañados bosques a fuerza de hacha, de manera que avanzaban docientos a trecientos metros al día y encontrando tierras anegadizas, atolladeros, quebradas profundas sobre las cuales tenían que echar puentes. Soldados hubo que perdieron el juicio al contemplar estas dificultades.

Para alimentarse servían caballos, perros, vívoras, monturas y muchas veces se morían de sed oyendo correr al fondo de un abismo cerrado por lianas o enredaderas impenetrables. Lluvias de tierra y volcanes en acción vinieron los conquistadores a conocerlos en esta tierra, con gran espanto.

En la expedición de Alvarado murieron por las penalidades del camino ochenta y cinco castellanos y un sinnúmero de indios. Otros quedaron ciegos con el reflejo de las nieves en la cordillera.

Los compañeros de Gonzalo Pizarro, en el Oriente, tuvieron que vestirse de hojas una vez concluidas sus ropas y sangraban a los caballos para con esa sangre mantener a los enfermos.

Este grande coraje era inspirado en pequeña parte por el fanatismo religioso y en parte mayor, por insaciable codicia.

Se creían enviados de Dios para salvar a los indios y contaban con su apoyo y lo solicitaban en todos los momentos difíciles. Aseguraban ha-

ber visto a San Miguel pelear a favor de ellos cuando luchaban con los tumbecinos.

Pizarro, después de la prisión de Atahualpa y de la terrible matanza que en los indios hicieron hasta quedar cansados, excitaba a sus compañeros a dar gracias al cielo. Los socios Almagro y Pizarro se comieron entre los dos una hostia consagrada. Para comenzar una matanza de indios se encomendaban a Santiago. Imploraron a Dios para dividirse el tesoro de Atahualpa al mismo tiempo que tenían resuelto no dar libertad al Inca como debían hacerlo en cambio de ese tesoro. Antes de dar la sentencia de muerte a Atahualpa pidieron luces al cielo, rezaban mientras el fuego consumía al desventurado rey.

Para buscar caudales no respetaban ni las tumbas. A los cadáveres de los Incas en el Cuzco arrancaron las joyas y bastones que llevaban.

Los primeros meses después de la toma de Quito, la ocupación única de los españoles consistía en derribar las casas y cabar la tierra buscando tesoros.

A todo indio que caía en su poder le daban tormento o le quemaban lentamente a fin de que declarase el paradero de los caudales de Atahualpa y como a Benalcázar le dijese que en el pueblo del Quinche estaban, se fué allá y no encontrándolos mató a todos los varones del pueblo.

En busca de esos caudales recorrió Benalcázar las provincias del norte con loco y feroz afán, causando males a edificios y personas.

Sólo la busca del *Dorado* motivó la expedición de Gonzalo Pizarro, gobernador de Quito, al Oriente. Gonzalo con 350 soldados y 4.000 indios casi todos encadenados para evitar que se huya-

sen, 150 caballos, 2.000 cerdos y otras tantas llamas salió de Quito y trasmontó la cordillera oriental.

"Al entrar los expedicionarios en las selvas todo fue trabajos y penas, refiere Cevallos, porque empezaron a llevar encima aguas y más aguas sin descanso y porque lo tupido de ellas y la creciente de los ríos detenían sus pasos a cada instante. Al andar de dos meses los víveres comenzaron a corromperse en el ardiente clima, los vestidos a despedazarse y los indios y animales a morir".

Después de cuatro meses de andar sin esperanza de descubrir algo en medio de oscuras selvas aquí allí habitadas por algunos salvajes, hizo construir un bergantín que le confió a su teniente Orellana con 50 hombres.

Este bajó del Coca al Napo y siguiendo este río descubrió el Amazonas y se fue a España, dejando abandonado a Gonzalo, que le pasó esperando meses.

Se mantenían los expedicionarios con yerbas y raíces y empezaron a cubrirse de hojas porque la ropa se les caía en pedazos y murieron 220 españoles y más de 3.000 indios en medio de los estertores del hambre y de la fiebre maldiciendo de Pizarro y del *Dorado*.

Entraron a Quito los restos de la expedición en junio de 1524, en el más triste estado, después de haber vagado por las selvas año y medio.

Junto con el coraje, el fanatismo y la codicia, los españoles dieron muestras de terrible crueldad.

La isla de Puná, en seis meses de residencia española, quedó desierta de hombres y vegetales,

arrasada, seca, sin una brisna, habiéndola encontrado con 20.000 habitantes, florida y cultivada.

Españoles hubo que a Pizarro aconsejaron que a todo indio, para dejarlo en libertad, se le debían cortar las manos.

Se dice que el imperio de los Incas tenía 10'000.000 de habitantes al iniciarse la conquista y 3'000.000 al terminarse.

Talvez estas cifras sean exageradas la una por lo alta y la otra por lo baja, pero el despoblamiento fue visible, tan visible que los Cabildos embezaron a tomar medidas contra ello, poniendo coto a los abusos de los jefes que para cualquier expedición tomaban mil, dos mil indios que casi todos morían, porque los jefes no se cuidaban de alimentarlos mientras los hacían servir como bestias de carga. Regiones hubo, especialmente en la costa, que quedaron completamente despobladas a fuerza de asesinatos y matanzas.

Los que murieron en la lucha, con las armas en la mano, fueron relativamente pocos.

Se cuenta que viajando un español perdió un machete en el fango del camino y que para volver a buscarlo quizo dejar una señal y entonces arrancando el hijo que una india llevaba a las espaldas lo clavó de cabeza en el fango.

Por cualquier pequeño incidente cortaban las orejas, las manos, la nariz, los pies o les reventaban los ojos. Los ataban de dos en dos y los hacían rodar en las enormes laderas de la sierra andina. Encerraban familias, tribus enteras en sus casas, en sus pueblos las incendiaban para inspirar terror a los vecinos.

Los viajes de los españoles eran con toda seguridad viaje eterno para los indios que los acom-

pañaban: la despedida para un viaje, era la despedida para la muerte.

Un español estimaba más un caballo que la vida de cien indios y hasta por diversión soltaban en una llanura grupos de indios desnudos y los hacían despedazar con sus perros.

La cobardía de los indios, por otra parte, fue grande, aunque la superioridad de los españoles por los caballos, armas blancas y las armas de fuego era inmensamente notable.

Con Atahualpa en Cajamarca estaban más de 20.000 indios y Pizarro tomó preso al Inca contando con ciento ochenta soldados.

No pasaron de mil los que subyugaron el grande, aguerrido y poblado imperio incásico.

Por otra parte el imperio estaba dividido en tribus, en pueblos enemigos y rivales entre sí y mientras resistían a los españoles otros les auxiliaban.

Los españoles contaron con la ayuda de los tumbecinos para destruir a los punaes y contra Rumiñagüi y los últimos restos del ejército del imperio, los cañaris se prestaron por miles.

Para servir de espías se ofrecieron a los españoles muchos indios y hasta tribus enteras. Cuando los punaes iban a ahogar a toda la expedición española abriendo las amarras de las balsas, a tiempo fueron advertidos por los mantas y estos mismos denunciaron el proyecto de matar a los españoles en una cacería.

Los caciques de Chambo dieron planes para vencer a Rumiñagüi y se dice que los jefes vencidos por Atahualpa apresuraron la muerte de éste, delatando a los españoles que los pueblos se preparaban a libertarlo.

Benalcázar contó con auxiliares poderosos y espías astutos entre los indios.

Oigamos al historiador González Suárez: "Desnudos los indios, armados sólo de hondas o de picas de madera aguzada, hacha de cobre o dardos frágiles ofrecían en sus apiñadas filas blanco seguro a los arcabuces de los castellanos; el estampido de las armas de fuego los ahuyentaba aterrados, porque creían que los extranjeros manejaban el rayo, mensajero del sol, a quien adoraban por Dios; las cortantes espadas daban tajos terribles en sus miembros indefensos, al paso que sus flechas no hacían sino rozar la ferrada cota de los blancos y sus hachas apenas mellaban el yelmo de sus enemigos: el indio peleaba a pie, y el español sobre ligeros caballos, que ponían terror a los americanos que no habían visto jamás ese monstruo; las disciplinadas huestes de los conquistadores iban al combate con el conocimiento militar de una experimentada milicia, mientras los indios se precipitaban en atumultadas muchedumbres, sin orden ni concierto, estorbándose unos a otros en las acometidas y atropellándose en la fuga".

Los españoles tuvieron a favor de su obra el espíritu servil y obediente de los indios que era sumamente acentuado.

Si aquí y allí se sublevaron fue en fuerza de las crueldades de los españoles, no porque les repugnase la sumisión a la que estaban largamente acostumbrados en el régimen incásico.

La codicia, la concupiscencia, la crueldad de los españoles era capaz de llenar la más grande medida de paciencia.

El despotismo de los Incas era completo, descendía a todos los pormenores de la vida y los

pueblos están acostumbrados a una existencia monótona, silenciosa, sometida a detallados y severos reglamentos.

De aquí que caídos los Incas muchísimas tribus, a veces los caciques en tropel se iban ante los españoles a ofrecerles obediencia; pero como éstos buscaban algo, mucho más que obediencia; buscaban sus ídolos, sus joyas, sus vasos de oro, el oro de sus templos y el honor de sus mujeres, los indios huían o se sublevaban débilmente para ser castigados con crueldad.

Tales son los rasgos dolorosos y vergonzosos también de este grande hecho de nuestra historia.

Guerra civil

Resumen o Cuestionario:.....

Puede afirmarse que todavía no estaba consolidada la conquista de estos países y pueblos y ya tuvieron que discutir, a la cabeza de sus partidarios y con las armas en la mano, los dos socios Almagro y Pizarro, disputándose la posesión del Cuzco.

Según los pactos hechos entre ellos y el rey de España, a Pizarro correspondía el norte y a Almagro el sur del imperio de los Incas.

El Cuzco ¿en cuál de las dos secciones quedaba comprendido?

La respuesta a esta interrogación fue la guerra civil.

Almagro salió venciendo y su contrincante le hizo dar muerte; mas los partidarios de Almagro le saludaron como sucesor de los derechos de éste a su hijo, y poco tiempo después asesinaron en su propio Palacio de Lima a Pizarro y proclamaron gobernador del Perú al joven Almagro.

Carlos Quinto, que gobernaba entonces en España, cuando tuvo conocimiento de los comienzos de la guerra civil mandó como comisionado pacificador a Cristóbal Vaca de Casto, quien desembarcando en Buenaventura vino a Quito y pasó hacia donde ya para entonces gobernaba el joven Almagro.

En todo el transcurso de su viaje fue recogiendo tropas y más auxilios necesarios a un buen ejército.

Almagro fue vencido y ejecutado y la paz quedó restablecida.

Mas la corte de España creyó conveniente crear sobre el destruído imperio de los Incas el virreinato de Nueva Castilla, nombró virrey a Blasco Núñez de Vela y le mandó con nuevas ordenanzas y leyes para organizar estos países y especialmente para contener los desmanes de los conquistadores sobre la raza india, desmanes que con rasgos enérgicos y vivos colores daba a conocer por la prensa y de palabra Fray Bartolomé de las Casas.

De comprender es, pues, el disgusto con que fue recibido el Virey, a tal punto que el pueblo y las autoridades de Lima tomaron preso al Virey y lo remitieron a España; mas el capitán del

Acabóse de imprimir
en Quito
el 25 de diciembre
de 1931.



PUBLICACIONES DE LA
BIBLIOTECA ECUATORIANA

Carlos Dousdebés.—“Surtidores Blancos”.

Remigio Romero y Cordero.—“La Romería de las Carabelas”.

PROXIMAMENTE

Historia del Ecuador.—Varios Autores:
Tomos IV y siguientes.

Belisario Quevedo.—“Sociología Ecuatoriana”.

Antología de poetisas ecuatorianas

Augusto Arias.—“El cristal indígena—Espejo”.

Alfonso Rumazo González.—“Historia de la Literatura ecuatoriana—I Poesía”.

Alfredo Baquerizo Moreno.—“Estudios de crítica e historia”.

Medardo Angel Silva.—Poesías completas.

EN PRENSA

Volumen III de la BIBLIOTECA ECUATORIANA.—“El Ecuador en la América Prehispánica” por José Rumazo González.

Volumen IV—“Gobernantes del Ecuador”, por Alfonso Rumazo González.

Volumen V—“Crítica y Biografía”, por Nicolás Jiménez.

Volumen VII—“Novelas Cortas”, por Alfredo Baquerizo Moreno.

Serie Independiente de la BIBLIOTECA ECUATORIANA.—Volumen I—“Proa”, por José Rumazo González.

PRECIO: 4 sucres.

buque lo desembarcó en Túmbes y el Virrey se vino a Quito.

Gonzalo Pizarro que, concluida su gobernación de Quito, se había ido a establecer en Charcas, fue señalado por la opinión general de los conquistadores como el jefe adecuado para luchar contra el Virrey y si era necesario hasta contra la misma España y proclamar la libertad de estas tierras.

Así pues el Virrey en Quito y más tierras del norte, ayudado por Benalcázar, gobernador de Popayán, y Pizarro en Lima con la cooperación de la mayor parte de españoles, se preparaban a la lucha, y, después de algunas idas y venidas, los ejércitos se encontraron en Iñaquito, llanura que ahora es parroquia Benalcázar al norte de Quito.

Triunfó Pizarro y murió el Virrey.

También en este caso España, sabedora de lo mal recibidas que habían sido las ordenanzas y de la guerra que se había encendido en nuestras tierras, mandó otro comisionado sin auxilio material de ninguna clase, pero lleno de amplios poderes, un humilde clérigo, Pedro de la Gasca, que, conforme él decía, no traía sino su hábito y su breviario. Las armas que traía estaban en su espíritu: diestro conocedor de los hombres y de las maneras de subyugarlos, de entendimiento para comprender el mejor partido de las cosas, de voluntad serena, fría y resuelta para insistir sin vacilación alguna sobre la resolución que había tomado y de muy agradable conversación aunque de menguado aspecto.

Llegó a Panamá cuando Gonzalo, ebrio del triunfo y de la adulación de los pueblos, goberna-

ba como señor absoluto desde Chile hasta Panamá.

Las autoridades de este puerto, después de alguna resistencia, fueron vencidas por la discreción de La Gasca y entregándole la armada con él vinieron a las costas peruanas tocando en todos los puertos y en todos ellos consiguiendo que las tropas y los pueblos volviesen a la obediencia de España. Pizarro por su parte, en vista de la deserción de sus amigos, pero tenaz en resistir, salió de Lima con dirección al Sur y diciendo a sus camaradas: Con sólo diez que me queden conquistaré de nuevo el Perú.

Salió al encuentro Centeno que gobernaba en Charcas y no obstante que las tropas de éste estaban en número doble, salió derrotado.

La noticia de este hecho causó hondo desaliento en el ejército de La Gasca que ya se hallaba en la sierra peruana. Sólo él conservó serenidad y firmeza.

Al fin se encontraron los ejércitos frente a frente, y, apenas dada la orden de ataque, y no trabada aún la lucha, los partidarios de Pizarro empezaron a pasarse por individuos, por compañías, por escuadrones a las filas de La Gasca.

Prisionero Pizarro y ejecutado, quedó restablecida la paz.

Grande fué la energía del vencedor al repartir los premios de la victoria para contener las excesivas pretensiones de los jefes que le habían ayudado al triunfo. Algunos por esta causa sufrieron la pena de muerte.

En el orden administrativo, el pacificador que, por sus altas dotes y sus amplios poderes, tenía el título sólo de Presidente de la Real Au.

diencia, ordenó la fundación de algunas ciudades como la de Loja a Alonso Mercadillo, redujo los tributos de los indios, reformó el régimen municipal, el de la hacienda pública, demarcó los límites de los obispados de Popayán, Quito, Lima y Cuzco, dictó otras medidas interesantes y partió a España a principios de 1550.

Desde aquí comienza para las colonias una época de lento crecimiento al amparo de una vida monótona, silenciosa y tranquila y, además, triste para la manera actual de ver la existencia.

Carácter de los conquistadores y de los conquistados.

Resumen o Cuestionario:.....

.....

.....

Como la historia es el conocimiento de los hechos y de sus causas y como una de estas causas es el carácter de los pueblos, vamos aquí a tratar del carácter de los españoles y de los indios, siguiendo a notables psicólogos. Así comprendemos mejor el momento actual y los hechos que la historia cuenta.

En las diferentes regiones de España se notan diferencias de carácter sobre un fondo común.

Entre los castellanos, que fueron los que en mayor número vinieron a América, se notan estos rasgos: estatura mediana, fuertes músculos, sobrios, avezados a la fatiga y capaces de soportar

grandes privaciones. De temperamento bilioso, nervioso, sabe ocultar bajo un continente sereno, hondas y a veces terribles pasiones.

Las dos características más notables son la irratibilidad y el amor propio. Se muestran serios, lentos, graves, solemnes y altaneros. Aun en la miseria y la desgracia su actitud es orgullosa de señores amos, apáticos ante las necesidades de la vida. Son generosos pero no humanitarios, obsequiosos como amigos pero no como hombres.

Duros con los animales, con los hombres, consigo mismo, contrastan con otros pueblos por falta de bondad simpática sociable. Su insensibilidad que experimentaron los indios, llegó con grande frecuencia a la crueldad fría y hasta la indiferencia. Su varonil voluntad es inflexible, seca, sin arranques de ternura ni sentimentalismo.

Aspira siempre a lo grande, a lo solemne y es ritualista y amigo de muchas formalidades y expedientes. Por hacer las cosas perfectamente bien, del mejor modo que concibe en su imaginación, no las hace ni regularmente del mejor modo que puede realizarlo. Medita proyectos quiméricos y se queda en la inacción más completa.

En todo español típico hay un Don Quijote idealista y soñador y un Sancho observador y socarrón.

Su imaginación se exalta interiormente y vive de visiones internas que se traducen en proyectos irrealizables. Muy amigo del descanso, se entrega, bajo el acicate de la necesidad pasajera, a trabajos duros y violentos antes que a la labor metódica y permanente y además es lleno de prejuicios contra el trabajo manual y en pro de la nobleza de apellidos y de sangre.

A América vinieron aventureros, fantaseadores febriles, amigos del azar, y la ociosidad llegó a ser motivo de orgullo y el trabajo de menosprecio.

Se cree que para el trabajo manual no se ha menester de talento. Todo el que se cree con medianas facultades se entrega al ocio o a buscar títulos académicos o empleos.

Los vagos creen rebajarse al trabajar y no juzgan deshonroso vivir de limosna, de prestado o de otros modos peores. "La aversión por el esfuerzo sostenido y perseverante, la idea de superioridad que se atribuye a la vida ociosa por mezquina que sea, dice un español, la admiración y simpatía que se tiene por los que gastan y derrochan esterilmente su fortuna, la especie de altanería con que se mira todo lo que es previsión, orden, trabajo personal son rasgos de nuestro pueblo".

El mérito de la buena conducta es postergado ante el de las recomendaciones de la nobleza o de los personajes.

Es muy amigo de crearse personajes indiscutibles aptos para todo.

Bajo un manto de individualismo falso es inclinado al gregarismo al rededor de una persona más que al rededor de una situación: personajes para el gobierno social, caudillos para la política, directores para la conciencia. Con frecuencia se oye decir a un subalterno dirigiéndose a su superior: no le hago lo que Ud. me manda como amigo. Tenemos respetos personales, pero difícilmente respetamos una ley, una autoridad, una institución por el sólo carácter de tales. Obe-

decemos mejor órdenes personales que disposiciones generales.

No es buen guerrero, formado de espontaneidad, de valor individual fundamentalmente aventurero, contrario a toda organización verdadera. La autoridad de un joven le deja inmóvil, pero puede ir hasta la muerte atraído por un caudillo. Si conoce el fin, el objeto preciso, decae su entusiasmo, en cambio lo desconocido, lo imprevisto le atrae.

Exagerado en la piedad religiosa, fácilmente llega al fanatismo; desmedido en el amor propio es orgulloso y exaltado; en el amor es celoso. Es absoluto y difícilmente reconoce la relatividad ni el límite hasta donde debe creer, amar, obrar, imponer u obedecer y desde donde no se debe creer, amar, obrar, imponer u obedecer.

Es incondicional en todo sentido. Es subalterno o insolente o es sumiso; el amante mata o adora; el superior lo manda todo o no manda nada. En la árida llanura castellana, en los horizontes sin matices, las almas no reconocen la relatividad y las cosas son buenas o malas y los creídos verdaderos o falsos y los hombres santos o perversos. Le gusta la línea recta, seca, fría aunque lleve al abismo. De aquí que es intolerante. Hombres fieros defienden principios absolutos con fe agresiva y convierten la historia en tragedia sangrienta. A nombre de ideas simples, rígidas y de una intolerancia a la vez política y religiosa arrojó de la península a los moros y los judíos y quemó a un sinnúmero de españoles.

El clero es todo poderoso y se confunden la Iglesia y el Estado, la religión y la política.

En religión es ritualista, dogmático, de devoción inflexible y ciega a los actos externos del culto, vacío de sentimientos hondos, dulces, caritativos; desconoce el derecho ajeno a la libertad de conciencia e impone la fe por el terror. Tiene afán de proselitismo y de conquistas espirituales, de unidad, de uniformidad, de monotonía.

Políticamente ha sido España una democracia anarquista, contraria a la jerarquía, indisciplinada y orgullosa. El español echa la culpa de todo lo malo al gobierno y de éste lo espera todo, hasta la felicidad eterna.

Es el pueblo más amigo de leyes y reglamentos, juntas y discusiones y todo lo quiere hacer con estatutos y decretos. Y las resoluciones y leyes quedan escritas porque nadie quiere tomarse ni el trabajo ni la responsabilidad de llevarlos a cabo. Es un rasgo común del español el miedo a cargar sobre sí una responsabilidad. *Pero no dirá que yo he dicho* es la muletilla que va después de una delación o queja.

Se dice con frecuencia que el español es individualista, profundamente impregnado del sentimiento de libertad personal. Desde luego no es un individualismo como el de los ingleses, de voluntad verdaderamente enérgica que no excluye la obediencia a la regla y que, por el contrario, exige el dominio de sí mismo. Y esta energía no existe en el individualismo de los españoles. Al contrario, indisciplina, movilidad, facilidad en el olvido de las reglas, dificultad para ofrecer una obediencia sostenida y paciente, hábito de contar con el apoyo ajeno, de esperar siempre de otro, en la ayuda extraña, de evitar responsabilidad y de descargarla sobre el vecino, todo esto no consti-

tuye un individualismo positivo, fundado en la energía y el valor personal. Es más bien un individualismo negativo por falta de voluntad e imperio sobre sí mismo, como también por falta de unión y cooperación.

Si podemos decir que el español peca por falta de disciplina, el indio peca por extremo opuesto. Tiene un alma tan largamente disciplinada por la servidumbre, por el despotismo que ya lleva en sí como carácter la bajeza, el servilismo, el miedo. Nunca visto es un indio que sepa defender con entereza y dignidad su persona y sus derechos.

Paciente, sumiso, resignado, no se subleva ni por el honor, ni por la virtud, ni por la patria, ni por la ambición, ni por la codicia. Sólo el instinto de conservación, cuando se siente atacado, es capaz de moverle. A porciones se ofrecieron los indios para servir de espías en contra de su misma raza. Es callado y taciturno, hipócrita y desconfiado. Suele guardar mucho tiempo el sentimiento de venganza.

Físicamente no es enérgico, pero es resistente; no es capaz de trabajos de empuje, pero sí de aquellos que no requieren sino una fuerza media de larga duración. Es sobrio y los españoles, que pasan por muy sobrios en Europa, se admiraban de que una familia india pudiera vivir con la ración de un español.

Es desaseado y de pocas necesidades, por consiguiente consume poco y no siente ni el afán ni la exigencia de una producción y un trabajo intensos: vive con poco y trabaja también poco.

Su talento es diestro para la imitación: notables artesanos, hábiles ejecutantes, diestros copia-

dores de su raza, que para la inventiva no se muestra favorecida.

Sentimentalmente es melancólico, triste, de pasiones sencillas y monótonas, incapaz de fuertes arranques y grandes complicaciones espirituales. En el corazón del indio no hay dramas pasionales. Sus quereres no tienen profundidades ni misterios; el diapasón de ellos es muy bajo y de mínimas alternativas. Sus decisiones para hacer o no hacer son rápidas, sin vacilaciones, sin equilibrios ni contrapesos de motivos varios. Las luchas del alma rara vez las padece.

Su vida es en gran parte instintiva y tradicional; la invención y la reflexión desempeñan en ella un papel muy escaso. De impulsos violentos y pasajeros, su acción es asimismo violenta y pasajera y pronto cae en la inacción y la indiferencia. Pasa horas de horas a la puerta de su choza contemplando el cielo y el suelo.

La codicia, el afán de enriquecerse no es conocido por él que es perezoso y amigo de la vida indolente. Imprevisivo, no guarda para el porvenir y consume a medida de sus deseos presentes. Muy fácil en ofrecer no vuelve a acordarse de sus promesas. Para él no existen eventualidades lejanas, ni remotas probabilidades, ni compromisos contraídos, si no van afianzados por el temor. Para él la suprema norma de conducta es la aprobación de sus iguales. El temor a la reprobación le lleva a sacrificar su fortuna y hasta su libertad, con tal de hacer fiesta que le traerá los respetos y consideraciones de los suyos.

Cada uno es duro para con los que tiene a sus órdenes; el marido con la mujer, la mujer con los hijos, los hijos con los animales de la manada que

pastan. En sus observaciones se fija más y con mucha precisión en nimios detalles insignificantes y deja pasar los caracteres fundamentales de las cosas que pueden servir de base a pensamientos generales.

En religión es supersticioso y en moral obediente únicamente a las apariencias.

Tales eran los dos pueblos que convivieron y se mezclaron en la larga época colonial.

Organización de la colonia

Resumen o Cuestionario:

Al andar de pocos años, después de la conquista, quedaron establecidas cuatro categorías de personas en el orden social de la colonia: 1ª La de los españoles; 2ª La de los criollos, hijos de españoles, nacidos en América; 3ª La de los indios; y, 4ª La de los negros traídos de Africa para los rudos trabajos de las tierras calientes en donde se aniquiló la raza india.

Entre estas cuatro categorías había hondas diferencias sociales y políticas.

Los españoles miraban con desprecio a los criollos y reservaban para sí todos los cargos públicos de alguna importancia, como también los cargos religiosos de Obispos, Superiores de conventos, canónigos, etc.

Los criollos socialmente no gozaban de las mismas consideraciones, y política, administrativa y religiosamente no podían aspirar sino a cargos de ínfima importancia, como escribanos, secretarios, amanuenses, porteros, etc.

Los indios eran considerados como menores de edad y vivían en una semiesclavitud bajo el mando y tutela y para el provecho de sus amos.

Los negros ya se sabe que eran esclavos, es decir, considerados como cosas pertenecientes a sus amos.

Nuestra patria, incluyendo en ella, por el norte, Popayán y Buenaventura, y por el sur Paita y Jaen, fue constituida bajo el nombre de Presidencia de Quito, a la que se llamaba también Reino de Quito, como parte del virreinato de Lima o Nueva Castilla en los dos primeros siglos y en el tercero como parte del virreinato de Santa Fe de Bogotá o Nueva Granada.

Hacía, pues, parte del inmenso imperio colonial que entonces tenía España desde Méjico hasta tierra de Fuego.

Quien tenía la autoridad suprema en estas tierras coloniales, como en España misma, era el Rey, señor absoluto y dueño sin responsabilidad para con nadie del mando político, administrativo y hasta religioso, ya que el Rey ordenaba la creación o clausura de conventos y nombraba canónigos y obispos, cobraba el diezmo y aun daba o no el pase a las bulas pontificias. Las leyes que eran hechas por el mismo soberano o por otra persona a su nombre no tenían más fuerza y autoridad que las que les daba la voluntad del rey, a quien por consiguiente no obligaban y quien podía derogarlas cuando a bien tuviese, y derechos lega-

les frente a él no tenían ni los individuos, ni las corporaciones, ni los pueblos, ni las naciones. Este es el régimen del poder absoluto que a la presente fecha no existe en ningún pueblo civilizado.

Ahora los soberanos son las naciones y por medio de representantes dan su Constitución y las leyes, a las que tienen que someterse monarcas y presidentes.

La Presidencia de Quito estaba gobernada por el Presidente de la Real Audiencia en lo político, militar y rentístico; y en lo judicial y administrativo por la Real Audiencia que se componía del dicho Presidente que duraba en su cargo cinco años, de cuatro Oidores, a quienes se mantenía en ese puesto mientras duraba su buena conducta, de un Fiscal, un Alguacil Mayor, un escribano y los subalternos necesarios. Estos últimos cargos así como los análogos de relatores, secretarios, notarios, se conferían a los que los remataban y éstos eran dueños de ellos que podían venderlos, arrendarlos o gozarlos de por vida. El poeta Quevedo, que existía en España en esos tiempos, ha hecho el siguiente cuarteto al respecto:

Perpetuos se venden
Oficios gobiernos,
Que es dar a las villas
Verdugos eternos.

La presidencia estaba dividida en provincias con un gobernador a la cabeza y eran las de Quito, Popayán, Cuenca, Jaén, Mainas, Macas, Quijos y Guayaquil. A las capitales se llamaba villas.

Después de las provincias venían los corregimientos como el de Ibarra, Latacunga, Riobamba,

Portoviejo, con un corregidor a la cabeza que funcionaba en la población que se llamaba asiento.

Después venían las Tenencias y las Alcaldías. Estas generalmente se formaban de poblaciones indias.

La policía era desempeñada por patrullas de una Hermandad de carácter religioso con un Alcalde a la cabeza.

En las villas y corregimientos había Ayuntamientos o Cavildos que daban el arancel que habían de cobrar los artesanos, que fijaba el jornal y el precio de los artículos de consumo, que repartía solares, que cuidaba de las calles y caminos, etc. Para los asuntos de importancia se provocaba un Cabildo Abierto, es decir, un cabildo con la concurrencia de los padres de familia, y notables del lugar.

Del ejército no tenía necesidad la colonia ni por la paz interior ni por la exterior. La fuerza armada se reducía a algunas compañías de veteranos y cuerpos de milicia urbana destinados más bien al ornato de las fiestas públicas.

Las rentas públicas se formaban de los tributos que pagaban los indios desde 18 hasta 50 años y desde diez reales hasta diez pesos. (El peso se componía de ocho reales); la quinta parte de los productos de las minas que laboraban los particulares; con las alcabalas, derechos de aduana y estancos del tabaco, aguardiente, pólvora y naipes; los diezmos y el papel sellado; el producto de empleos vendibles o arrendables; el medio sueldo del primer año de todo empleado (media annata) y los que se llamaban derechos de lanza que solían abonarlos quienes compraban títulos de nobleza. El sobrante de estas rentas, después de pagados los empleados públicos, que era el

nico gasto público de entonces, era remitido a España con el nombre de *situado*.

Los franciscanos fueron los primeros en abrir bajo el nombre de Colegio de San Andrés, una escuela en que se enseñaban las primeras letras a los indios; los Agustinos crearon un curso de latín y teología bajo el nombre de Universidad; los jesuitas a mediados de la colonia abrieron un colegio de enseñanza secundaria y hacia fines del siglo XVIII se fundó la actual Universidad bajo la advocación de Santo Tomás de Aquino, por real decreto, a semejanza, en su organización y plan de estudios, a la Universidad de Salamanca. Tenía las facultades de Teología y Jurisprudencia.

En esos tiempos se fundaron varias sociedades científicas y literarias que después de corta y débil existencia desaparecían sin dejar huellas notables de saber y literatura. Tales por ejemplo la *Sociedad Patriótica de amigos del país y la Academia Pichinchense*.

Durante la colonia se publicaron algunas obras y por los títulos de ellas conoceremos uno de los rasgos del carácter de esos tiempos: *De los atributos Divinos, De la visión de Dios, Vida del padre Pardave, Colecciones de sermones, etc.* Todas estas obras estaban en latín.

La Iglesia estaba gobernada por los Obispos de Quito y Cuenca que, a su vez, estaban sometidos al Arzobispo de Lima.

Desde los comienzos de la época colonial se fundaron conventos de Franciscanos, Dominicos, Mercedarios, Agustinos, Jesuitas, Betlemitas, de San Juan de Dios. Conceptas, Catalinas, Carmelitas, Clarizas, etc.

La agricultura mejoró enormemente durante la Colonia, con relación al estado en que los españoles la hallaron. Todas las semillas y los animales traídos de Europa, por los españoles, como el trigo, la cebada, los frutales, el caballo, la oveja, el cerdo, la vaca, etc. se aclimataron fácilmente. Los productos propios de aquí como la papa y el maíz fueron mejor cultivados, gracias al empleo del arado y de la rotación en las siembras.

El comercio era sumamente reducido porque estaban cerradas las puertas de la Presidencia para los pueblos extranjeros y ni los mismos españoles podían traer y llevar mercaderías sin licencia expresa del Soberano o de la Casa de Contratación establecida en Sevilla.

En cuanto al comercio interior estaba, mucho más que en nuestros días, reducido a cambiar los frutos de una provincia con los de las provincias vecinas.

La misma falta de comercio hacía que se desarrollase algo la industria para satisfacer las necesidades locales. Así, pues, había, obrajes para tejidos de lana y algodón; se extraía la púrpura y la cera, se elaboraban o cocinaban sales; se recogían la cochinilla y el estoraque; se cazaban tortugas; se beneficiaba la pita; se lavaba oro en Zaruma y el Oriente, se escultaba y pintaba; y de la agricultura se sacaba azúcar, almidón, quesos, etc.

Ocupaciones, usos, costumbres, diversiones

Resumen o Cuestionario:

.....

.....

La vida de nuestros antepasados coloniales se dividía entre la práctica de muchos servicios religiosos, como la misa por las mañanas, y la distribución por las tardes; tenían muchas fiestas y diversiones anuales, también de carácter religioso acompañadas de corridas de toros, juegos de cañas, fuegos artificiales, procesiones y saraos; y, para los hombres, había, además, la ocupación de los empleos públicos, el gobierno, que no trabajo de sus fundos o algún pequeño negocio, y para las mujeres la vida conventual del hogar doméstico, dedicada a hacer bordados y *pegadillos* y a precidir las faenas de la servidumbre, ocupada, especialmente en las primeras horas de la noche, en hilar la lana o desmotar el algodón que debían ir al telar de los obrajes.

Por la noche, en la casa del pariente de más consideración, solían reunirse los allegados íntimos a hacer tertulia acerca de la familia real gobernante en España, según las noticias traídas por el último *Cajón* o de las disputas y rencillas de los conventos, entre españoles y criollos, por la elección del Provincial, o de los chismes y decires que corrían acerca del Presidente y de los Oidores o de los recuerdos de las fiestas pasadas o de los preparativos de las futuras.

Vamos a referir algunos rasgos e incidentes que pintan la vida de la Colonia. Humboldt, sabio

alemán de fines del siglo XVIII, ha escrito: "Cuando se recorre la cordillera de los Andes admira ver en las ciudades cortas de provincia situadas en la loma de las serranías transformados a los negociantes en coroneles, sargentos mayores y capitanes. Como el grado de coronel da el tratamiento de *Señoría*, que se repite incesantemente en las conversaciones familiares, es fácil concebir que este tratamiento es el que más contribuye a la felicidad de la vida casera, por lo cual hacen los criollos los más extraordinarios sacrificios de dinero. A veces se ven oficiales de milicias con un gran uniforme y condecorados con la orden de Carlos III, sentados en sus tiendas con suma gravedad y ocupándose, no obstante, en las menudencias concernientes a la venta de sus mercaderías; mezcla singular de vanidad y sencillez de costumbres que admira al caminante europeo".

Ser conde o marqués, escribe el historiador Cevallos, tener el título de regidor, capitán, alférez, siquiera cadete, mediante el dinero que se mandaba a la Península, como ahora se remiten letras para que se traigan mercaderías, era costumbre general y corriente en esos tiempos.

La llegada, que rarísima vez acontecía, del correo de España, era grande novedad para las colonias y lo que se llamaba *Cajón de España*, correo anunciador de la buena salud de los soberanos, del nacimiento de un príncipe, del matrimonio de un individuo de la familia real u otra cosa de la laya, entraba a las poblaciones con repiques de campanas, bajo arcos, con encuentro de las autoridades y toda especie de alharacas.

La traslación de los sellos reales, del antiguo palacio presidencial al nuevo, fue una fiesta famo-

sa. Todo el mundo estuvo vestido de lo más fino y elegante; los Regidores, por ejemplo, concurrieron con traje de damasco carmesí y con gorras de la misma tela. Los sellos fueron conducidos sobre un almohadón a lomos de un caballo blancoricamente enjaezado, bajo palio, cuyas varillas llevaban los miembros del Ilustre Ayuntamiento. Los Ministros de la Real Audiencia, vestidos de toga, iban delante volviendo la cara de rato en rato para hacer genuflexiones al *sello* mientras uno de ellos iba sahumándole con un incensario.

Los principales vecinos, con uniforme y arcabuz, escoltaban el *sello* dando salvas de cuando en cuando. Puertas, calles y ventanas todas adornadas estaban llenas de gente reverentemente descubierta la cabeza y la procesión marchaba lenta y majestuosa.

Al morir un Rey se hacían los funerales al difunto y el juramento al nuevo. De las Casas reales salían en procesión de dos alas, vestidos de negro los gremios, los colegios, las comunidades, luego los empleados con capas o mantos cuyas largas colas arrastraban por el suelo y finalmente los miembros de la Real Audiencia, con hábitos talares, en dirección a la Iglesia.

Celebrada la misa con panegírico y cantados los oficios, volvía la procesión a las Casas reales.

Al día siguiente se ordenaba por bando con mucho alboroto que se dejase el luto y todos se vistiesen de gala. Todos los empleados y vecinos nobles lujosamente vestidos, caballeros en caballos de rico jaez, se dirigían a la plaza desde la casa del Cabildo y después de dar vueltas por la ciudad cuyas casas estaban adornadas.

Al centro de la plaza, en un tablado rodeado de guardias, el Corregidor entregaba al Alferez Real el estandarte que llevaba las armas del Rey a un lado y las de la ciudad que juraba al otro, después de recibirle juramento y pleito homenaje de conservarlo y defenderlo, sacrificando aún la vida si fuese menestar. Luego todos descubiertos y en medio del más grande silencio exclamaba el Alferez levantando el estandarte: Por el Rey Nuestro Sr. Fulano de Tal, que Dios guarde muchos años. Todo el pueblo contestaba a gritos: Amén, amén.

Se disparaban los arcabuces, se echaban a volar las campanas, se disparaban cohetes, sonaban flautas, chirimías y atabales, se agitaban gorras, pañuelos y sombreros, se abrazaban los concurrentes, de los balcones se arrojaban frutas, colaciones, flores y monedas.

Después se dirigía la concurrencia a la Iglesia donde se cantaba el *Te Deum* y luego la procesión recorría las calles, llevando el estandarte por delante. Luego venían ocho, diez, quince días de corridas de toros y otros festejos populares, como disfrazados, carros alegóricos, pasadas de la cinta, etc. que no es necesario describirlos porque sin tanto lujo ni alharacas, desde luego, se ven de vez en cuando entre nosotros.

Fiestas se celebraban por el nacimiento de un príncipe, por el casamiento de otro, por la canonización de un santo, por los santos patrones de los gremios o poblaciones, en Corpus, en Noche Buena, etc. Después de las misas, procesiones y desfiles, venían toros a la cuerda que recorrían las calles.

Cada día de fiesta corría a cargo de un gremio que se esmeraba en representar mascaradas religiosas como la Curia Romana, o guerras, como escenas de la conquista. A esto se añadían certámenes poéticos, y no faltaban incidentes nimios, como en las fiestas de la Canonización de San Ignacio de Loyola en que el Presidente Morga impidió que la corrida de la sortija fuese en la plaza principal y sin su asistencia, porque había llegado a saber que la comisión invitadora había ido antes que a la suya a la casa de otras personas.

Y de incidentes de esta calaña está llena nuestra historia y revelan uno de los caracteres de la época.

Un Presidente quiso que la procesión de Viernes Santo saliese por la noche; el Obispo dispuso que saliese de día. Se trabó disputa. El hijo del Presidente fué a la Iglesia, subió al coro y objetó a los sacerdotes.

Otra ocasión, como las mujeres de los Oidores ocupasen con su servidumbre altos estrados cerca del altar mayor, a semejanza de sus maridos, el Obispo amenazándoles con excomunión, hizo notificar a los Oidores que hiciesen bajar inmediatamente a sus mujeres al cuerpo de la Iglesia. Lastimados los Oidores entran en sesión sobre el mismo estrado y dictan auto de destierro y confiscación contra el Obispo. Hubo gran alboroto, se agrió la fiesta y el asunto fué al mismo Rey de España quien debía decidir si las mujeres de los Oidores tenían o no derecho al estrado.

Otro caso: la primera escuela gratuita de latín la abrió un presbítero Sánchez y se clausuró por el destierro de Sánchez a Lima a causa de no haber saludado en la calle a la mujer de un Oidor.

Otro incidente por falta de salutación: con el Vicario que iba por la calle rodeado de clérigos, se encontró un sacerdote que acababa de ser nombrado Oidor y le saludó a aquél sólo tocándose el sombrero. Airado el Vicario ordena a los suyos tomar preso al delincuente y llevarlo a la cárcel. Se resiste el Oidor, le acometen los clérigos, le derriban, le toman unos de los brazos, otros de los pies y le llevan por las calles.

Otro Obispo reprende a un canónigo por desaseado y falto de urbanidad en el coro. El canónigo recurre a la Audiencia y ésta estudia el asunto y dicta autos y sentencias.

Otra ocasión un Obispo, en las ceremonias de la Iglesia se descuida de hacer una genuflexión delante del Presidente. Este dicta sentencia y el ministro fiscal, procede *ipso facto* a reprender públicamente al Obispo. Una procesión se trastorna y deshace porque un Oidor no quiere ir tras los demás junto con el Alguacil como querían sus compañeros que por más antiguos debían ir adelante.

Asuntos de esta clase que caso de realizarse ahora pasarían inadvertidos para el público, eran entonces de grande sensación y preocupaban a todos durante días y días.

Continuación de la misma materia

Resumen o Cuestionario:

.....

.....

No estaría completo el cuadro de nuestra historia si no hablásemos de los milagros que, con abrumadora frecuencia, contemplaban los creyentes.

Andaban buscando un sitio adecuado para fundar Ibarra, cuando sobre una nube brillante se aparece María, la Madre de Jesús, indicando el lugar en que debía ser fundada la ciudad.

Cierta ocasión un Oidor invita a sus amigos a un banquete y en él se sirve una empanada sobre las hojas de un papel. Uno de los concurrentes se fija que la mancha de grasa representa la imagen de María y exclama: Milagro, milagro. Todos ven el milagro. Se acaba el banquete y empieza la adoración y luego siguen las misas y las fiestas a la Virgen de la empanada.

La Virgen de la Nube tiene un origen semejante. Va una procesión por el atrio de San Francisco de Quito. Un concurrente cree ver la imagen de María en las nubes. Otros también se exaltan y se prosternan. Otros se restregan los ojos y no ven nada. Aquellos se creen en gracia de Dios, y estos en pecado y desde entonces existe y se venera la Virgen de la Nube.

Marianita de Jesús, que vivió en el siglo XVII, hacía milagros con grande frecuencia y hasta llegó a resucitar a una mujer muerta y sepultada.

Todas las ciudades estaban consagradas a algún santo y algunas a dos y tres. Por ejemplo, Quito, al fundarse, se consagró a San Francisco, y luego a causa de fuertes y repetidos temblores fué consagrada a San Jerónimo; después por unas sequías tomó de patrona a la Virgen de Egipto; finalmente para que la libre de los daños del Pichincha a la Virgen de Mercedes. Latacunga fué consagrada a San Vicente al fundarla, y luego, a la Virgen de Mercedes por los terremotos, y a la del Rosario por las erupciones del Cotopaxi. Portoviejo tenía por patrón a San Nicolás, pero para que le librase de una plaga de ratones se consagró a San Valerio.

No sería completa la historia si no contásemos algunos casos que hacen conocer las costumbres de los conventos que tanta importancia e influencia tenían entonces.

Tratábase de elegir Provincial de Santo Domingo en Quito. Unos sacerdotes estaban por un padre Gamero y otros en contra. La Superiora de Santa Catalina denunció al Obispo y éste a la Audiencia, terribles inmoralidades cometidas, por el candidato, en el mentado monasterio. Formáronse dos partidos en el convento de monjas, en el de frailes, en la Audiencia, en todo Quito: uno con el Provincial de Santo Domingo a la cabeza a favor del candidato y el otro, en contra con el Obispo por jefe. El Obispo con ciento cincuenta hombres armados con permiso de la Audiencia, se dirigió al monasterio Catalino a constatar los crímenes de Gamero. Este y los frailes sus partidarios, armados de cuchillos, machetes, etc., opusieron resistencia en el monasterio, pero el Obispo, arrollando a sus enemigos, penetró, comprobó

los crímenes, excomulgó al sacerdote y pidió a la Audiencia impidiera la elección de él. Más, negado el día del capítulo, los frailes eligieron al mismo Gamero y comunicaron a la Real Audiencia que la elección habían hecho con asistencia del Espíritu Santo. Siguieron las discusiones, alborotos y motines hasta que el Virrey sentenció la causa a favor del elegido.

Otra ocasión, contra un fraile que andaba fuera del convento, bajo la protección del Presidente, mandó el superior dos frailes para que lo redujesen. Lo encuentran y trábase recia lucha entre el prófugo y los criados del Presidente contra los frailes de la comisión. Triunfan aquellos y llevan a estos a presencia del Presidente, que también era clérigo. Este insulta a los presos y al que está más cercano le da de golpes. Se excomulga vuesa merced, grita uno de los frailes. ¡Yo! excomulgarme por pegar a unos mestizos, responde el Presidente. Si señor por la Bula de la Cena, replica el fraile. ¡Qué Bula de la Cena ni qué Bula del desayuno, gritó el clérigo, y mandó echar a los frailes a prisión con cepos y grillos.

Tratábase en un monasterio de la elección de superiora. Formáronse dos partidos, uno por la que había sido designada por el Provincial y los consejeros y capellanes; y otro en contra, amparado por el Obispo. Los frailes azotaron a las monjas del partido contrario y el Vicario del Obispo nombró una presidenta hasta que se resolviera la cuestión. Los frailes, por su parte, acudieron a la Real Audiencia y ésta sentenció a favor suyo. Más, al leerla a las monjas, en el coro del convento, la sentencia del tribunal en presencia de todos los frailes, de escribanos y algu-

ciles, las monjas del partido contrario protestaron y trataron de abandonar el convento, favorecidas como estaban por parientes y amigos agrupados afuera; los frailes se oponen contando con la fuerza pública que les apoya y un gentío enorme de partidarios. Trábase la lucha. Los frailes dan bofetadas, garrotazos y puntapiés a las monjas, les arrancan los velos y les rasgan los vestidos. El tumulto es enorme. Unos y otros piden auxilio. Los candeleros y las cruces sirven de armas. La noticia cunde por la ciudad. El Obispo manda clérigos en ayuda de las monjas que protestan y, al fin, se imponen éstos. Entonces, mientras las monjas partidarias de los frailes quedan en la casa, las restantes, bañadas en sangre, con cardenales y heridas, van en procesión, seguidas de sus criadas y partidarios, a recibir hospedaje en el palacio del Obispo.

Contra un Superior de San Agustín que ordenaba mucha cárcel, mucho grillo y mucho cepo, se sublevaron los frailes y una noche le atacaron en su cuarto, cuchillo y espada en mano. Mas el previsivo Superior tenía soldados adentro y la lucha fué terrible, pero al fin tuvo que fugar del convento. Los frailes no quedaron contentos. Sabiendo que quién protegía al Superior era uno de los Oidores, los más audaces fueron una noche a su casa y entraron a sus habitaciones, mientras unos quedaron en la puerta y otros en las esquinas. Los que habían entrado abofetearon al Oidor y salieron perseguidos por él y sus criados. Los frailes alcanzaron su convento y mientras las campanas tocaban a rebato, arrojaban piedras desde torres y ventanas sobre sus adversarios. Como la persona de los Oidores era altamente

considerada, la ciudad se exasperó y mientras los frailes estaban encerrados en su convento y grupos de gente armada rondaban a su favor por las calles adyacentes, la Real Audiencia convocó a nombre del Rey, a todo individuo que podía llevar armas. Entonces comenzó el sitio en forma. Adentro los frailes y sus partidarios hacían fuego y arrojaban piedras desde torres y ventanas y de afuera, a más de disparar los arcabuces, se preparaban a derribar las puertas con cañones; mas se suspendió el ataque porque un fraile se presentó sobre la portería exponiendo una hostia consagrada. Todos los concurrentes cayeron de rodillas y a gritos empezaron a pedir paz y perdón. Vino la noche y se concluyó el tumulto. Trabajaron de intermediarios frailes de otros conventos y satisfacciones y perdones dieron fin al asunto.

Cada convento de sacerdotes se creía con derechos exclusivos sobre el barrio de su contorno. De manera que muchas veces, especialmente por la noche, solían haber grandes trifulcas entre patrullas de sacerdotes y amigos de un convento, con sacerdotes de otro convento y sus amigos.

En todo este tiempo de la historia de nuestra patria, vemos que van juntas la fe más exaltada por las prácticas religiosas y la más grande relajación de las costumbres. Y esto no sucedía sólo entre los frailes y hombres de Iglesia sino también en la sociedad civil, aún cuando ya se había notado que en los casos referidos, si de origen conventual, tomaban parte poblaciones enteras.

Con todo pasamos a referir casos que, ocurridos en los mismos lugares y casi coetáneamente, pintan bien el mismo contraste en las costumbres de los particulares. Un caballero importante de Riobamba,

conociendo que su mujer le traicionaba, aparentó un largo viaje y quedó al acecho en los contornos de la casa. A poco se reúnen en ésta, en una misma habitación la culpable y su cómplice, un sacerdote, y los hijos y sirvientes de la casa. Se presentó entonces el ultrajado marido espada en mano a las puertas de la habitación a fin de impedir que saliese ninguna persona, mientras el fuego que había prendido por los cuatro costados, devoraba la casa. Se esperan los delincuentes y se retuercen de dolor. Se prosternan ante el sacerdote pidiéndole absolución. El fuego avanza, el maderamen se derrumba y todos quedan confundidos en la espantosa hoguera, ante la impávida crueldad del marido.

En los contornos de la misma ciudad vivía un ermitaño Gavilanes, practicando grandes penitencias. Como solicitase de una vecina una estampa de María, ella le proporcionó una pedaceada y ennegrecida que en su habitación tenía. El ermitaño celebraba la fiesta de María e invitó a las gentes de los contornos. Pero ¡qué sorpresa! la vecina en vez de encontrar sobre el altar entre flores y encajes, la estampa sucia que había proporcionado al ermitaño, vió un brillante cuadro de vivos colores. Conmovióse la vecina y empezó a pregonar el milagro de la transformación de la estampa sucia que había dado al ermitaño, en el cuadro bello que se hallaba en el altar; se conmovió el ermitaño; se conmovieron los concurrentes; se conmovió toda la población y la fama del milagro se regó por toda la Presidencia, y el Obispo de Quito ordenó seguir el sumario y proclamó el milagro canónicamente.

Del mismo estado de civilización vemos nacer crímenes terribles y exaltados arranques de misticismo y devoción.

Los indios

Resumen o Cuestionario:

.....

.....

Para pintar la condición de los indios, vamos a resumir la narración de los académicos españoles, Juan y Antonio de Ulloa, que vinieron a nuestra tierra en tiempo de la Colonia.

Los indios de nuestro territorio, una vez terminada la conquista, de la servidumbre del estado incásico pasaron a la servidumbre de los españoles.

Los indios fueron obligados a prestar sus servicios en las poblaciones; en las haciendas y en los obrajes o fábricas de tejidos.

Al comenzar el día lunes de todas las semanas, largas ringleras de indios, con la herramienta al hombro, y a la espalda un pequeño atado de su alimento semanal consistente en harina de cebada, maíz tostado y papas cocidas, entraban a las poblaciones unas de un lado y otras de otro, comandadas por los *alcaldes* de su misma raza.

La autoridad municipal del lugar iba repartiendo indios a cada vecino blanco del lugar que los había pedido para sus construcciones, o para el servicio doméstico, tal como proveer de leña, agua, yerba, etc. Al fin de la semana regresaba esta partida, para ser reemplazada por otra y así sucesivamente en turno.

Los que trabajaban en las haciendas, estaban adscritos a ellas perpetuamente y de padres a hijos.

Al hacerse a los españoles el reparto de las tierras, se les dió un cierto número de *mitayos* para que las trabajasen. El indio gozaba de los frutos, de un pedazo de terreno, *huasipungo*, que se asignaba en la hacienda para este objeto; recibía anualmente un corte de jerga para vestido y unas pocas fanegas de cereales. Al morir una res, del mal que hubiese muerto, recibía también una porción de carne. Las obligaciones consistían en trabajar para el patrón todos los días hábiles, por punto general, el indio y todas las personas hábiles de su familia, durante cinco o más horas; pagar al Fisco un impuesto personal de ocho pesos anuales, y hacer las fiestas para que le nombrase el cura de prioste. Como para estos dos últimos cargos, y aún para alimentarse y vestirse, no le bastaban ni los productos de su terreno, ni los cereales que recibía, pues los jornales estaban bajamente tazados por los Cabildos, era preciso pedir al amo subsidios extraordinarios, con lo que el indio embargaba a favor del amo su trabajo futuro.

Al morir el indio su deuda se cargaba a los herederos.

Más desesperante era aún la suerte de los indios destinados a los obrajes. "El trabajo de los obrajes empieza antes que aclare el día a cuya hora acude cada indio a la pieza que le corresponde según su ejercicio y en ella se les reparten las tareas, y concluida esta diligencia, cierra la puerta el maestro del obraje y los deja encarcelados. Cuando la oscuridad de la noche no les permite trabajar, entra el maestro del obraje a recoger las tareas: aquellos que no las han podido concluir, sin oír excusas ni razones, son castigados con azo-

tes a cientos, y por conclusión del castigo los dejan encerrados en la misma pieza por prisión, y aunque toda la casa lo es, hay un lugar oscuro, húmedo, inmundo, con cepos y grillos para castigarlos más indignamente que se pudiera hacer con los esclavos más culpables.

Esto pasa con los que no han llenado su tarea, pero tampoco quedan tranquilos los que la han llenado. Pues el mayordomo juzga que estos tienen tiempo sobrado para trabajar más todavía, de manera que al día siguiente, aumenta algún tanto la tarea, y así sucesivamente hasta que se sobrepasa de las fuerzas del indio.

Los dueños, para alimentar a los trabajadores, aprovechan el maíz y la cebada que se les ha dañado en las trojes, las reses que se les mueren o infectan y todo lo más malo y despreciable de sus frutos. La consecuencia de este trato, es que los indios llegan pronto a perder su salud, se aniquilan y acaban pronto por morir. Tal es la lástima que causan cuando los sacan muertos, que mueven a compasión a cuantos los ven, menos a los amos. Y muchos mueren en los mismos obrajes, con las tareas en las manos. La orden de ir a los obrajes, causa más temor en los indios, que todos los castigos rigurosos que ha inventado la dureza contra ellos. Las indias casadas, las madres ancianas, empiezan a llorar la muerte de sus maridos o hijos como si hubiesen sido sentenciados a muerte. En los caminos se encuentran indios con los cabellos amarrados a la cola de un caballo, en el que montado un blanco o meztizo, lo conduce a los obrajes".

Añadamos algunos datos más. En los pueblos de indios, que eran la mayoría del país,

los propios corregidores españoles, establecían una tienda de mercado, impidiendo a la vez que otros las abriesen, y en ella debían proveerse los indios, no de cuanto necesitaban, sino de cuanto en la tienda había, por manera que les obligaban a llevar anteojos, libros y otras cosas que para nada servían a los indios. Los precios a que les *cargaban* estos artículos, eran tres, cuatro veces más allá del justo.

Los empleados venían de España, no sólo pobres de remate, sino endeudados por los empeños que tenían que hacer para conseguir el empleo, y, en el corto lapso de cinco años, pagan sus deudas, gratifican a sus valederos, enriquecen a sus esbirros, viven bien, y todavía llevan a España el que menos, sesenta mil pesos, habiendo quien haya llevado hasta doscientos mil.

Los reyes de España, creyendo suplir la falta de moralidad de los hombres, mediante recursos administrativos y medidas burocráticas, crearon *Jueces de Residencia*, encargados de examinar la conducta de un empleado que terminaba su cargo y sentenciar acerca de ella. Esta que parece una buena medida, resultaba para empeorar la suerte de los colonos y de los indios especialmente, porque el empleado en la cuenta de las extorsiones que tenía que cometer, ponía la suma con que debía comprar el informe favorable de parte del juez, con lo que quedaba el remedio inútil y la corrupción en su punto y el abuso aumentado.

Tan extraviadas anduvieron las ideas acerca de los indios en aquel tiempo, y tan brutal era la conducta con ellos observada, que el Pontífice Romano, a solicitud de algunas almas humanitarias,

se vió en el caso de declarar que los indios pertenecían a la especie racional.

"A cualquier falta o descuido que comete el indio, se le manda tenderse en el suelo boca abajo, se le quitan los ligeros calzoncillos, que es todo su ropaje, y les azotan con el ramal, hasta completar el número asignado por castigo. El indio, una vez terminado éste, tiene que ponerse de rodillas, delante del que le ha azotado y besándole la mano decirle *Dios se lo pague*. Algunas veces, pasan de esto, pues mientras le azotan, otro individuo va haciendo caer sobre el cuerpo desnudo del indio chispas de trozos de madera encendidos, que los golpeaban unos con otros para este objeto".

Era muy común violentar los amos a los indios, para que contrajesen matrimonio, entre personas que no se querían, como impedir enlaces aconsejados por el amor.

Los indios, servían entonces generalmente de bestias de carga, pues los animales eran todavía escasos, y aún hoy vemos nosotros cosa igual en la misma capital de la República, cosa que no sucede en los países civilizados. Los ricos, los Oidores, sus mujeres, como los coches era cosa rara, solían salir en silla de mano e ir a sus haciendas en camillas o parihuelas.

El historiador González Suárez escribe: Los comisarios de la Cruzada para merecer la gracia de los gobernantes sacando mucho dinero de la venta de las bulas, obligaban a los indios a comprarlas. Los indios estaban muy lejos de entender lo que era esto de las indulgencias. Lo del permiso para comer carne les era muy extraño, porque ellos en todo el año no la probaban. Se las guardaba por tanto y en sus necesidades iban

a vendérselas a los eclesiásticos y como no les querían comprar, juzgaban que se les había engañado”.

Entonces había aquí muy poca moneda, de manera que las transacciones en su mayor parte se hacían canjeando directamente unos objetos con otros. El jornal, se le pagaba al indio en especies, y con todo se le cobraba el tributo en dinero; y como no tenía con qué pagarlo iba a la cárcel, donde se consumía de hambre y de miseria. Las cárceles solían estar llenas de indios por esta razón, o más bien dicho, sin razón.

Los reyes españoles, es cierto, dictaron muchas medidas en favor de los indios, pero el carácterístico dicho de los empleados aquí era éste: “Dios está muy alto; el rey muy lejos; el dueño aquí soy yo”. Una de esas medidas acertadas, fué la orden de eliminar lentamente las lenguas indias y reemplazarlas con la castellana. Con la igualdad de la lengua se habría facilitado seguramente la igualdad social, la civil y la política; pero esto mismo no podían nunca quererlo los españoles y más blancos de entonces, de manera que, en vez de enseñar al indio el español, éste aprendió más bien el quichua y fué tan arraigada esta costumbre, que era considerado como atrevimiento en los indios hablar el español. El indio debía hablar al amo, humildemente, recogido, con el sombrero en la mano y en quichua.

Veamos cómo se portaba el clero con los indios, y nos valdremos de las palabras del Sr. González Suárez. “Sucedió que hubo telares hasta en las casas de los párrocos, tanto seglares como religiosos, algunos de los cuales emprendieron sin escrúpulo en semejante comercio..... Ciegos de

codicia, muchos de ellos alcanzaron a enriquecerse, buscando para sí los bienes miserables de los indios. Los abrumaban con trabajos penosos, sin darles jornal ninguno, y en las fiestas religiosas ponían mayor cuidado en exigir los emolumentos temporales que en instruir a sus feligreses. Hubo sacerdotes henchidos de codicia: esta fué una de las calamidades de la colonia”.

Si la suerte del indio ahora bajo la República, que siquiera ha proclamado la igualdad, aún cuando no ha creado las condiciones sociales adecuadas para hacer valer ese derecho, es tan triste como la vemos con nuestros ojos, queda por suponerse cómo habrá sido entonces, tiempo de rudas costumbres, de ideas, de desigualdad, de nobleza, bajo régimen colonial y consecuencia de una conquista.

Sucesos varios

Resumen o Cuestionario:.....

.....

.....

Como no lo están ahora, los puertos antiguamente, estaban constantemente amenazados por los ataques de los piratas, es decir, por los ladrones de mar que, relativamente para esos tiempos, iban bien armados y bien embarcados y atacaban un puerto, entraban en él, robaban, saqueaban, quemaban, imponían contribución de rescate, etc.

Guayaquil fué víctima de la piratería, repetidas veces.

Además, siempre que Inglaterra entraba en guerra con España, barcos ingleses venían a las costas americanas, a tomar puerto por asalto y cometer las mismas atrocidades que los piratas declarados.

Unas veces, los piratas, lograban su intento, ya tomando de sorpresa la población de Guayaquil, que por entonces no contaba sino con dos mil almas, ya corrompiendo a las autoridades españolas que debían defender la ciudad. Mas, por fortuna, el mayor número de ocasiones, la ciudad con auxilios oportunos mandados del interior, por las autoridades de Quito, se defendió convenientemente y rechazó a los criminales invasores.

El primer pirata que arribó a Guayaquil fué Cavendish, inglés, a fines del siglo XVI.

La más terrible acometida fué la de los llamados *filibusteros* que tenían su centro de operaciones, en una de las Antillas y que saquearon e incendiaron Guayaquil, lo que obligó a los habitantes a cambiar de sitio la población.

También los pueblos de Manta, Portoviejo, Esmeraldas y Atacames, con menores medios de defensa aunque también ofreciendo menores incentivos para el pillaje, sufrieron iguales calamidades a tal punto que el floreciente pueblo de Atacames, ha quedado hasta el día completamente aniquilado.

También los frecuentes terremotos, han venido a destruir vidas humanas a millares, y obras de progreso en sumas de ingente valor. No sólo han destruído lo que estaba hecho, sino que han despertado en el seno de los pueblos, sentimientos pesimistas de desaliento y recelo que se han revelado en inacción y estancamiento, durante largos

períodos. Quito ha sufrido muchos terremotos, aunque ninguno de la intensidad de los que han acontecido en Latacunga, Ambato, Riobamba.

En 1698 un terrible terremoto destruyó Latacunga, Ambato, Riobamba, los pueblos circunvecinos de estas tres ciudades, y hundió el Carihuairazo, que hasta entonces había sido un elevado picacho. Latacunga, que para entonces dizque tenía veinte y dos mil almas, perdió ocho mil, junto con casas y templos. Varias instituciones, como la Compañía de Jesús y las monjas del Carmen, abandonaron la población, y éstas fueron a establecer en Quito, el llamado Carmen Bajo. En Ambato murieron cosa de dos mil almas, y no quedó *templo, casa ni choza que pareciese haberlo sido*. Del Chimborazo bajaron ríos de lodo que envolvieron y arrastraron las ruinas causadas por el terremoto y ocasionaron muertes sin cuento. Entonces se reedificó Ambato donde ahora se halla, entonces había estado más cercana al río. Riobamba, Alausí y otras poblaciones, sufrieron tanto como Latacunga y Ambato a causa de este formidable cataclismo.

En el siglo XVIII sufrió Latacunga, en unión de todos los pueblos de sus contornos, tres terremotos más, uno de los cuales talvez sobrepasó en desastres al de 1698. Riobamba fué fundada en las inmediaciones de Colta y a causa de los terremotos ha cambiado de asiento.

Las erupciones volcánicas, especialmente las del Pichincha, Cotopaxi y Tungurahua también han traído grandes daños e intensa desolación a nuestro país. Oscuridad, lluvias de cenizas y cascado, temblores, avenidas más o menos formidables, descargas eléctricas, ríos de lava constitu-

yen estos fenómenos. Pero lo que mayores daños causa son los aluviones que, por ejemplo, los del Cotopaxi, se extienden en la anchurosa llanura como un enorme manto de muerte, cubriendo sementeras y dehesas, haciendas y pueblos, y, por tanto, convirtiéndolo todo en campos desolados, cubiertos de piedras. Los ríos de lava también han causado enormes daños ya por lo que arrasan a su paso, como los del Tungurahua al fondo del Pastaza, que han detenido los ríos y causado enormes inundaciones de campiñas y pueblos.

Estos cataclismos han causado ingentes pérdidas a nuestra naciente riqueza, pues si hemos de juzgar de las cosas antiguas por las modernas, debemos tener en cuenta que las pérdidas del terremoto de Ibarra del siglo pasado se computaron en diez millones de pesos. Ciertamente que la riqueza será menor mientras más atrás vayamos, pero también es cierto que los terremotos y erupciones en nuestra tierra han sido tan frecuentes que abruma al espíritu el sólo enumerarlos.

Otra de las grandes calamidades por que pasó la colonia fué la epidemia de la viruela. Esta enfermedad no era conocida en América; vino con los conquistadores y se cebó en la raza india haciendo grandes estragos, pues, dicese que sólo en un año en el territorio de Quito murieron de veinte y cinco a treinta mil indios y hasta llegan a decir algunos observadores, que, más que a la conquista, a la viruela se debió el grande menoscabo de las poblaciones americanas. El Gobierno de España hacia fines de la época colonial hizo venir una comisión sanitaria que fué repartiendo los beneficios de la vacuna, antídoto descubierto por el insigne Jenner.

Concluído el relato de los sucesos desgraciados, pasemos a ocuparnos en los de otro carácter, siquiera sea sucintamente.

La imprenta, al parecer, fué introducida en Quito por los sacerdotes jesuitas, a mediados del siglo XVIII. Expulsados los jesuitas, como fueron en el último tercio del mismo siglo por orden del rey de España, se conoció la imprenta de Raimundo Salazar a fines del mismo siglo. Talvez la imprenta de Salazar fué la misma de los jesuitas.

Otro suceso notable fué el arribo de los académicos franceses. Comprobada la esfericidad de la tierra, los sabios, apoyados por el gobierno francés que durante toda la historia moderna se ha distinguido por auxiliar empresas desinteresadas de ciencia y humanidad, andaban buscando las verdaderas dimensiones del globo y su forma precisa. Al efecto, unos sabios fueron al Norte de Europa y otros era preciso viniesen a la zona ecuatorial, y eligieron la Presidencia de Quito. Unos y otros debían medir cierta sección del globo y hacer tales cálculos que confrontados los del norte con los centrales debían dar la figura y dimensiones buscadas. A nuestra tierra vinieron Godin y Bouguer con Carlos María de la Condamine a la cabeza. Además, les acompañaban Juan y Antonio de Ulloa, marinos españoles encargados por el Rey de presenciar las operaciones. En Caraburo (Puembo) y Oyambaro (Yaruquí) levantaron pirámides que les servían de base a sus mensuras y observaciones. También determinaron en la sierra y en la costa los puntos por donde pasa la línea equinoccial. A causa de las inscripciones

puestas en las pirámides, el Rey de España, creyendo mermados sus derechos, mandó derrocar las dichas pirámides.

Hombres notables de la colonia

Resumen o Cuestionario:.....

.....

.....

Don Pedro Vicente Maldonado, natural de Riobamba, vivió en la primera mitad del siglo XVIII, dedicado al estudio de las matemáticas, la física, la geografía, y la astronomía y obras de positivo interés nacional como el camino de Quito a Esmeraldas, la colonización de esta rica región y el levantamiento del mapa del Reino de Quito.

Entre los veinte y los treinta años, sostenido por sus propias rentas, atraviesa la cordillera, penetra en las selvas occidentales, las recorre, inspecciona y estudia, examina el suelo, determina el curso de los ríos, mide las alturas, computa las distancias, observa los vientos y las temperaturas, acopia ejemplares de historia natural, recoge noticias de las antigüedades, arregla algunas poblaciones, funda otras, levanta planos topográficos, en fin, vive una vida activa y fecunda de hombre de ciencia y hombre de acción durante seis años.

A su regreso a Quito conoció a los académicos franceses y trabó relaciones científicas con ellos,

estudió los datos tomados por éstos, como éstos estudiaron los tomados por él.

Con ánimo de dar a la estampa sus trabajos, especialmente el Mapa del Reino de Quito, partió para Europa, pero todavía para hacer su viaje más provechoso para la ciencia y para la patria, en vez de ir por el camino trillado del Océano, se encaminó a las selvas orientales por el Pastaza y el Marañón, siempre observando, estudiando y recogiendo datos útiles y científicos. El viaje en el Amazonas lo hizo en compañía de la Condamine.

Llegado a Madrid fué bien recibido, agasajado y condecorado. Allí hizo imprimir la Relación de sus servicios y pasando a París recibió grandes muestras de estimación de parte de los sabios y de las Academias quienes hicieron notables elogios de sus obras y especialmente de su mapa. Pasó a Londres donde recibió iguales muestras de estimación y allí mismo la fiebre lo arrebató en lo más florido de la vida y cuando hacía proyectos grandemente benéficos para el país. Los sabios europeos manifestaron grande condolencia y la patria perdió un hijo útil e ilustre.

El padre jesuita Juan de Velasco es nuestro notable historiador, también natural de Riobamba. Culminó su vida dentro del segundo tercio del mismo siglo XVIII y sus relaciones sacerdotales y sus viajes le proporcionaron muchos datos que durante toda su vida en nuestro país los fué recogiendo y ordenando bajo la idea de escribir la Historia del Reino de Quito. En 1767 al ser expulsada la Compañía de Jesús, fué el padre Velasco a dar en Italia. Allí siguió trabajando durante largo tiempo hasta que le acosó una enfermedad terrible que iba talvez a matar el proyecto.

del padre. Al fin ayudado en la parte material por algunos compañeros de la Orden y de la desgracia, logró redactar y hacer publicar, aunque en proporciones menores que las primitivamente concebidas, la historia de nuestra patria. La obra salió en tres volúmenes. El primero, *Historia Natural*, dividida en cuatro libros; el segundo, *Historia Antigua*, en cinco y el tercero, *Historia Moderna* en otros tantos. La obra pasó olvidada en la Corte de Madrid a donde fué enviada, por más de medio siglo. La publicación se hizo bajo la República en 1840.

Don Miguel Conde de Casa Jijón fué notable desde otro punto de vista. Natural de Quito, vivió en el siglo XVIII, dueño de grandes propiedades y lleno su espíritu de proyectos renovadores para la agricultura y la industria, emprendió viaje a Europa y se dedicó a estudiar prácticamente en fábricas, campos y talleres lo que de la vieja civilización convenía trasplantar al suelo americano.

Estuvo en París, Lyon, Berna y Ginebra. Con sus observaciones escribió "unas *Memorias* dedicadas al mejoramiento de muchas plantaciones, beneficio de otras, modos de perfeccionar nuestros tejidos, reglas para la formación de sotos, otras para las ganaderías y pastos, para los muleros y recuantes, para los repartimientos, de tierras entre indios y mestizos, pobres, etc., etc. Gastado de años, pero rico de conocimientos, volvió a su patria y comenzó a poner en práctica sus doctrinas. Puede asegurarse que se deben al Conde de Casa Jijón los primeros adelantos de la industria nacional, principalmente la agrícola y la fabril".

Artistas notables produjo la colonia, pintores y escultores especialmente. Entre los primeros se cuentan Miguel de Santiago, pincel eminente. En el templo de San Agustín de Quito, sobre las arcadas de la parte central, se ven catorce cuadros acerca de la vida de San Agustín de sobresaliente mérito, que bien podrían figurar en los mejores museos de Europa. Samaniego, otro pintor notable, ha dejado sus cuadros en las paredes de la Catedral. (1) Entre los escultores fueron notables Caspicara (Manuel Chili) Pampite (Olmos) y otros cuyas obras se contemplan en los diferentes templos de la Capital, especialmente en San Francisco.

Fin de la época colonial: antecedentes de la Independencia

Resumen o Cuestionario:

.....

.....

Difícil sería señalar con precisión el tiempo en que apareció el primer germen de la independencia de nuestra Patria. Rastreado las ideas y sentimientos de la Colonia, podemos decir que coincide con la conquista el deseo instintivo, más

(1). Bolívar González dejó obras admirables en el templo de la Compañía de Quito.

o menos oscuro y vago, de separarse de la Madre Patria.

Efectivamente, al llegar el primer virrey, Núñez de Vela, trayendo las ordenanzas que favorecían a los indios en mengua de los abusos de los españoles, abusos que éstos consideraban sus derechos, y cuando Gonzalo Pizarro se puso a la cabeza de la oposición, los pueblos se entregaron en manos de éste y le otorgaron poderes absolutos; pero fué después del triunfo de Iñaquito cuando, en todas partes, se le recibió en palmas saludándole como a libertador. Sus amigos le aconsejaron proclamar la independencia y las circunstancias todas favorecían la realización de este proyecto, que aún la Corte de España lo preveía temerosamente. Le faltó audacia a Gonzalo y las cualidades de político y estadista no iban en él junto a las de bravo afortunado y guerrero.

La misma idea o menos que idea, es decir, concepción intelectual, el mismo deseo instintivo, necesidad casi orgánica, se muestra más concreta y definitivamente a fines del mismo siglo XVI con motivo del impuesto del dos por ciento de alcabala que ordenó el gobierno español se cobrarse en América. El Cabildo o Municipalidad de Quito se negó a aceptar la real orden, el pueblo se amotinó, el motín se convirtió en sublevación y los sublevados a poco esfuerzo quedaron dueños de la ciudad.

Las autoridades se acogieron a un convento, donde estuvieron varios días sitiadas por la muchedumbre furiosa. Las pretensiones de los dueños de la situación pasaron más allá, pues declararon la independencia de la patria y trataron de proclamar rey a un notable quiteño, don Diego Carrera, cuya negativa le trajo terribles iusultos de parte de la muchedumbre

enloquecida. Esta aún estuvo a punto de enviar un comisionado a Londres en solicitud de armas y dinero para llevar a cabo la guerra. Este movimiento no tenía peso ni consistencia por sí mismo, de manera que no fué difícil a los jesuitas, predicando a las multitudes, aconsejando a unos, intimidando a otros, ofreciendo a los de aquí, intrigando con los de más allá, restablecer el orden y la tranquilidad. A poco llegaron, enviadas al efecto por los Virreyes, tropas de Lima que persiguieron y castigaron terriblemente a los que fueron declarados culpables.

Si las masas inconscientes se fueron hasta el extremo de pretender una dinastía quiteña para un gobierno independiente; las clases altas, los regidores, los sacerdotes, reclamaron para la Colonia algunas franquicias y libertades frente al sistema administrativo de prohibiciones, monopolios e impuestos que eran la causa de estos trastornos. Legalmente, es decir, por real disposición se hallaban estancadas la sal y el aguardiente y de hecho, abusando de su posición, las autoridades monopolizaban todos los artículos de alguna importancia; ellas solas importaban o exportaban, compraban o vendían. Las autoridades, sin atender a las necesidades ni a las capacidades naturales de las tierras y los pueblos, imponían aquí ciertos cultivos o impedían allá otros; que aquí se establezcan obrajes o que allá se clausuren.

Durante toda la Colonia estuvo prohibido en nuestra tierra el cultivo del cacao y de la uva, por ejemplo. Las importaciones y exportaciones de nuestra Patria tenían necesariamente que venir o ir por el Callao y, además, tenían que ser registradas y consentidas por la Casa de Contratación de Sevilla a donde tenían que ir necesariamente.

Impuestos como el tributo, el diezmo y el trabajo personal, por su propia naturaleza odiosos, eran más todavía por lo excedidos en sí y por los abusos y excesos que por su parte añadían los encargados de cobrarlos. Pocos pueblos dejaron de sublevarse, una ocasión unos, otra, otros, los del centro, del sur, de la costa, del norte, y las sublevaciones fueron crueles y crueles las reprensiones.

También repetidas veces se prohibió el comercio directo de Quito con las costas de Manabí o Esmeraldas. Don Miguel de Ibarra, a principios del siglo XVII, mandó construir un camino de la villa de su nombre al Pailón, mas el Virrey prohibió todo comercio por él y el camino se perdió.

A mediados del propio siglo se abrió un camino de Quito a la Bahía de Caráquez; mas así mismo vino la prohibición y vino la pérdida. El camino de Maldonado siguió la misma suerte.

Y todos estos monopolios, prohibiciones y contribuciones nacían de la máxima de que no había, por parte del Gobierno, que atender otra cosa que la facilidad para el cobro de los impuestos, sin tener en cuenta las necesidades de la producción, de la circulación y del consumo públicos de la riqueza. Las mercaderías daban rodeos enormes y hacían viajes interminables no porque lo exigían las necesidades económicas del mercado, sino para pagar el impuesto; se establecían o se prohibían tales o cuales cultivos, tales o cuales vías porque ya estaban establecidos o no se querían alterar los medios de cobrar el impuesto.

La vida económica de los pueblos estaba subordinada a la organización fiscal del Estado.

Con semejante régimen España preparaba la independencia de sus colonias. Estas al crecer iban

encontrándose estrechas en los moldes impuestos en los primeros tiempos del régimen.

El régimen económico colonial implicaba la independencia para cualquier pueblo en crecimiento.

Restricciones a la producción, restricciones a la circulación, restricciones al consumo; impuestos antipáticos en su forma, fuertes en su cuantía y brutalmente cobrados, llevaban si no la idea que exige elaboración intelectual, mas sí la necesidad instructiva y orgánica de buscar la libertad.

Sobre esta especie de terreno, durante tres siglos preparado, cayeron a fines del siglo XVIII las semillas oportunas, es decir, se precisaron ideas y sentimientos de liberación, gracias a los ejemplos de la Revolución Francesa que predicaba y practicaba la libertad de los individuos y las naciones, y de los Estados Unidos de América que al comenzar el último tercio del siglo XVIII conquistaron su independencia nacional.

Esas ideas y sentimientos se convirtieron en hechos al invadir Napoleón a España.

TERCERA PARTE

Historia Moderna o de la vida nacional independiente.

Guerra de la Independencia; causas de ella

Resumen o Cuestionario:.....

.....

.....

En el último capítulo de la parte anterior, hemos manifestado cómo el régimen económico-fiscal, que la dominación española había impuesto a sus colonias, hacía sentir la necesidad de la independencia política a los pueblos que forman nuestra patria.

Esta necesidad se concretó y surgió el consiguiente deseo, gracias al ejemplo dado por Estados Unidos y a la propaganda que de la Libertad hicieron la literatura y la Revolución Francesas.

Vamos a explicar estos dos fenómenos históricos.

Así como España tomó tierras en América del Sur, Inglaterra formó colonias en la del Norte. A causa de ciertos impuestos que Inglaterra trató de echar sobre las colonias, éstas hicieron guerra por la independencia contra su madre patria.

Francia, que por intereses políticos y económicos era enemiga de Inglaterra, ayudó oficialmente a los insurrectos, y también ayudó al Gobierno Español, por los mismos motivos.

Además, el pueblo francés se entusiasmó por la libertad de las colonias inglesas y envió muchos voluntarios en su auxilio.

Los Estados Unidos, después de diez años de lucha, se constituyeron, en 1873, en República Federal, sobre la base de la soberanía del Pueblo.

Si las colonias inglesas se hacían soberanas e independientes ¿por qué las españolas, peor tratadas que aquellas, no habían también de llegar a serlo? Así debían naturalmente preguntarse nuestros antepasados, y que la respuesta que se daban era afirmativa, lo demuestran los hechos subsiguientes.

Por otra parte, en ese gran país que se llama Francia, lució en el siglo XVIII una falange de brillantes pensadores, que echó sobre la humanidad un raudal de verdades nuevas, políticas, económicas y sociales. Ella, con Voltaire y Rousseau a la cabeza, enseñó que los hombres son iguales por naturaleza; que todos deben ser libres sin más trabas que las que imponen la convivencia social; que las naciones son soberanas y capaces para darse la forma de gobierno que a bien tengan; que las autoridades deben nacer del sufragio popular; que la agricultura, la industria y el comercio deben ser libres; que el Estado no debe imponer religión alguna a los individuos; que los impuestos deben ser proporcionales a las fortunas y emplearse su rendimiento en bien general y no en provecho personal de los gobernantes; que los gobiernos son para el servicio de los pue-

bles y no los pueblos para el de los gobiernos. Estas y otras muchas verdades se propagaban, bajo bella forma literaria, en libros, folletos, periódicos y revistas, verdades que ahora son practicadas en todos los pueblos civilizados y que entonces era la doctrina nueva, demoledora de las prácticas de aquel tiempo, empapadas de despotismo, favoritismo y desigualdad y privilegio.

Pues bien, estas doctrinas y las noticias de la Gran Revolución que en 1879 las llevó en Francia a la práctica, derrocando la monarquía, llegaron a ser, a pesar de las grandes precauciones tomadas en contra por los gobiernos españoles, siquiera vagamente conocidas en nuestra tierra y propagadas por un grupo de patriotas, a cuya cabeza estaba Espejo.

Espejo escribió un opúsculo denominado "La Golilla", en que con frases vivas, aunque indirectas, hacía la crítica del Gobierno, y en las conversaciones y tertulias, que eran el único medio de propaganda, difundió intensamente ideas reformistas y liberales. Perseguido por el Gobierno fue en buena hora desterrado a Bogotá, y decimos en buena hora porque allí, poniéndose en relación con republicanos de fogosas convicciones, y llegando a conocer los sucesos de la Revolución Francesa, que implantó por primera vez la democracia republicana, se ampliaron y ratificaron sus convicciones y sentimientos. Mejor preparado regresó a Quito, después de haber acordado con patriotas de Colombia y el Perú, organizar sociedades que, bajo apariencias pacíficas, preparasen a las masas americanas para la vida independiente.

En consecuencia, con los mejores elementos sociales e intelectuales del país se fundó en Quito la "Escuela de la Concordia", con el fin de adquirir y propagar, como decía el programa de ella, conocimientos agrarios, fabriles y artísticos.

Espejo fué el Secretario de la Sociedad y redactor del periódico órgano de ella, periódico que fué el primero en publicarse en la Presidencia de Quito y se denominó "Primicias de la Cultura de Quito". Después de dos o tres números el periódico fué prohibido, perseguido su redactor y disuelta la Sociedad; pero la buena semilla estaba sembrada y tarde o temprano debía dar sus frutos. Espejo siguió trabajando solapadamente, y a su vez las autoridades recrudecieron la persecución contra él, le tomaron preso y así le mantuvieron hasta su muerte, que acaeció a fines del siglo XVIII. Es el primer mártir por la libertad de la Patria.

Así preparados los ánimos, Napoleón gran conquistador de la nacionalidad francesa, en los primeros años del siglo XIX, trató de apoderarse de España, después de haber derrocado a sus degenerados monarcas. Mas la nación, el pueblo español se puso de pie, erguido para defender su independencia; y mientras el gobierno central se entregaba en poder del invasor, en todas las provincias y regiones españolas se formaron Juntas Patrióticas para organizar, sostener y dirigir la guerra nacional y sin cuartel emprendida contra Napoleón.

Las colonias americanas, en medio de tal desbarajuste, se creyeron con el mismo derecho que las provincias situadas en la Península, y en todas las capitales y ciudades importantes, en unas

con aquiescencia de las autoridades españolas y con su oposición para otras, empezaron los colonos a moverse, a hablar de defensa general y formar Juntas análogas a las de allende el mar.

Pero la parte ilustrada del país juzgó que por medio de estas Juntas y aprovechando del general entusiasmo se podía no sólo sostener la independencia de España y sus Colonias contra el conquistador extranjero, sino también resolver la opinión hasta proclamar y buscar la independencia de las mismas colonias contra la dominación de la Metrópoli.

No podía, en efecto, presentarse momento más oportuno para seguir el ejemplo de los Estados Unidos, y poner en práctica las enseñanzas libertarias y democráticas de la Revolución Francesa.

✓ La Junta Soberana se estableció en Quito en Agosto de 1809, y sus propósitos ostensibles están casi consignados en la nota que pasó a Ruiz de Castilla, Presidente de la Real Audiencia: "El estado de incertidumbre a que está sometida España, el total anonadamiento de las autoridades legalmente constituidas, y los peligros a que están expuestas la persona y posiciones de nuestro muy amado Fernando VII de caer bajo el Tirano de Europa, han determinado a nuestros hermanos de la Península a formar gobiernos provisionales para su seguridad personal y para defenderse del enemigo común. Los leales habitantes de Quito, imitando su ejemplo y resueltos a conservar para su legítimo Soberano y Señor esta parte de su reino, han establecido también una Junta Soberana".

Este sentimiento de independencia contra un conquistador del momento, pronto evolucionó hacia un sentimiento de independencia contra el conquistador de hacía siglos. Para la soberanía de las naciones *no hay leyes de prescripción*.

Guerra de la Independencia: carácter y etapas de ella

Resumen o Cuestionario:

.....

.....

La guerra comenzó en 1809, en Quito, con la deposición de Ruiz de Castilla y el primer grito de sublevación contra el Gobierno Español, y terminó también en Quito, trece años más tarde, con la Batalla de Pichincha. Pero estos trece años no fueron de guerra continuada. La lucha iniciada en Quito en 1809 terminó asimismo en Quito en 1812 con la reacción realista, para recomenzar ocho años más tarde, en 1820 en Guayaquil, y terminar en 1822 en la mentada Batalla del Pichincha. Del año doce al veinte, corre pues, una especie de receso entre los dos períodos de lucha, en el cual se restableció el gobierno español rencoroso y vengativo.

Estos dos períodos de lucha tienen caracteres algo diversos entre si, a pesar del fondo común que en uno y otro se halla y de ser la misma finalidad en ambos perseguida.

En toda la guerra la raza
sino el papel pasivo de acémila.
partes en lucha se servían de ella,
la fuerza, para que condujese pertrechos
a la espalda, en los vaivenes de la campaña.

No todos los *criollos* o americanos de
blanca tomaron participación en el primer
do de la guerra. Hubo gran número de ellos
si no revelaban simpatías a favor de España, miraban a lo menos con indiferencia o recelo la obra emancipadora. No así en el segundo período en que la guerra fué más popular y aceptada por el público.

En el primer período faltaron jefes de cualidades reconocidas, hombres para el ejército, elementos de guerra, plan, disciplina, unidad en la campaña. Se compone más bien de una serie de sublevaciones, motines y cuartelazos que terminan con escaramuzas y combates, en que no entran más de mil hombres de cada parte.

Los jefes eran individuos civiles que se improvisaron militares sin conocimientos técnicos, ni valor guerrero. El ejército, si ejército puede llamarse, era enteramente recluta, sin pericia militar, mal armado y mal municionado.

El dinero andaba escaso y los gobiernos sobradamente débiles para exigirlo a los mismos a quienes trataban de independizar. Las Juntas, que son nada propias para la dirección de la guerra, quitaban y ponían Directores: en dos años hubo cinco. Las envidias y egoísmos por el mando supremo desempeñaron claro papel en la escena.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que toda la guerra del primer período fué sostenida sólo con el entusiasmo, los hombres y los elementos

Este sentimiento de independencia contra un conquistador del momento, pronto evolucionó hacia un sentimiento de independencia contra el conquistador de hacía siglos. Para la soberanía de las naciones *no hay leyes de prescripción*.

Guerra de la Independencia: carácter y etapas de ella

Resumen o Cuestionario:

.....

.....

La guerra comenzó en 1809, en Quito, con la deposición de Ruiz de Castilla y el primer grito de sublevación contra el Gobierno Español, y terminó también en Quito, trece años más tarde, con la Batalla de Pichincha. Pero estos trece años no fueron de guerra continuada. La lucha iniciada en Quito en 1809 terminó asimismo en Quito en 1812 con la reacción realista, para recomenzar ocho años más tarde, en 1820 en Guayaquil, y terminar en 1822 en la mentada Batalla del Pichincha. Del año doce al veinte, corre pues, una especie de receso entre los dos períodos de lucha, en el cual se restableció el gobierno español rencoroso y vengativo.

Estos dos períodos de lucha tienen caracteres algo diversos entre si, a pesar del fondo común que en uno y otro se halla y de ser la misma finalidad en ambos perseguida.

En toda la guerra la raza india no desempeñó sino el papel pasivo de acémila, ya que las dos partes en lucha se servían de ella, reclutándola a la fuerza, para que condujese pertrechos y víveres a la espalda, en los vaivenes de la campaña.

No todos los *criollos* o americanos de sangre blanca tomaron participación en el primer período de la guerra. Hubo gran número de ellos que si no revelaban simpatías a favor de España, miraban a lo menos con indiferencia o recelo la obra emancipadora. No así en el segundo período en que la guerra fué más popular y aceptada por el público.

En el primer período faltaron jefes de cualidades reconocidas, hombres para el ejército, elementos de guerra, plan, disciplina, unidad en la campaña. Se compone más bien de una serie de sublevaciones, motines y cuartelazos que terminan con escaramuzas y combates, en que no entran más de mil hombres de cada parte.

Los jefes eran individuos civiles que se improvisaron militares sin conocimientos técnicos, ni valor guerrero. El ejército, si ejército puede llamarse, era enteramente recluta, sin pericia militar, mal armado y mal municionado.

El dinero andaba escaso y los gobiernos sobradamente débiles para exigirlo a los mismos a quienes trataban de independizar. Las Juntas, que son nada propias para la dirección de la guerra, quitaban y ponían Directores: en dos años hubo cinco. Las envidias y egoísmos por el mando supremo desempeñaron claro papel en la escena.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que toda la guerra del primer período fué sostenida sólo con el entusiasmo, los hombres y los elementos

materiales de la sección norte de la Presidencia, es decir, por Quito y las poblaciones circunvecinas. Guayaquil y Cuenca, con las poblaciones de sus contornos, sirvieron de base para las reacciones de las autoridades españolas.

En el segundo período, adquirida experiencia, vista más realizable la empresa, desarrollada y madura la opinión, las cosas sucedieron de muy distinto modo.

Hay jefes de gran talla, indiscutibles por sus méritos y reconocidos con admiración y simpatía: Bolívar y Sucre.

Vienen a nuestra patria, estos Generales, con la aureola de famosos triunfos; tienen como base a Colombia y Venezuela que acaban de libertar; cuentan con un ejército veterano, disciplinado, bravo y debidamente pertrechado; estudian el terreno, los elementos y las condiciones de los pueblos, e Inglaterra y Estados Unidos no sólo ven con simpatía la guerra, sino que envían hombres y municiones y, sobre todo, entregan oro, todo el oro necesario para la empresa de libertar pueblos que serán sus futuros clientes comerciales.

El ejército libertador llega a contar hasta cuatro mil hombres, los pueblos antes indiferentes o adversos a la causa de la libertad, entregan ahora en pro de ella cuanto pueden, cuanto tienen. La simpatía y el entusiasmo reinan en todas las poblaciones y las brutalidades de la reacción realista despiertan el coraje en todos los pechos.

Guayaquil inicia este período en 1820 y lo corona Sucre en Pichincha el año 22, llevando tras sí cuanto pueden dar para la guerra tanto la Sierra como la Costa.

El primer período fué la efusión entusiasta de ciudadanos inexpertos llevada hasta el sacrificio: el segundo, obra de militares que calculan, combinan, preparan y acometen la lucha heroica por un Ideal al que han consagrado sus recursos y su vida. En el primero, hay más arrebato de la ilusión; en el segundo, mejor estudio de la realidad.

En ocho años intermedios los pueblos, asustados de los horrores de la guerra, volvieron al tranquilo sueño colonial; pero los pocos espíritus fuertes siguieron cultivando la idea de la Libertad y aún preparando conjuraciones para darlas a la luz.

Guerra de la Independencia: de 1809 a 1812: primeros gobiernos libres

Resumen o Cuestionario:.....

.....

.....

Puestos de acuerdo para proclamar la independencia, los patriotas de Quito se congregaron en la noche del nueve de agosto de 1809 en la casa de la patriota señora Manuela Cañizares, junto al templo del Sagrario. Estos y la guarnición de la plaza mandada por los Comandantes Salinas y Zaldumbide, proclamaron el día diez por la mañana, la libertad de la patria y la Soberanía Nacional, en la plaza central de la Capital del país. Luego se procedió a establecer una Junta Gubernativa, presidida por don Juan Pío Montúfar,

Marqués de Selva Alegre. Un Cabildo Abierto, como quien dice una Asamblea Popular, confirmó, al día siguiente, los actos realizados la víspera.

Se levantó un pequeño ejército de cerca de tres mil reclutas mal armados; se confinó al expresidente Ruiz de Castilla en Iñaquito, y se pasaron circulares a los Virreyes de Santa Fe y Lima, poniendo en su conocimiento lo ocurrido, y a los Gobernadores dependientes de Quito y a los Cabildos de las otras ciudades, exitándoles a que formasen también sus respectivas Juntas, para regirse con independencia de España.

Las autoridades españolas, especialmente los Gobernadores de Popayán, Cuenca y Guayaquil y aún muchos americanos que vivían contentos bajo el régimen colonial, reunieron tropas para la defensa del antiguo régimen, y con astusias y amenazas llevaron la discordia al seno de las filas independizadoras.

La revolución se había fraguado sin estar bien preparada y los nuevos mandatarios, celosos y aún envidiosos entre sí, carecían de influjo sobre las multitudes, de unidad y plan en la conducta, de propósitos firmes y hasta de identidad en los principios políticos directivos.

Algunos lanceros y fusileros que fueron despatchados al Norte se dejaron derrotar en Sapuyes y Cumbal por tropas venidas de Popayán, y otros destacados al Sur para luchar con los enemigos de Cuenca y Guayaquil, se pasaron infamemente a las filas de éstos.

El Presidente de la Junta viéndose impotente, resignó el mando en don José Guerrero, Conde de Selva Florida, realista moderado que al deshacer lo hecho para volver al antiguo régimen, podía

obtener algunas garantías en favor de los revolucionarios; y así, en efecto, consiguió que se conservase la Junta a semejanza de las de España, que continuasen separados ciertos empleados españoles, y que, olvidando lo pasado, no se diese rienda a las represalias.

El Conde Ruiz de Castilla vuelto de su confinamiento, se hizo cargo del Poder en octubre del mismo año. El Gobierno Libre había durado dos meses.

Poco después, envalentonado con las tropas venidas de Lima en número de quinientas al mando de Arredondo, quebrantó Ruiz de Castilla las promesas prestadas al retornar al Poder, y mandó prender a los patriotas José Ascázubi, Pedro Montúfar, Juan Salinas, Juan de Dios Morales, Juan Larrea, Quiroga, Arenas, Vélez, Villalobos, Olea, Cajías, Peña, Vinuesa, Riofrío, Correa y otros menos notables, hasta cosa de sesenta. El expresidente Montúfar logró escapar.

Concluido el sumario iba a aplicarse la pena de muerte a cuarenta y seis individuos y la de presidio o destierro a los demás.

Exaltado entonces el pueblo contra el Presidente que faltaba a los compromisos contraídos, y contra los jefes y oficiales forasteros que, sin vínculos de connacionalidad que moderasen los odios políticos, azuzaban sin compasión al cumplimiento de tan terrible sentencia, concertó libertar a los presos tomándose los cuarteles y reviviendo la proclamación del 10 de agosto.

En efecto, el 2 de agosto de 1810 fueron tomados por el pueblo el cuartel denominado de Lima y el presidio con triunfante resultado; mas como los conjurados que debían atacar al cuartel de las

tropas de Popayán hubiesen faltado a su compromiso, estas se lanzaron sobre el cuartel de las tropas limeñas y acometieron a los invasores por la espalda e hicieron, en éstos y en los presos, horrible carnicería.

Luego la soldadezca esparciéndose por la ciudad, asesinó a muchos transeuntes, inclusive mujeres y niños, y entró a saco muchas casas y muchas tiendas.

La Historia llama a las víctimas de esta hecatombe los Mártires del Dos de Agosto.

Entre tanto el Consejo de Regencia, que había tomado la Autoridad Suprema en España, envió Comisionados que pacíficamente viniesen a arreglar los asuntos de la intranquila América, y en calidad de tal, a fines del año llegó a Quito don Carlos Montúfar, hijo del Marqués de Selva Alegre. Constituyóse una nueva Junta Superior, presidida por Ruiz de Castilla e integrada por patriotas como el obispo Cuero, comprometido en la revolución de agosto.

Ruiz de Castilla no pudo librarse de la hábil influencia del Comisionado Montúfar, que a poco tiempo de su llegada se descartó de las tropas auxiliares de Lima y Popayán y levantó otras patricias.

Entonces la Junta proclamó por segunda vez la independencia de la Patria. Ruiz de Castilla renunció la Presidencia y en unión de otras autoridades abandonó el territorio de Quito.

Don Carlos Montúfar a la cabeza de los soldados de la Patria partió contra las fuerzas mandadas por Arredondo que se habían estacionado en Guaranda. Después de un ligero combate entre las vanguardias, las tropas realistas fueron a

incorporarse en Cuenca a las que comandaba el Presidente don Joaquín Molina, sucesor de Ruiz de Castilla.

Montúfar pretendió atacar al enemigo en Cuenca y emprendió el viaje en esa dirección; mas, diserciones de los indios cargueros, enfermedades de los soldados, escasez de víveres y una fuerte estación de lluvias, le impidieron seguir la campaña y se volvió para Quito.

Equipados quinientos hombres, Montúfar se dirigió al Norte en busca del Coronel Tacón, Gobernador de Popayán, que se preparaba a invadir el territorio de la Presidencia. Esta campaña la sostuvieron ardientemente a favor de España los hijos de Pasto. Los patriotas quiteños después de vencer el paso de Funes, triunfar en Calabozo y apoderarse de Pasto, hicieron arreglos con el enemigo y volvieron triunfantes.

Poco después la Junta convocó a elecciones, y con los representantes de los Cabildos se instaló en Enero de 1812 el Congreso Constituyente, primero en nuestra historia, que dictó también la Primera Constitución Política para nuestro país, basada en los principios republicano-democráticos y reconociendo todas las libertades proclamadas por Francia.

La opinión pública había para entonces tomado bastante incremento a causa, principalmente, de la matanza del 2 de Agosto, de los triunfos posteriores y de la reunión del Congreso. Mas el naciente Gobierno que empezaba a consolidar el orden público y regularizar la administración tenía que luchar contra dos enemigos: interno el uno y el otro externo.

Aquel, eran las divisiones y rivalidades que por los cargos públicos se produjeron en los círculos sociales que tomaban parte en la política; y, estotro, la

reacción realista, con el Presidente Molina a la cabeza, que había sentado su gobierno en Cuenca y preparaba, auxiliado por Guayaquil, fuertes tropas para la lucha.

Aquellas rivalidades hacían que se quitasen y se pusiesen Jefes a las tropas independientes, y así en esta corta campaña desempeñaron la Jefatura ya don Carlos Montúfar, ya don Francisco Calderón, ya don Feliciano Checa, ya por segunda vez el mismo Montúfar que sobresalió entre todos.

Al principio las tropas realistas anduvieron de vencida, mas cuando en reemplazo de Molina vino Montes, astuto General, como Presidente de la Real Audiencia, éste, unas veces engañando y otras venciendo, llegó a apoderarse de la Capital, y los patriotas, aún en el Norte, a donde se retiraron, también fueron vencidos.

Los Jefes, como Calderón, que cayeron en poder de los realistas, fueron fusilados, y don Carlos Montúfar que logró escapar, llegó a Nueva Granada, donde después de servir lucidamente en campañas libertadoras, cayó prisionero y en unión de su mujer fué fusilado en Tumaco. (1) ¡Bendecida sea la memoria de tan insignes mártires!

Sojuzgada la revolución, Montes restableció en todo su vigor la dominación española a fines de 1812.

Este segundo Gobierno libre había vivido dos años.

(1) Fué fusilado en Buga, en la plaza principal.

*Guerra de la Independencia: de 1812 a 1820:
gobierno reaccionario y la obra de Bolívar en
Colombia y Venezuela*

Resumen o Cuestionario:.....

.....

.....

En los primeros años de este lapso de tiempo, bajo la política de paz y perdón seguida por el Presidente Montes, se restableció la tranquila vida colonial, sin otro incidente, digno de consignarlo, que la jura de la Constitución promulgada por las Cortes de Cádiz, el año 12, para España y sus Colonias, gracias a la cual dejaba la monarquía de ser absoluta.

A estas Cortes Constituyentes concurrieron, con igualdad de derechos, representantes de todos los dominios españoles, así peninsulares como americanos, sin distinción de Metrópoli a Colonias, y por parte de la Presidencia de Quito fueron el orador y político Mejía, el poeta Olmedo y el estadista Rocafuerte.

Por esta Constitución en que se consignaron los más avanzados principios de Derecho Político y se reconocieron los Derechos del Hombre, se organizó una vasta monarquía entre España y América.

Por desgracia pronto se restableció en España el absolutismo de los reyes y de la Presidencia fué separado el conciliador General Montes.

En reemplazo de éste vino Juan Ramírez, hombre de carácter duro, violento y cruel, que creía que a los colonos había que tratar sin miramiento alguno, con el rigor y la terquedad de fieros conquistadores.

Resucitó los antiguos odios y, a pesar del tiempo transcurrido, empezó a impulsos del recuerdo de todo lo pasado desde el año nueve, a hostigar y perseguir a los patriotas.

Exasperados éstos y no sólo por continuar la obra de la revolución libertadora, sino también como medio de defensa inmediata contra el feroz gobernante, tramaron una conjuración, para irse sobre la vida de éste y sus inmediatos secuaces. Esto debían llevarlo a cabo el día de Jueves Santo los conjurados de Quito y las provincias vecinas, congregadas al efecto.

Descubierto el plan por Ramírez se adelantó en enviar asesinos que acabasen con el doctor Ante, Jefe de la conjuración, en su propia casa. Herido malamente, fué luego el doctor enviado a los presidios de Ceuta en donde murió.

En reemplazo de Ramírez, al finalizar este período, vino a gobernar nuestra Patria, como Presidente de la Real Audiencia, el General Melchor Aimerich, último mandatario español en nuestro país.

Debemos referir que durante estos ocho años de la dominación reaccionaria, los países que se adelantaron en conquistar su independencia, Chile y Argentina, obedeciendo las indicaciones del deber, la simpatía y el propio interés, no dejaron de hacer esfuerzos por la liberación de los países sus hermanos que, como el nuestro, habían vuelto a caer bajo el predominio Peninsular.

Guillermo Broon, marino norteamericano, contratado por Chile, recorría el Océano Pacífico, haciendo obra libertadora para los países de las costas, ora luchando contra los navíos y atacando los puertos de dominio español, ora poniendo en relación a los pueblos americanos entre sí y llevando de unos a otros comunicaciones, hombres, pertrechos, auxilios de toda laya para el fomento de la revolución. Andando en esta labor tocó también en Guayaquil Lord Cochrane, Almirante inglés que logró capturar dos naves españolas frente a Guayaquil; e Illingworth marino de la misma nacionalidad, al mando de una corbeta chilena, merece mención por su larga labor llevada a cabo en igual sentido libertando a Santa Elena y otros pueblos de la costa.

En tanto que lo que acabamos de referir acontecía en nuestras tierras y mares, la Guerra de la Independencia después de haber sido en Nueva Granada y Venezuela reprimida brutalmente por el General Morillo, que desembarcó en 1815 en aquellas tierras con once mil veteranos españoles, volvió a surgir brillante y victoriosamente de modo definitivo con Bolívar, el genial Libertador, a la cabeza.

Después de los triunfos de Carabobo y Boyacá que dieron libertad a Venezuela y Nueva Granada, creaba Bolívar en 1819, juntando esas dos nacionalidades, la República de Colombia, cuyo nombre lo inventaba en honor del Descubridor de América.

Por otra parte, el insigne San Martín, después de haber dado independencia a Argentina y Chile, venía a pelear en el Perú contra las fuerzas del Rey de España.

Nuestro país, que había sido la cuna de la Independencia, pues que el grito del Diez de Agosto había sido inicial en las colonias españolas, por lo que a Quito se llama la Luz de América, y se hallaba sojuzgado nueva y duramente por la Metrópoli, veía por Norte y Sur acercarse ejércitos libertadores, y a uno y otro lado nacer Repúblicas Independientes.

*Guerra de la Independencia: de 1820 a 1822:
campana final: la obra de Sucre*

Resumen o Cuestionario:.....

.....

.....

Alentados los patriotas guayaquileños con los triunfos de Bolívar y San Martín, y teniendo conocimiento que España, con la sublevación de las tropas que debían venir a América, se hallaba en cruda guerra civil entre absolutistas y constitucionales, y después de haberse ganado la voluntad de las tropas que hacían la guarnición, proclamaron en la madrugada del Nueve de Octubre de mil ochocientos veinte, sin oposición ni lucha, la independencia de Guayaquil y pueblos de su jurisdicción.

Se constituyó inmediatamente una Junta de Gobierno, elegida por el Ayuntamiento y com-

puesta de los preclaros patriotas Olmedo, Jimena y Roca.

La Junta, sin demora, comunicó lo ocurrido y demandó auxilios a Bolívar y San Martín, y por de pronto envió tropas, aunque escasas, hacia el interior del país, para que luchasen contra las fuerzas que a su vez enviaba en contra el Gobierno realista de Quito.

En efecto, una vez y otra más, penetraron en la Sierra las tropas independientes de la Costa, pero en ambas ocasiones fueron derrotadas en Huachi primero y luego en Tanizahua, quedando triunfante el Gobierno español, cuyo Presidente era Aimerich.

Entre tanto Bolívar, desde el centro de Colombia, sabedor de lo ocurrido en Guayaquil, mandó hacia acá al General Antonio José de Sucre, ilustre venezolano, con mil setecientos hombres y las instrucciones, el dinero y las municiones y armas suficientes aun para mayor ejército.

Sucre desembarcó en Guayaquil y tomadas las medidas necesarias como acrecentado su ejército con los patriotas voluntarios, se encaminó a la sierra con dirección a Quito; pero también tuvo la desgracia de ser derrotado por los realistas en el mismo Huachi, fatal por segunda vez para la causa de la libertad.

Entonces el General, optando una nueva táctica, cambió de camino y en vez de seguir directamente a la ciudad capital, que era el punto de mira, se dirigió de Guayaquil a Cuenca con nuevos refuerzos enviados por Bolívar, con los que recibió de San Martín por Loja y con los nuevos contingentes de la Costa, que sin amilanarse con

las sucesivas derrotas, mantenía perseverante su entusiasmo.

Fácil fue para Sucre, empujando adelante al ejército realista y por otra parte aumentando el suyo hasta tres mil hombres con el contingente voluntario y caluroso de los pueblos por donde pasaba, incorporar sucesivamente en la gran República de Colombia a las ciudades de Cuenca, Riobamba, Ambato y Latacunga, ya que no hubo en todo el trayecto sino un choque de las caballerías en las inmediaciones de Riobamba, fatal para la causa realista.

Sucre siguió con su ejército por el camino ordinario de Latacunga a Quito hasta el nudo de Tiopullo.

Las tropas realistas en terreno escogido a su sabor, en medio de ventajas de natural defensa y perfectamente atrincheradas y fortificadas, cerraban el paso de una cordillera a otra entre Machachi y Tambillo.

Acometerlas en tan fuertes posiciones era arriesgada empresa, aunque el ejército de Sucre sobrepasaba con cosa de mil hombres al realista.

Entonces el General, en vez de descender al valle machacheno a presentar el pecho al fortificado enemigo, viró hacia el Noreste y por la meseta de Limpiopungo, que queda entre el Coto-paxi y el Rumiñahui, descendió rápidamente por junto al curso del río Pita, hacia el valle de Chillo, con lo cual se puso al Este de la ciudad que los españoles, en sus magníficas posiciones, guardaban por el lado Sur.

Estos, tan pronto como se dieron cuenta del movimiento de ejército libertador, levantaron su campamento y retrocediendo a las volandas hacia

Quito, se establecieron entre esta ciudad y el valle de Chillo, en la cima de las colinas de Puen-gasí, fácilmente defendibles contra quien, viniendo del valle, tratase de ascenderlas.

Sucre aprovecha de una noche de lluvia torrencial, desvía lo suficiente hacia el Sur, trepa esas colinas, y, dejando nuevamente burladas a las fuerzas españolas, viene a situarse al Sur de la capital y tras el ejército enemigo, en el pequeño pueblo de Chillogallo.

Nuevamente el ejército español retrocede y en la Capital se pone a guardar la entrada Sur, con la esperanza de recibir de un momento para otro refuerzos que le venían de Pasto, la ciudad realista por excelencia.

El 23 de Mayo de 1822, por la noche, ordena Sucre que su ejército emprenda la marcha desde Chillogallo al Norte, por las escarpadas faldas Occidentales del volcán Pichincha, que quedan al Oeste de la ciudad y dominándola.

El 24 de Mayo por la mañana, ven los españoles a sus enemigos coronar las alturas, y rápidamente van hacia ellos y se traba lucha entre las fuerzas libertadoras que dominan la montaña y las fuerzas opresoras que van jadeantes trepando en ella. Sucre, yendo de aquí para allá, presentó batalla en posiciones no escogidas por el enemigo.

La lucha por ambas partes fué heroica. El valor de Abdón Calderón por la causa de la libertad fué brillante; Teniente de diez y ocho años, que no dejó su puesto en la refriega a pesar de haber sido destrozados sus brazos y sus piernas.

Con esta batalla se terminó la vida colonial. La guerra de la Independencia que se inició el 10 de Agosto de 1809 y se recomenzó el 9 de Octubre

de 1820, quedó terminada el 24 de Mayo de 1822, a las doce del día.

Capituló Aimerich y se retiró dejando del poderío de España no más que el recuerdo de tres siglos. Pero esa nación nos había dado su civilización y su sangre y somos un retoño de ella en el Nuevo Mundo.

*Vida de nuestra Patria en la Gran Colombia:
del año 22 al 30*

Resumen o Cuestionario:.....

.....

.....

Durante ocho años nuestra Patria tomó parte en la vida brillantemente tumultuosa y guerrera de la Gran Colombia, cuyo Presidente fué Bolívar y cuyos Distritos fueron el del Norte (Venezuela), el del Centro (Colombia) y el del Sur (Ecuador).

Quito, Presidencia, Cuenca y Guayaquil, Capitanías en tiempo de la Colonia, manifestaron su voluntad, en asambleas populares, para incorporarse a la República creada por Bolívar, bajo el nombre de Distrito del Sur, con Sucre por Jefe de él. El Distrito estaba dividido en tres Departamentos: el que se llamaba Ecuador, formado de las actuales provincias septentrionales de la sierra hasta el Chimborazo inclusive; el de Azuay,

compuesto de las provincias meridionales; y, el de Guayaquil integrado por las provincias actuales de la costa.

Bolívar, después de haber derrotado a los reaccionarios pastusos y pasado por Quito, donde fué recibido y saludado como Libertador y Padre de la Patria, se entrevistó en Guayaquil con San Martín, el Libertador de las Repúblicas del Sur, que había venido en pos de conquistar, también, la libertad para el Perú.

Como consecuencia de esta entrevista San Martín se retiró de la guerra y Bolívar, a petición de ese General y también del pueblo peruano, decidió que las gloriosas armas de la Gran República de Colombia fuesen a libertar esa Nación que yacía todavía bajo el imperio de España. El Perú fue el último baluarte de la Monarquía Peninsular en América.

Al efecto pasó Bolívar al Perú en 1824, en donde recibió el título de Dictador con los más amplios poderes. Pasó también el ejército colombiano y el dinero de Colombia sirvió para la empresa.

Después del triunfo de Junín y Ayacucho—aquel obtenido por Bolívar y éste por Sucre—quedó definitivamente vencido el tutelaje de España en América.

Con estos triunfos nacen dos nuevas naciones: Perú y Bolivia. Esta última creada por Bolívar recuerda en su nombre el nombre del Libertador.

Concluída la lucha por la Independencia, comenzaron los trastornos interiores, hijos de la ambición de los grandes Jefes que había formado

la guerra, y no tardó también en agravarse la situación con la guerra internacional.

Los trastornos interiores se fecundan fácilmente en pueblos faltos de educación republicana como eran los nuestros, e incapaces, por consiguiente, de formar una opinión pública suficientemente poderosa e ilustrada para empujar a los indiferentes a cumplir con las exigencias del deber político, sofrenar a los ambiciosos en el límite de la ley y hacer sentir a los más que la fidelidad se ha de guardar para con las instituciones y la Patria y no para con jefes y caudillos.

La incapacidad política de los pueblos hizo que en unas partes se proclamase la salvación de la República en la Dictadura de Bolívar, y la audacia de los militares hizo que, en otros pueblos, se recurriese a la sublevación contra el orden constitucional, también, como medida de salvación pública.

Se proclamó la Dictadura del Presidente en Quito, Guayaquil, Cuenca, Panamá, Cartagena, Maracaibo y otros puntos; se proclamó la insurrección en el Cauca, en Pasto, en Valencia y en casi todas las poblaciones de Venezuela.

En medio de estos trastornos sobrevino la guerra internacional a causa de las desmedidas pretensiones del Perú. Desde antes de conseguir la independencia querían los peruanos que Guayaquil y las regiones de Jaen y Mainas, situadas al Sur del Marañón, como también las actuales provincias de Cuenca, Cañar y Loja, se incorporasen a su República, y no a la Gran Colombia.

Al ver frustradas sus ambiciones se encontró la opinión pública peruana, encono que se reveló mediante pequeños incidentes diplomáticos y mi-

litares, pues representantes peruanos cometieron desmanes en Bogotá y algunos militares, abusos en aguas ecuatorianas y en las fronteras de Loja.

Si esto no era de mucha importancia, no sucedía lo mismo en lo relativo a Jaen y Mainas.

De hecho y en las relaciones diplomáticas negaba el Perú los derechos de Colombia a esas regiones orientales.

Bolívar, por medio de sus Ministros, reclamó enérgicamente para Colombia los límites que correspondían a la Antigua Real Audiencia de Quito y el Perú se negó, hasta verse Bolívar obligado a declarar la guerra a la nación ingrata.

Se pusieron en movimiento los ejércitos, dirigidos por La Mar Presidente del Perú el uno, y el otro, el nuestro, al mando de Sucre. Aquel penetró en nuestro territorio hasta la provincia del Azuay, y la armada del Perú, aprovechando que Colombia no tenía fuerzas de mar en el Pacífico, se tomó fácilmente el puerto de Guayaquil.

Sucre, después de una campaña de sólo treinta días, obtuvo en Tarqui, a principios de 1839, una espléndida victoria sobre los peruanos, cuyo ejército constaba de doble número de plazas que el colombiano, y después de entregado Guayaquil, a lo cual se resistieron deslealmente los vencidos, se firmó en esta ciudad el Tratado de Paz y Límites entre Colombia y el Perú, determinando ser estos los mismos que tenían los Virreinos de Nueva Granada o Colombia y de la Nueva Castilla o el Perú.

Es de notarse que, por mandato de Bolívar, se obligaron en este Tratado, ambas partes, a la abolición de la trata de negros.

Concluida la guerra, el Libertador se volvió a Bogotá y convocó la reunión del Congreso Nacional para la ciudad de Angostura, Congreso que entró a discutir la Constitución de la República y cuyo Presidente fué el Mariscal Sucre.

Estaba en sus sesiones esta Asamblea cuando Venezuela, con Páez, invicto General de la Independencia a la cabeza, declaró separarse de Colombia y se proclamó Estado autónomo bajo la forma republicana y democrática.

El Congreso envió comisionados que tratasen con los representantes de Venezuela en pro del mantenimiento de la unidad colombiana. Todo fué en vano. Los venezolanos habían resuelto definitiva y firmemente su separación y vida nacional independiente.

Bolívar por su parte, enfermo más del alma que del cuerpo a fuerza de ingraticudes y calumnias, resignó la Presidencia y dejó Bogotá con ánimo de partir a Europa y llegó en su viaje hasta Santa Marta, puerto septentrional de Colombia.

El Libertador y su magna obra iban sucumbiendo a la vez.

Militarismo absoluto: Flores

Resumen o Cuestionario:.....

.....

.....

Los Departamentos del Ecuador, Azuay y Guayaquil, esto es, el Distrito del Sur, ya por seguir el ejemplo que daba Venezuela, ya por la enorme distancia que les separaba de Bogotá, centro del Gobierno, ya porque eran muy débiles los lazos de unión existentes entre este Distrito y los del centro y Norte, y sobre todo, porque antes de la conquista y más particularmente durante la Colonia, había nuestro país, aunque con algunas alternativas, venido formando ya de un modo, ya de otro, un solo todo, base de un conjunto de pueblos que lentamente iban formando un núcleo nacional; por todos estos motivos, decimos, el Distrito del Sur manifestaba claras tendencias a separarse de la República Colombiana; mas la presencia de Bolívar al frente del Gobierno le mantenía unido. El único lazo de unión era el prestigio del Libertador y la gratitud a él.

De aquí que cuando Flores (Juan José), General Venezolano de la Independencia, que hacía de Prefecto General del Distrito del Sur en reemplazo de Sucre, llegó a saber que Bolívar abandonaba el mando, precipitó la separación de estos tres Departamentos, que era una necesidad política, para con ellos construir la República del Ecuador, como durante el coloniaje habían formado la Presidencia de Quito.

Efectivamente el 13 de Mayo de 1830 se reunieron en los salones de la Universidad algunos quiteños notables y declararon, en solemne acta, separarse de Colombia y construir una República Autónoma.

Sesiones y actas análogas se realizaron, sucesivamente, en Guayaquil, Cuenca y más poblaciones importantes.

Flores que era el factor de todo esto, fue proclamado Presidente Interino, con el encargo de reunir un Congreso Constituyente con los representantes de todos los Ayuntamientos.

Poco después el magnánimo Sucre, que regresaba del Congreso de Angosturas a Quito, su patria adoptiva, a unirse a su familia, fué tristemente asesinado en las selvas de Berruecos (Colombia).

La opinión pública señaló, decididamente, desde el primer momento, como autores, al General Obando, en quien se suponen motivos de partidatismo político, y al General Flores, movido por celos acerca de la Presidencia del Ecuador. Los demagogos colombianos en su odio a Bolívar, Dictador, envolvían también a Sucre el segundo General de la falange de Héroes; y los ambiciosos del Poder de nuestra patria veían en Sucre, el Abel Americano, como lo llamó Bolívar al tener noticia de su muerte, un obstáculo para sus futuros planes de dominación. Si a alguien debía nuestra patria entregar el mando de la República, era a su libertador, el vencedor en Pichincha. Obando se defendió acusando a Flores y éste echaba el crimen sobre Obando. La historia condena a los dos. El autor desconocido de un hecho his-

tórico hay que buscarlo, ante todo, entre los que tienen interés en ejecutarlo. (1)

El Mariscal de Ayacucho, a más de invicto militar, se mostró diestro hombre de gobierno y administración, al organizar la República Boliviana, cuyo primer Presidente fué.

El arriba mentado Congreso Constituyente se reunió en Riobamba, el 14 de Agosto del mismo año. Proclamó, solemnemente, la Independencia de nuestra Patria bajo el nombre de República del Ecuador, y dictó la primera Carta Política que organizara la constitución y modo de ser y funcionar del Estado. En ella se reconocieron los derechos de los ecuatorianos; se establecieron los tres Poderes Públicos, Legislativo, Ejecutivo y Judicial; se dió a cada uno de los tres Departamentos en que continuó dividida la República, igual representación en el seno del Congreso, representación que debía ser elegida no por sufragio popular, sino por los Ayuntamientos; los Departamentos se dividían en Gobernaciones y éstas en Corregimientos, y, finalmente, el Congreso eligió Presidente para el primer período al General Flores.

El General Urdaneta, residente en Guayaquil, apoyado por la ciudad, trató de que se mantuviera la fidelidad a Colombia y Bolívar, y con un regular ejército marchó sobre Quito para someter a los que proclamaban la separación. Flores puso en movimiento sus tropas, y cuando estaban

(1) La historia, mejor documentada, acusa ahora del asesinato de Sucre a la logia santanderina de Bogotá, la misma que trató antes de asesinar a Bolívar. Obando fué el instrumento. Flores no impidió el crimen porque le aprovechaba.

al llegar a las manos se tuvo noticia de la muerte de Bolívar y se restableció la paz.

Bolívar el Libertador de casi medio Continente, padre de cinco Naciones, genio para la guerra y la política, cual pocos en la Historia, que había nacido en medio de la riqueza, moría pobre y olvidado en un rincón de Colombia, hacia fines de 1830. Sólo nuestros antepasados sabedores de que el Libertador partía a lejanas tierras en busca de hospedaje, le invitaron brindándole el afecto y gratitud del Hogar Ecuatoriano. ¡Glorioso sea, eternamente, el nombre de Bolívar!

Hasta el año cuarenta y cinco gobierna el país el General Flores, ya directamente en tres períodos presidenciales, ya indirectamente por medio del señor Rocafuerte (Vicente), a quien elevó al Poder en el intermedio del primero al segundo período.

Flores estaba apoyado, para algunos, en su prestigio de General de la Independencia; en la carencia de fuerzas nacionales que pudiesen desahacerse de un mandatario contra el cual en silencio protestaba incesantemente el Ecuador; en un círculo de decididos amigos personales que con él usufructuaban del Poder y la riqueza pública, y sobre todo en las tropas venezolanas, sus compatriotas, que conservaba en el país, permitiéndoles cuantos abusos les tuviesen contentas y adictas a su caudillo.

El descontento general llamaba a este Gobierno el de la dominación extranjera.

Por lo mismo que no existía aún ni principios de espíritu nacional republicano, ni organización consolidada del Estado, la manera de ser personal del primer mandatario tenía influencia decisiva en

la marcha general del país. Así con Flores, guerrillero arrojado, astuto y hábil intrigador, falto en absoluto de principios de moralidad pública, sin las altas dotes de organizador de pueblos nacientes, una vez deshecha la antigua organización colonial, el país se mantuvo en desorden y anarquía.

No había Presupuestos, ni Tribunales de Cuentas, ni Contabilidad Nacional.

Los recaudadores percibían los impuestos ordenados por los Congresos e invertían el dinero como disponía, con órdenes personales, el Presidente de la República.

Los militares hacían y deshacían a su antojo de la suerte de los ciudadanos; se sublevaban unos batallones tras otros y las sublevaciones se reprimían con dádivas en unos casos y en otros con fusilamientos de tres o cuatro soldados sin fórmula de juicio; se suprimieron por penuria fiscal Tribunales y Cortes de Justicia recién creados; el Presidente creó un impuesto extraordinario de diez mil pesos mensuales, repartidos al antojo; se suspendió el pago de la deuda pública y se falsificó moneda bajo la tolerancia de las autoridades.

Todos los cargos de alguna importancia eran para parientes de Flores y jefaturas de cuerpos y hasta Carteras Ministeriales fueron desempeñadas por extranjeros.

El Gobierno de Bogotá reclamó la devolución del Departamento del Cauca que se había incorporado espontáneamente a nuestra República. El Gobierno ecuatoriano se negó a ello, y cuando estuvimos a punto de entrar en guerra, se terminó el asunto con el tratado del año treinta y dos

que fijó el Carchi como línea divisoria entre las dos Naciones.

*Militarismo atenuado: Flores y Rocafuerte
hasta el año 45*

Resumen o Cuestionario:.....

.....

.....

El descontento era grande y cundía en toda la República. Un grupo de jóvenes empezó a formar el núcleo del partido nacional en oposición al predominio extranjero, condensando los bosquejos de opinión pública que asomaba, estudiando los problemas del país, criticando los abusos del Gobierno, en una publicación periódica, *El Quiteño Libre*, dirigida por un escritor inglés, Hall, que había venido a pelear por la independencia de América y vivía austeramente en los alrededores de la Capital.

Este período, único en la República, fué suspendido por orden de Flores, y sus redactores, unos como Pedro Moncayo, desterrados y otros, entre ellos, Hall, asesinados a las puertas de los cuarteles y colgados sus cadáveres desnudos en la plaza central, después de haber sido traidoramente invitados a una conjuración por los mismos servidores del Poder.

La opinión nacional consiguió que el Comandante de Armas de Guayaquil, Mena, se pronunciase contra el Gobierno y proclamase Jefe Supremo al político entonces más ilustre y honrado, Rocafuerte, que desde el seno del Congreso partía al destierro por haber negado las Facultades Extraordinarias al Presidente de la República.

Flores movilizó su ejército y logró tomarse Guayaquil, por lo cual las tropas de la causa nacional, con Rocafuerte a la cabeza, tuvieron que ir a establecerse en Puná.

Poco después fué apresado Rocafuerte y como su prestigio era grande en la República, se vió Flores en el caso de ofrecerle la Presidencia con tal de continuar él de General en Jefe del Ejército, es decir, de verdadero señor de los destinos del país.

Rocafuerte aceptó el compromiso y aun pretendió llevar tras sí a sus partidarios; mas éstos rechazaron entrar en componendas con Flores y, abandonados de su caudillo, continuaron la oposición al Gobierno.

Mientras tanto el Norte de la República se proclamaba también contra Flores, y con don José Félix Valdivieso a la cabeza se organizó un nuevo Gobierno y se puso en armas un nuevo ejército para luchar contra Flores y su dominación.

Las tropas del nuevo Gobierno se encontraron con las de Flores y Rocafuerte en Miñarica, cerca de Ambato y fueron terriblemente aniquiladas.

Triunfante Rocafuerte entró en Quito en ejercicio de la Jefatura Suprema y convocó para 1835, una Convención Nacional que se reunió en Ambato, dió la segunda Constitución Política y eligió Presidente al mismo Rocafuerte.

Fué este mandatario, como político, liberal, inteligente y fogoso; como administrador laborioso, constante y honrado; pero débil de carácter en momentos difíciles y más adecuado para un gobierno pacífico que para momentos álgidos que requieren resoluciones enérgicas y rectas. Ante los fuertes fué débil y sobre los débiles pesó fuertemente. Mal caudillo; pero buen administrador.

En el período de su mando se dividió la República en Provincias, Cantones y Parroquias, aunque la representación nacional continuó por Departamentos; se dió por primera vez la Ley de Presupuestos y se promulgó el Código Penal; se suprimió el tributo siquiera para los indios de la costa; en Quito se secularizó el Colegio de Varones y se fundó uno para señoritas, así como en Guayaquil se fundó el que actualmente lleva el nombre del fundador; se crearon numerosas escuelas primarias y el Colegio Militar, como también se trajo algunos profesores europeos; se restauraron las pirámides de los geodésicos franceses, mandadas destruir por el Gobierno español, y se restablecieron Juntas que cuidasen de la agricultura, las minas y los caminos.

La deuda extranjera contraída para la independencia, en los Bancos ingleses, se dividió entre Colombia, Venezuela y Ecuador, en proporción al número de habitantes de cada país, por lo que, habiendo calculado en setecientos sesenta mil los habitantes de nuestro país, le correspondió sobre la deuda veintiún y medio centésimos, es decir, dos millones doscientas treinta mil libras esterlinas.

En cambio la deuda interna, cuyos acreedores eran amigos y secuaces del General Flores, se mantuvo en la oscuridad y en la confusión, y aun ocasionó la caída de Tamariz, honrado Ministro de Hacienda que pretendió poner en orden este asunto.

Este Presidente reprimió con la pena de muerte algunas tentativas de revolución, con lo que logró establecer el orden y el silencio.

Concluido el período de este mandatario, el Congreso eligió Presidente, por segunda vez, a Flores, en cuyas manos se hallaban todos los hilos y fuerzas de la política y la milicia.

Esta administración fué semejante a la primera y todavía con la imprudencia de haber intervenido nuestra Nación y sin provecho alguno, en una guerra interna de Nueva Granada, contra el General Obando que se había levantado contra el Gobierno.

En 1840 España reconoció la Independencia de nuestra República; en 1841 se echó al agua el primer buque vapor, armado en el astillero de Guayaquil.

Cuando debía hacerse la elección del nuevo mandatario, en 1843, Flores convocó una Asamblea Constituyente que dictó, para el país, la tercera Carta Constitucional, determinando ocho años para la duración del período presidencial, que en las anteriores había sido solamente de cuatro, y para las sesiones del Congreso Nacional poniendo cuatro años de intervalo en vez de dos, que había sido antes. A esta Constitución denominó el pueblo *carta de esclavitud*.

La Convención, como era fácil preveerlo, eligió Presidente a Flores por la tercera vez.

El mandatario se engañaba creyendo haber sojuzgado definitivamente a un país que él lo veía desarmado y lo creía cobarde. Mas el país estaba profundamente descontento en espera únicamente de una ocasión oportuna para hacer estallar su enojo y deshacerse del tiránico gobernante. Y la ocasión se presentó, cual fué el cobro de un nuevo impuesto personal sobre todos los ciudadanos.

Al Norte y al Sur, en la Costa y en la Sierra se hablaba de revolución y, al fin, el seis de Marzo de 1845 estalló en Guayaquil, cuya población unánimamente desconoció la autoridad de Flores, y creó un gobierno presidido por los insignes ciudadanos Olmedo, Roca y Novoa.

Después de algunos encuentros sangrientos entre las tropas de Gobierno Nacional creado en Guayaquil y las del extranjero Flores, se celebró entre las dos partes un tratado, llamado de La Elvira, en cuya virtud Flores dejó el Poder, tomó \$ 20.000 que le daba la Nación y salió de la República.

El 6 de Marzo de 1845 es una de las fechas más memorables de nuestra vida republicana.

Triunfo del civilismo y reacción militarista: del 45 al 60

Resumen o Cuestionario:.....

.....

.....

El Gobierno Provisional de Guayaquil convocó una Convención que se reunió en Cuenca el mismo año 45 y dió, para organización del Estado, la cuarta Constitución de los mismos caracteres, poco más o menos, que las anteriores sin las tendencias y prescripciones antidemocráticas de la última, y eligió Presidente al señor Vicente Ramón Roca, ilustre guayaquileño.

Durante la administración del señor Roca los pueblos libertados de la aplastante dominación floreana de quince años, pasaron cuatro en paz y bienestar, bajo un Gobierno liberal y tolerante como lo permitían las costumbres del país y una administración honrada y acuciosa por la prosperidad general. El espíritu ecuaníme y republicano del primer mandatario influyó en mantener la vida política sobre esas bases.

Flores y el círculo de políticos que con él usufructuaban de nuestro país cual de una propiedad particular, no cedieron en sus pretensiones con haber perdido el Gobierno, sino que aquel General trató de reconquistar para España sus antiguas colonias de América, empezando por nuestra Patria. Con este objeto puso, esa nación, a órdenes de Flores tres buques de guerra; mas el Gobierno inglés, por interés de su comercio, salió

en defensa de la libertad americana y, embargando esos buques, dejó frustrada la tentativa.

Además, hubo algunos intentos revolucionarios para conquistar el poder por parte del mismo General; pero todos fueron fácilmente develados por el Gobierno que contaba con el apoyo general del país y ninguno de ellos tuvo fuerza suficiente para trastornar el orden público.

El Congreso de 1849, al tratar de elegir al sucesor de Roca, se dividió en dos partidos, sin que ninguno de ellos llegara a contar con la debida mayoría. Unos estaban por el General Elizalde y otros por el señor Diego Noboa, sin que entre los dos partidos hubiera diferencia notable de principios doctrinarios políticos, aunque aquel candidato se llamaba liberal y era despreocupado un tanto de prácticas religiosas y estotro era devoto de éstas y se llamaba conservador.

En esta emergencia y hasta la reunión de un nuevo Congreso, entró a ejercer el Poder Ejecutivo el Vicepresidente, señor Manuel Ascásubi.

La agitación de los partidos creció de punto y, después de algunas tentativas, estalló en Guayaquil en 1850 la revolución dirigida por el General Urbina, que proclamaba Jefe Supremo de la Nación al candidato señor Noboa.

A este pronunciamiento siguió el de las demás poblaciones de la República y una vez vencida la oposición del señor Elizalde y sus partidarios, era reconocido el señor Noboa en todo el país, hasta mediados del mismo año, en calidad de Jefe Supremo.

Luego después se repitieron las mismas escenas que con tanta frecuencia muestra nuestra historia: el Jefe Supremo convoca una Convención

de Diputados Nacionales, ésta da una nueva Constitución, la quinta, calcada sobre las mismas doctrinas políticas que las anteriores, y elige Presidente al mismo Jefe Supremo.

Al año siguiente, aprovechando la candorosidad del Presidente, repitió Urbina las mismas escenas, mas ahora en provecho propio. Sublevó la guarnición de Guayaquil, apresó y desterró al Presidente, se hizo proclamar por la tropa Jefe Supremo, convocó una Asamblea Nacional y ésta dió la sexta Constitución.

Esta Constitución es notable por haber proclamado la emancipación definitiva de los esclavos, quedando, por consiguiente, abolida la esclavitud de la raza negra, y también por haber establecido, por primera vez en nuestro país, las elecciones populares y directas para determinar representantes de la Nación y Presidente de la República.

En este período intentó Flores, nuevamente, conquistar el poder, mas sus fuerzas fueron fácilmente derrotadas por el Gobierno que tuvo de su parte el más entusiasta apoyo nacional. La reprobación general de los ecuatorianos contra el invasor se manifestó en forma de protestas que dieron al público todas las Municipalidades de la República.

Por influencia de Urbina, al terminar éste su período, fué elegido para sucederle el General Francisco Robles.

El Gobierno presidido por este General trató de pagar nuestra deuda inglesa con terrenos en la Región Oriental, a donde debían venir colonizadores ingleses mandados por nuestros acreedores. El Perú afirmó que este Contrato lesionaba sus derechos territoriales, y, para impedir que esto se

llevarse a cabo, declaró guerra a nuestra Patria, y su escuadra, con el mismo Presidente Castilla a la cabeza, se presentó ante Guayaquil.

Por otro lado los pueblos del interior de la República sin apreciar en todo su valor las amenazas de la nación vecina, y aprovechando que el centro del Gobierno estaba en Guayaquil, proclamaron la revolución a nombre de los principios conservadores, hasta el punto de haber logrado establecer un Gobierno Provisional en Quito con don Gabriel García Moreno a la cabeza.

Mientras el Gobierno Constitucional—cuyo General en Jefe del Ejército, o, más bien dicho, alma y sostén de él, era el General Urbina—triunfaba sobre el Gobierno conservador de la sierra y se tomaba la Capital, era derrocado en Guayaquil que proclamó Jefe Supremo al General Franco. Quito reaccionó en favor del Gobierno Provisorio y los Generales Urbina y Robles abandonaban el Poder y salían del país.

Entonces Franco, que apenas tenía autoridad en Guayaquil y sus contornos, entró en tratados con las fuerzas peruanas y ajustó un convenio, denominado de Mapasingue, desfavorable para los intereses patrios.

La Nación toda condenó este convenio y se pronunció contra el Gobierno que lo había ajustado.

La oposición a Franco estaba representada por el Gobierno Provisorio de Quito, cuyo miembro prominente era García Moreno. Uno y otro movilizaron sus tropas y habiendo sido derrotado Franco, García Moreno entró en Guayaquil y quedó a la cabeza de la Nación.

Los últimos años de esta etapa de nuestra historia, hasta que García Moreno dominó la anarquía general, son probablemente los más desastrosos, desmoralizados y pobres que ha tenido nuestra patria. Llega a haber simultáneamente un Jefe Supremo en Guayaquil, otro en Cuenca y un tercero en Quito, sin autoridad más allá de la ciudad que ocupan. El Perú bloquea Guayaquil y la guarnición de la ciudad se subleva contra el Gobierno en presencia de nuestros enemigos, que veían desde sus naves degollarse mutuamente a los ecuatorianos en vez de defender la honra y la libertad de su nación. Los Jefes y sus cuerpos se pasan de un bando a otro sin escrúpulo ni vergüenza, y los caudillos políticos o más bien asaltadores del Poder, se disputan la nefanda preferencia de corromper el juramento y la disciplina militares. Una facción enganchaba tropas colombianas, otra aceptaba auxilios del mismo Perú interesado en fomentar la discordia, y otras discurren solicitar el Protectorado de Francia. Ciudades como Cuenca y Riobamba son saqueadas escandalosamente por tropas desenfrenadas, mientras las poblaciones menos importantes están como en cosa normal sujetas al pillaje de tropas que van y vienen. Los campesinos son presa segura de violencias y extorsiones y los obreros de las ciudades son arrastrados a los cuarteles; partidas de bandoleros recorren a su gusto un país sin gobierno, sin justicia y sin policía. La producción disminuye y encarecen los víveres; las comunicaciones se hacen difíciles y de consiguiente se restringe el comercio. Se elevan los precios y se falsifica moneda. Y hasta la naturaleza nos envía una terrible visita de la viuela; hay temblores que casi pasan a terremotos

en el Norte y el Centro: el odio, el terror, la miseria y la inmoralidad reinan en el país.

Período cívico-clerical: del año 60 al 76

Resumen o Cuestionario:.....

.....

.....

Este período tiene caracteres altamente notables y muy singulares rasgos en la historia de nuestra patria. Cualquiera tratadista extranjero de Historia, Sociología o Policía que quiera poner el ejemplo de un gobierno clerical o teocrático, cita el Ecuador de García Moreno, como el más neto representante de un Estado regido de ese modo.

Domina en todo este período el espíritu y la política de ese gobernante, aunque desempeñan la Presidencia a más de él que pasó dos períodos, los señores Carrión, Espinosa y Borrero. (1).

García Moreno: de genio cual ningún otro en nuestro país, dominante, impetuoso, tenaz y violento de carácter; de inteligencia pronta, profunda y vasta, de amplio saber, de desinterés consumado, exacto y exigente en el deber y movido sólo por grandes pasiones.

(1) Borrero trató más bien de establecer una política contraria a la garciana; no lo consiguió, por debilidad.

Sus creencias religiosas que llegan al último límite de la intolerancia, su temperamento despótico, el sentimiento de su poderosa personalidad, la anarquía en que estaba sumida la República, la insolencia desorganizadora del militarismo, la indolencia y pasividad de las clases populares como el espíritu plegadizo y mezquino de las clases altas, en fin, la ruindad y pequeñez del medio circundante, debían haber traído a García Moreno al convencimiento de que nuestra patria necesitaba un fuerte educador de pueblos, un Gobierno de rígida disciplina apoyado en la dirección intransigente del catolicismo puesto al servicio de la política. Todo por el orden, nada por la libertad, podía ser su lema. Su altivo genio rayó en la soberbia hasta considerarse divinamente predestinado para salvar a su patria, para hacer imperar la religión católica aniquilando por cualquier medio las disidencias y a los discidentes; para hacer dominar el orden yéndose sobre leyes, libertades y derechos; para conducir a la Nación como el pastor a su rebaño, hacia lo que él juzgaba la felicidad, pero en silencio, sin discusión, menos protesta alguna. Contra la discusión venía el destierro y para la protesta el patíbulo.

Una vez vencido Franco, el mandatario supremo convocó la Convención del año 61 que dictó la séptima Constitución Política del país y eligió Presidente al vencedor.

Esta Constitución es notable porque hizo dar un paso adelante al sistema parlamentario. Hasta entonces estaba en vigencia para constituir el Congreso, la representación del país por Departamentos que eran tres: el del Norte cuyo centro era Quito, el del Sur o Azuay y el de la Costa o

Guayas. Cada uno de estos enviaba a formar la Legislatura igual número de representantes, con lo que salía perdiendo el Departamento de Pichincha, igual en población a los otros dos juntos. Los diputados representan a la población y no al territorio, por consiguiente el número de representantes debe ser proporcional al de pobladores. Se impuso García Moreno y triunfó la reforma científica y liberal que consistió en establecer la representación proporcional de todas las Provincias. García Moreno hizo una reforma liberal para mejor establecer su conservatismo, pues así la Sierra conservadora daría mayor número de diputados que la Costa siempre de tendencias políticas más amplias y tolerantes.

Mediante un Concordato se sometió el Estado a la Iglesia, se consagraron la República y cada población a las divinidades y santos del Catolicismo; en la política formaban consejo y en la administración tenían ingerencia, inspección y gobierno los prelados y sacerdotes; la Instrucción Pública y la Beneficencia íntegramente fueron entregadas a comunidades religiosas, como la de los Jesuitas que llegó a disfrutar de gran predominio; a toda ceremonia religiosa se le dió carácter y fuerza oficiales, y a tal grado se llevó la intransigencia que se exigió, con prescripción constitucional, la calidad de católico para entrar al goce de los derechos de ciudadano de la República.

El país era un inmenso monasterio. Al que hacía oposición siquiera por escrito se le enviaba al patíbulo, si no marchaba a las selvas orientales, donde se le dejaba por orden terminante en pleno despoblado a pasar como Robinson, si no moría de hambre. Todas las libertades políticas y más

la de la prensa desaparecieron, y sólo clandestinamente circulaban los fulminantes escritos del incomparable polemista, de genio vigoroso y pluma egregia, Montalvo, que se presentó cual un gigante defensor de la libertad, a denunciar al mundo, como un crimen de lesa civilización, las ideas teocráticas, la política despótica y el tiránico Gobierno de García Moreno.

Hizo fusilar o dejó morir en las prisiones a altos militares y a otros hombres notables; reprendió cruelmente cualquier tentativa revolucionaria, llegando a fusilar sin fórmula judicial alguna, como ocurrió en Jambelí, masas enteras de soldados rasos, para establecer el escarmiento, como él quería, no sólo entre los caudillos que conquistan y capitanean multitudes, sino también entre las multitudes serviles que buscan y se fabrican capitanes y caudillos.

Tuvimos dos guerras con Colombia, ambas imprudentes, de resultados desfavorables. La una para hacer propaganda antirrevolucionaria, contra un partido revoltoso de esa Nación vecina, y la otra contra un Gobierno de la misma, por oposición de principios acerca de política religiosa.

Bajo el mandato organizador, activo y perentorio de este célebre gobernante se construyeron la carretera nacional y el ferrocarril central en la sección de la Costa. En esta, además, se limpiaron y canalizaron ríos navegables. Se iniciaron vías como la del Pailón y Santo Domingo de los Colorados, después olvidadas. Se inició la explotación del petróleo en Santa Elena por cuenta del Estado. Se edificaron e instalaron en todo el país escuelas y colegios, cárceles y cuarteles, casas de beneficencia; en la Capital de la República una

Escuela Politécnica con sabios europeos y jóvenes becados de todas las provincias, casas de Artes y Oficios, de Bellas Artes y un muy bien montado Observatorio astronómico. Un terremoto incomparablemente desastroso arrasó la región del Imbabura, causando un daño que se calculó en diez mil individuos muertos y diez millones de pesos en riqueza destruída. García Moreno en persona, con una actividad asombrosa y haciendo uso de todas sus facultades, inclusive la de fusilar bandidos al momento, restableció el orden en la sección desolada. Su administración, desde el punto de vista financiero y fiscal, es el ejemplo más acabado de rectitud, cumplimiento y honradez.

Después de haber gobernado García Moreno su período presidencial de cuatro años, hizo con su incontrastable influencia sobre el clero y la milicia, elegir Presidente a Carrión, a quien poco después le obligó a dimitir porque éste con su débil temperamento era incapaz de secundar las resueltas direcciones del impetuoso dominador. Espinosa, puesto por iguales procedimientos en reemplazo de Carrión, corrió suerte igual. Entonces García Moreno se hizo proclamar Presidente Interino, convocó una Convención el año sesenta y nueve que dictó la octava Constitución y consagró en el Poder al mismo García Moreno. Esta Constitución, sombría y terrible, que encarna mejor que la anterior el espíritu de este sin igual estadista, fué llamada Carta Negra por el pueblo. Montalvo y un grupo de jóvenes mantenían ardiente el espíritu liberal y al fin, cuando acababa de ser elegido para un tercer período presidencial, una conjuración mató a García Moreno, el año setenta y cinco, en los portales del Palacio, mien-

tras el Presidente se dirigía a su despacho, después de haber hecho oración en el templo vecino.

La muerte del Presidente no alteró sin embargo el orden público. Tomó las riendas del Poder el Vicepresidente y algo después era, por el orden legal, elegido primer mandatario el señor Borrero. Pocos meses más tarde una revolución político-militar de carácter liberal, que inició en Guayaquil el General Veintemilla el año setenta y seis, echó abajo al Presidente Borrero y al régimen legal que él representaba.

Nueva reacción militarista y definitivo establecimiento del civilismo: del 76 al 95

Resumen o Cuestionario:.....

.....

.....

Veintemilla, para su triunfo, contó con gran parte del ejército y una buena porción de la opinión pública adversa al régimen de García Moreno, sintetizado en la Constitución.

Luego después se desenvuelven los mismos trámites que varias veces hemos relatado: el Jefe Supremo triunfante convoca una Convención que se reúne en Quito el año 78, y da la novena Constitución de la República y elige Presidente al Jefe Supremo. La Constitución hizo desaparecer las pres-

crípções asaz duras, relativas a imposición e intransigencia religiosa y poderes casi despóticos del Poder Ejecutivo.

Con esta transformación política pasamos de un Gobierno de austeridad y economía a uno de libertinaje y despilfarro. Veintemilla gobernó exclusivamente con sus amigos y en provecho de ellos; desbarató las rentas públicas en fiestas y comilonas; descuidó toda obra seria de administración; creó cargos inútiles e hizo dádivas hasta donde fué posible; al ejército organizó y aduló de tal manera, que era exclusivamente adicto a su persona, sin noción de lo que debía a la patria y al Estado; también aduló a las clases más bajas y vulgares del pueblo brindándole fiestas y fomentado sus gustos y bajas pasiones. Su política no muestra ideal alguno del valor humano y nacional: a gozar tomando esta palabra en su sentido más sensual y a prolongar este goce lo más posible, se dirige toda acción gubernamental y administrativa de este gobernante.

Concluído su período presidencial, proclamóse Dictador; mas la Nación, que había soportado un régimen de desconcierto y francachela, no estaba para tolerar otro que fuese contra las bases mismas de la República sin perder por ello aquellos otros denigrantes caracteres.

Sin distinción de partidos políticos, Alfaro a la cabeza de los liberales en la Costa, y jefes conservadores en la Sierra, el país como un solo hombre se levantó contra Veintemilla; mas éste fué sostenido valerosamente hasta quemar el último cartucho por el ejército que le idolatraba.

Vencidas sus fuerzas de reducto en reducto y definitivamente el año 83, huyó el Dictador,

después de saquear las bóvedas de un Banco de Guayaquil.

A esta sublevación nacional se le ha denominado La Restauración, pues no se creyó crear nada nuevo en el régimen político, sino restablecer en sus líneas esenciales el antiguo régimen de una República sometida a la Iglesia y al clero. Y así sucedió, efectivamente, sin resuscitar, desde luego, los rasgos prominentes debidos de modo exclusivo a la vigorosa personalidad de García Moreno.

Como la guerra contra el Dictador se hizo por varios jefes militares y políticos, iguales e independientes entre sí, después del triunfo se establecieron tres gobiernos: uno liberal, en la Costa, y dos conservadores, en la Sierra, uno al norte y otro al sur. Estos tres gobiernos convocaron la Convención Nacional, cuya mayoría resultó conservadora y que dió, por consiguiente, una Constitución de igual espíritu, la décima para el país. La política de este período, aunque supeditada por la religión, fué relativamente amplia y tolerante y de caracteres más republicanos que clericales.

Hasta el año 95 gobernaron, cuatro años Caañaño, cuatro Flores (hijo) y dos Cordero.

En este período acaban de deslindarse los partidos liberal y conservador; pero como la falta de costumbres parlamentarias no permite el funcionamiento y alternativa legal de ellos al amparo de la Constitución, el partido liberal, que después de haber cooperado al derrocamiento de Veintemilla, vió desechadas sus ideas y aspiraciones, al erigir el nuevo orden constitucional, hizo oposición por la prensa y con las armas en varias provincias de la República.

En este tiempo se adoptó el sistema decimal y como unidad monetaria el sucre dividido en cien centésimos, en reemplazo del antiguo peso de ochenta rentavos, que todavía se recuerda en el uso popular; se suprimió el diezmo eclesiástico; se instaló el telégrafo y se multiplicaron los periódicos y las escuelas; apareció la Geografía Patria del sabio Wolf, se vieron los primeros volúmenes del historiador González Suárez y brillaron los escritos de Juan León Mera.

En este período, hacia fines de él, vino a revelarse, a ponerse de manifiesto una marcada evolución social, que no tardó en hacerse trascendente a la política y luego provocar el cambio de régimen constitucional gubernamental, que determina el límite entre el período que estudiamos y el que sigue.

La clase social compuesta de comerciantes, capitalistas, industriales, banqueros, cuyo centro es Guayaquil, había llegado entonces a tal punto de crecimiento, de desarrollo, que hasta inconscientemente buscaba medios de organizar el Estado, sobre las bases distintas que las que hasta entonces, asimismo de manera inconsciente y muy natural, venían sirviendo de fundamento a la política. Estas bases carcomidas por el tiempo, eran la religión, las pretensiones aristocráticas, el predominio de los grandes propietarios territoriales, todo fundido en el temperamento conservador y de inmovilidad que producen la Sierra y las ocupaciones agrícolas. Hasta entonces flotaba, aunque de modo vago, en el ambiente político, la idea de que el poder de la Nación correspondía desempeñar al clero y aun a cierto grupo de familias predominantes.

Frente al clero, a las tendencias aristocráticas, a los grandes propietarios, a los intereses meramente agrícolas, al conservantismo y a la Sierra que habían predominado hasta entonces, se presentan después de lento desarrollo, a reclamar el derecho a la vida y al poder las clases lugareñas, marcadamente democráticas, los comerciantes, los capitalistas, los banqueros, los pequeños propietarios, las clases medias, la tolerancia, el liberalismo, la Costa.

El partido conservador que se hallaba en el poder perdió su unidad, se dividió en facciones de distintos matices doctrinarios. Una facción reducida se llamaba conservadora, y creía mantener la pureza de la doctrina de García Moreno; otra se llamaba conservadora progresista y creía que la rigidez de esa doctrina era inadaptable al tiempo. Lo cierto es que el conservatismo se debilitó, degeneró y, sobre todo, desmoralizó hasta llegar, una de esas facciones, a proyectar, para quitar el poder a la otra, un asesinato en masa durante las ceremonias católicas de Jueves Santo.

En este estado, de las fuerzas nacionales y políticas, sobrevino un incidente que determinó la caída del Gobierno y la pérdida del predominio para las clases sociales conservadoras. Este incidente que provocó la sublevación de toda la Costa y gran parte de los ciudadanos de la Sierra, consistió en que el Gobierno dió su aquiescencia al crimen de hacer uso de la bandera patria para traspasar un barco de guerra que Chile vendía al Japón, en guerra entonces con China, venta condenada por las consideraciones que deben guardarse por países neutrales respecto de países en guerra. Chile no quiso desempeñar ese desairado papel y

le acomodó a su amigo el Ecuador. Los pueblos de la Nación ecuatoriana se dieron cuenta de la vergonzosa ofensa y se lanzaron contra un Gobierno que no sabía sentir y defender el honor nacional.

Guayaquil proclamó la revolución el 5 de junio de 1895 y elevó a la Jefatura Suprema a Eloy Alfaro, jefe reconocido del liberalismo, y dos meses más tarde, en Gatazo, era derrotado definitivamente el Gobierno.

El partido liberal en el Poder: Eloy Alfaro

Resumen o Cuestionario:

.....

.....

La revolución triunfante tuvo primeramente por Jefe Supremo a Don Eloy Alfaro. Si fácilmente fué vencido el partido conservador en la campaña inicial, pronto reaccionó, unido y fuerte, por varias veces, para tentar la conquista del perdido predominio y aun llegó a apoderarse de ciudades tan importantes como Cuenca y Riobamba. Durante la Jefatura Suprema y aun durante la Presidencia Constitucional, tuvo el Gobierno que luchar duramente contra su siempre vencido enemigo.

La Convención Nacional se reunió en Guayaquil el año 97 y dictó la onceava Constitución, introduciendo en nuestro orden político todas las

franquicias ciudadanas y determinando, para las relaciones de la Iglesia Católica y el Estado, la abolición del Concordato y la abolición del Patronato. Sobre todo se garantizó la libertad de pensamiento y la religiosa y la de cultos y se derogó la pena de muerte. Además, la Convención designó para Presidente a Alfaro que, como García Moreno, es personalidad de profunda influencia en nuestra historia.

Guerrerrillo tenaz, valiente y activo, de grandes energías, meditativo y reposado, de hondas convicciones y serenidad de juicio; desde muy joven, desde tiempos en que ni se oía la palabra liberalismo, él proclamó esos principios, luchó por ellos hasta el heroísmo muchas veces, agotó su fortuna, protegió a escritores de su escuela, anduvo siempre errante lejos de su patria, esperando con fe inquebrantable, que un día sería posible establecer en el Ecuador, la libertad que le negaban los continuadores de la doctrina de García Moreno.

Carecía de las dotes oratorias que arrebatan a las multitudes y era incapaz para las grandes frases que ilusionan. Con todo, fué apasionante caudillo durante largo tiempo, y siempre despertaba en su derredor grandes simpatías. Durante ocho lustros su nombre fue enseña de guerra por la libertad de conciencia.

Tenía las orientaciones de un gran estadista, mas le faltaban las facultades de gobernante organizador y el talento minucioso que llega hasta el detalle administrativo. Quería los fines de una buena y progresista administración, como ferrocarriles, modernización de la enseñanza, fomento de la agricultura y las industrias, mejoramiento de la raza india, etc., pero confiaba la persecución de es-

tos fines, la realización de los medios. a Ministros y subalternos, que en la mayoría de los casos, no poseían el patriotismo, el desinterés ni el amor a la gloria que guiaban al jefe.

Gracias a la persistente labor personal del Presidente, se volvieron con decisión a recomenzar los trabajos del ferrocarril de Guayaquil a Quito, estacionados con una enorme desesperanza, desde hacía tiempos, al pie de la cordillera colosal. Y en la obra se puso todo el empeño de la Nación, se emplearon cuantos recursos había a la mano, porque Alfaro creía, como lo ha sido realmente, a pesar de sus deficiencias, que ella era la obra redentora del país. El ferrocarril ha sido para la sierra la exclaustración del apartamiento del mundo civilizado a que le habían condenado las montañas puestas por la naturaleza y los abismos creados por los políticos. En la primera administración de Alfaro llegó la obra hasta Colta, en pleno valle interandino, rompiendo las entrañas de los Andes, y en la segunda, llegó a la Capital de la República, en momentos en que también se cumplía el primer centenario de las iniciativas de nuestra emancipación. El centenario del 10 de Agosto, primer grito de la Independencia se festejó con una Exposición Internacional, en Quito, que tuvo regular éxito.

Alfaro, al celebrar el contrato para la construcción del ferrocarril, arregló, también, la deuda externa que tan mal parado tenía el crédito del país. Esa deuda fué refundida en la deuda del ferrocarril, cuyo total llegó a veintidós millones de sucres. La empresa constructora, que es yanque, tendrá la explotación de la línea durante cincuenta años y los productos de ella, una vez pagados to-

dos los gastos, se diviven entre las utilidades de la empresa y pago de intereses y amortización de la deuda. Esta última cuota es todavía deficiente a causa de la abusiva administración de la empresa, de modo que la Nación paga esa amortización e intereses, con fondos generales del Presupuesto y no con rendimientos de la misma obra.

Después de la primera administración de Alfaro, subió a la Presidencia el General Leonidas Plaza, quien gobernó en completa paz y bajo cuya influencia se dictaron algunas leyes que mermaban la influencia del clero y libran la vida civil de las trabas religiosas, como la de Cultos, de Matrimonio y Registro Civil, etc.

Terminado este período, llegó a la Presidencia el señor Lizardo García, capitalista guayaquileño, que apenas gobernó cuatro meses.

Alfaro, cuyos partidarios eran frenéticos por su caudillo y que contaba con la afección del ejército; provocó una revolución que, fácilmente, derrocó al Gobierno Constitucional.

Después del triunfo, ya lo sabemos, desfilan en la Historia, una Jefatura Suprema, una Convención, una Constitución y la elección del jefe triunfante, para Presidente de la República.

Esta Constitución es la décima segunda que ha tenido el país y nos rige actualmente. Tiene sobre las anteriores el carácter distintivo de haber prescindido por completo, al determinar las condiciones de la vida del ciudadano y del Estado, de tomar en cuenta las creencias religiosas y la ingerencia de ninguna religión o iglesia. Según esto, las creencias gozan de la más completa libertad y tienen un carácter sólo privado e individual.

En este segundo período mostró Alfaro, sin escrúpulo alguno, los modos de mandatarios y despóticos de todo viejo militar. Si en el primer período tuvo que combatir al partido conservador, siempre reaccionante; en el segundo, tuvo que defenderse contra la mayor parte del partido liberal y la totalidad de la opinión pública. Motines, proyectos de revolución y levantamientos populares, desbarató a fuerza de armas y sangre.

Para mantenerse y perdurar en el poder, llegó a formar, entre militares y particulares, un partido personalmente afecto a él, mediante dádivas ilegales de los fondos públicos y corrupción y relajamiento administrativos. A esto vino a añadirse el proyecto de proclamarse Dictador al término de su segundo período.

En el pueblo de Quito, en Agosto de 1911, incitado por los amigos políticos del señor Estrada, a quien se acaba de elegir para reemplazar a Alfaro en la Presidencia, obligó a Alfaro a dimitir y a alejarse de la capital.

Gobernó Estrada pocos meses, y luego reaccionó el partido de Alfaro y aun llegó a adueñarse del Gobierno de Guayaquil, mas triunfó el Gobierno constitucional dirigido por el Vicepresidente Freile Zaldumbide y cayeron prisioneros cinco generales y entre ellos Eloy Alfaro. Con éstos se cometió un crimen de lesa civilización y humanidad. Uno de los prisioneros fué asesinado y luego arrastrado por el populacho de Guayaquil, y lo mismo los otros, en Quito, en Enero de 1912. Lección horrible para mandatarios y caudillos que pretendan perpetuarse en el Poder y gobernar al

País contra el torrente de la opinión nacional. (1).

Ultimos años

Resumen o Cuestionario:

.....

.....

Después del desaparecimiento de Alfaro, han gobernado el período legal de cuatro años, el General Plaza, por segunda vez, y el señor Baquerizo Moreno, y acaba de iniciarse la Administración del señor Tamayo. (2).

Plaza ha sido tenaz y duramente combatido, en la Costa, con las armas y en la Sierra por la prensa y la opinión parlamentaria. La defensa del Gobierno en las selvas de Esmeraldas, (3) ha costado a la Nación mucha sangre y mucho dinero. Con Plaza, en su segundo período, ha pasado lo que con Flores y Alfaro en igual caso: ha desarrollado más claramente sus tendencias de absorción personalista en el gobierno. Seguramente la reelección influye en el ánimo de los políticos, para hacerles creerse hombres necesarios, coloca-

(1) Este crimen, ante todo político, no puede imputársele al pueblo ecuatoriano, de quien se sirvieron los interesados como de instrumento.

(2) Véase el apéndice final.

(3) Contra la revolución encabezada por el Coronel Concha.

dos a la altura de encontrar otros que le igualen o reemplacen.

Concluido su período, en medio de la indiferencia general y la antipatía de buena parte de la Nación, fué aceptado con alborozo el señor Baquerizo Moreno, quien con su ecuanimidad consiguió paz para la República. Los revolucionarios dejaron las armas por una parte, y por otra, el gobernante ordenó cesar el estado de guerra y el uso de las facultades extraordinarias, sin persecuciones ni venganzas.

La Nación, por su parte, en estos cuatro años de paz y luchando contra las terribles consecuencias de la Guerra Europea que acaba de pasar, ha desarrollado e intensificado, siquiera en pequeña escala, el comercio, la industria y, particularmente, la agricultura.

La del señor Baquerizo, como la de Roca y Flores hijo, puede llamarse una administración pacífica y republicana, sin los elevados arranques, ni desenvolvimientos fecundos de Rocafurte, Urbina, García Moreno y Alfaro, ni las grandes calamidades nacionales acarreadas por Flores padre, Robles y Veintemilla.

Al finalizarse su período y manteniéndose el partido conservador completamente apartado de la vida política, se aprestaron para la lucha, en las elecciones, dos facciones del partido liberal: la que tenía su fuerza en la Sierra y ningún apoyo oficial en la candidatura del doctor Córdova, y la que tenía su fuerza en la Costa y contaba con el apoyo oficial, con la candidatura del doctor Tamayo. Aproximándose las elecciones y en vista de que que no se gozaría de libertad en ellas, retiró su

candidatura el doctor Córdova, (1) su adversario salió electo y ocupó la Presidencia, el 31 de agosto del año 1920.

Acaba de celebrarse en Guayaquil, con gran derroche de entusiasmo y de gran riqueza, el Centenario del 9 de Octubre de 1820.

La política presenta, en este momento, visos de alguna intranquilidad. El Jefe del Poder Ejecutivo, ha dado la nota particularísima, de formar su gabinete, incluyendo en él personas del partido conservador, cosa que no ha hecho, hasta aquí, ningún gobernante liberal, y que ha llamado mucho la atención de los que se ocupan de política, así liberales, como conservadores. Estos, dicen que es un paso de alto republicanismo, amplio y tolerante. Muchos liberales coinciden con su aprobación en este modo de pensar; pero también, otros muchos afirman que un Gobierno debe estar formado de personal homogéneo en puntos doctrinarios, y, añadiendo que el partido conservador, antes del año 95, cuando se acercaba a su derrumbamiento, comenzó por descomponerse en fracciones, que unas aceptaban y otras no, en el Gobierno, la colaboración de los liberales, y temen, en consecuencia, que el país venga a parar en una evolución o en una revolución inversa a la del año noventa y cinco.

Más adentro de la política, en el terreno de lo económico, siente el país, desde hace cuatro o cinco años, pero más acentuadamente en los últimos dos, gran malestar y zozobra. Como nosotros no producimos cuanto para la vida necesitamos, te-

(1) Con la condición de ser él el sucesor de Tamayo.

nemos que comprar en el extranjero productos industriales, como telas, herramientas, máquinas, etc.; mas, para contar para estas compras con el dinero suficiente, es preciso que les vendamos artículos producidos en el país. El principal artículo para este cambio es el cacao, pero este producto ha perdido su antiguo valor a causa de grandes plantaciones que se han hecho en el Africa, por una parte, y por otra, ha sido atacado por una enfermedad que ha causado enormes daños en las plantaciones. En segundo lugar, la guerra última produjo un enorme consumo inútil, irreproductivo de riqueza; creó deudas colosales entre las naciones, disminuyendo enormemente la producción y ha dado ocasión a grandes combinaciones bancarias, en beneficio de pocos y daño de la mayoría, todo lo cual ha producido una ingente elevación de los precios y depreciación de la moneda de papel no respaldada por oro ni plata. En tercer lugar, una ley dictada por nuestro Poder Legislativo, denominada impropriamente La Moratoria, en cuya virtud los Bancos no están obligados a cambiar en metálico sus billetes, ha venido, con las otras dos causas, a colaborar eficazmente en la producción del actual malestar económico que siente el país.

Este malestar del país trasciende a la vida del Estado en forma de déficit del Presupuesto, es decir, disminución de los ingresos, falta de las rentas necesarias para los gastos indispensables o acostumbrados.

En medio de este malestar siquiera se ha introducido, por otra parte, una reforma legislativa de grandes y buenas consecuencias, cual es la abolición legal del *concertaje*, por medio de la supresión de

la prisión por deudas y obligaciones de hacer. El *concertaje*, era la servidumbre, casi la esclavitud de los trabajadores del campo, hombres generalmente de raza india. Cuando un mozo, miembro de familia *concertada*, trataba de independizarse y establecer su hogar, no tenía otro recurso que recurrir al amo, propietario de la hacienda, en demanda de un pedazo de terreno, *guasipungo*, para levantar su casa y de veinte o treinta sucres para los primeros gastos. A la vez se obligaba a trabajar por cinco centavos diarios, antes de la transformación del año 95, y por diez, después de ella. Como el salario y el pedazo de terreno no le daban lo necesario para vivir, su deuda iba creciendo de año en año, y al morir, la heredaban los hijos. Si huía, cansado de soportar las brutalidades patroniles, en todas partes encontraba la misma forma de contrato de trabajo, por una parte, y por otra, la policía se encargaba de perseguir al prófugo y devolverlo al propietario o encerrarlo en la cárcel si este prefería deshacerse de su concierto por el pago de su crédito. Como el peón encarcelado no contaba con dinero para el pago de lo que adeudaba, tenía que buscar otro patrón para concertarse a él; o los patrones que necesitaban jornaleros iban a las cárceles en busca de conciertos cuyas deudas pagaban al antiguo amo y se los llevaban. También los amos directamente se cedían los conciertos por el traspaso de la deuda, y entonces el jornalero debía trasladarse de una hacienda a otra quiera que no. Otros amos los alquilaban con buena ganancia para trabajos duros o lejanos. La suerte del indio era una verdadera esclavitud bajo otro nombre, hasta hace dos años, mediante la prisión por deudas. Con esta reforma el trabajador del campo será un verdadero journa-

lero libre de deudas, prisiones y reatos, que ganará diaria o semanalmente su salario como cualquier otro trabajador.

Esta reforma habla bien de nuestro legislador (1) y sus consecuencias humanas y sociales serán de mucha importancia.

La nacionalidad ecuatoriana

Resumen o Cuestionario:.....

.....

.....

Concluído el relato es indispensable que hagamos algunas consideraciones sobre el sujeto de nuestra Historia: la nacionalidad patria.

Nuestra nacionalidad, como hemos visto en el transcurso de la relación, se ha formado al choque violento de dos distintas razas, de dos grados de cultura muy alejados entre sí, de dos diversas religiones y lenguas, de dos maneras de vivir y gobernarse, acentuadamente diferentes la una de la otra. Primera causa que se ha opuesto a la unificación orgánica y espiritual del pueblo ecuatoriano, en una nación fuerte, con voluntad y aspiraciones definidas y vigorosas.

Por otra parte, este heterogéneo compuesto del conjunto nacional se ha repartido a vivir en dos

(1) Alfredo Baquerizo Moreno.

zonas de territorio; en medios físicos, de los cuales el uno tiene muy diversos caracteres e impresiona al hombre de muy distinto modo que el otro: la Sierra y la Costa. En esta influencia del medio físico sobre el organismo, el espíritu y la sociedad humanos, se encierra otra causa para que existan discrepancias en los intereses, modos de sentir y desear del pueblo ecuatoriano respecto de otra.

De estos dos factores, el primero humano o histórico, ha dado por resultado que en la composición y organización presentes de la sociedad ecuatoriana, veamos una inmensa muchedumbre de indios socialmente despreciados, políticamente sin el más pequeño derecho, civilmente supeditados por la raza blanca, económicamente proletarios, faltos de los primordiales elementos de cultura e instrucción, usando su lengua originaria, llevando su antiguo modo de vestir, construyendo viviendas a su modo, entregados exclusivamente a la agricultura de formas primitivas en tierras que pertenecen a los patrones, rehacios a la escuela y a todo cambio y reforma, aplicando a una religión que no comprenden las ceremonias de sus rudas creencias primitivas, incomprensivos e indiferentes respecto a todas las cuestiones que interesan al resto de la nación, desempeñando, en definitiva, en el seno de la patria un papel meramente inconsciente, pasivo y doloroso.

Al lado, o mas bien dicho, sobre esta inerme masa humana, vivimos un conjunto de comerciantes, propietarios, capitalistas industriales, militares, clérigos, artesanos, abogados, médicos, empleados, etc., de una cultura muy superior relativamente a la del indio y sin nexo ni gradación

entre una y otra. Todas las clases sociales superpuestas a la raza media, que acabamos de mentar, desde la de artesanos a la de capitalistas, aunque diferentes entre sí bajo muchos aspectos, llevan entre ellas un nexo que las une, tienen una base de cultura común, son el producto de una lengua, pertenecen a una raza igualmente mestiza, profesan una misma religión, revelan iguales aspiraciones republicanas, no ha muerto en ellas el incentivo al adelanto y la mejora, necesitan y buscan la escuela, las artes y las ciencias, tienen uno y otro usos domésticos y sociales análogos, manifiestan un espíritu público y común y se interesan por los problemas de utilidad general, en fin fluye en todas esas clases una corriente común de vida y cultura, que les diferencia hondamente de la bárbara existencia de la raza india. (1).

Esta disparidad de dos series de elementos humanos, entrando como componentes de una misma nación, da, a esta, una existencia anormal cuyos efectos se reflejan en la economía, en la política y en la administración públicas. El estudio detallado de esta difícil cuestión, es propio de ciencias más profundas que la Historia, y nosotros cumplimos nuestro objeto, con conocer el fenómeno y los datos fundamentales de él.

El otro factor, físico y geográfico, también produce sus efectos de alta significación en la vida ecuatoriana. El hombre, en la Sierra, alta y poco fecunda, encerrado entre montañas, en medio de una vida fácil para población escasa, en un cli-

(1) Hay además el campesino o montuvio de la costa, tan ignorante y servil como el indio. Proviene de una mezcla con raza negra.

ma frío, húmedo y sobre todo uniforme, se revela lento en sus juicios y resoluciones, falto de iniciativas y reacciones vigorosas, amigo de entregarse a la vida de poco trabajo, sin grandes necesidades ni grandes pasiones, cualquier asunto lo deja para un *mañana* que nunca llega. En la Costa, donde la vida exige dura lucha, con un clima cálido, bajo el imperio de dos estaciones marcadas, la seca y la lluviosa, con el mar y los ríos navegables por delante, viendo extranjeras naves que provocan el comercio y de consiguiente, la producción, el hombre es decidido para el trabajo, codicioso, amigo de sacudir las necesidades y buscar comodidad, de viva imaginación, de resoluciones prontas, oportunista y cambiante. (1).

El hombre de la Costa, por los productos de su suelo, propios para la exportación, por la necesidad de artículos indispensables que su tierra no da, entra necesariamente en la vida comercial, y el comercio, por el frecuente roce humano, por los conflictos de diaria resolución, por los nuevos horizontes que ofrece de continuo, vuelve a los hombres amplios de espíritu, abiertos a todas las influencias, tolerantes, liberales. El de la Sierra, en medio de montañas, con horizontes físicos reducidos, rodeado de dificultades de comunicación, se entrega a ocupaciones sedentarias, principalmente, la agricultura. Este modo de vivir hace al hombre reconcentrado, pegado a la tradición y a las creencias cerradas y dogmáticas, estrecho en sus juicios, adverso a la discusión e intransigente en ella.

(1) No todos los costños están junto al mar.

A la Sierra le interesa vender a la Costa, a alto precio, los artículos que ella produce, y comprar, baratos, los que le proporciona la Costa. Esta, naturalmente quiere lo mismo, es decir lo contrario: vender caro y comprar barato. De aquí vienen largas discusiones y luchas, sobre importaciones y exportaciones libres o más o menos restringidas, por derechos aduaneros. Es la lucha por la vida y sus intereses entre las dos secciones de la República. Esta lucha trasciende del terreno económico al político, al social y al administrativo; habiendo, a veces, producido rozamientos y conflictos. Tiene más importancia, ante las exigencias de la vida, el Arancel de Aduanas que la Constitución Política. Guayaquil, emporio económico del país, y Quito, centro histórico y político de él, son las dos capitales de la República. La política mezquina, imperante hasta aquí, no ha tratado de encontrar en un plano superior de vida nacional, acuerdo para estos antagonismos que no son insuperables para la voluntad y el interés general bien entendidos.

El problema de límites.—Litigio con el Perú

Resumen o Cuestionario:.....

.....

Después del problema referente a la organización nacional que acabamos de enunciar, es preci-

so estudiar, someramente, desde luego, otro problema de igual interés aunque de carácter distinto, cual es el que se refiere a la integridad del territorio nacional, inmensamente lesionado por las pretensiones del Perú.

Durante la Colonia, aunque todos estos territorios pertenecían a la Corona de España, ya se produjeron conflictos de jurisdicción entre las autoridades mandadas a las selvas orientales por el Gobierno de Quito y las enviadas por el de Lima. Los conflictos se producían al Sur del Marañón, en las jurisdicciones de Jaen, Mainas y Quijos, en la región del Huallaga, porque hasta allá se extendían los territorios del Nuevo Reino de Granada, según demarcación hecha en la cédula de 1739 por los Reyes de España, Nuevo Reino en el cual quedó incorporada la Presidencia de Quito, y a cuya jurisdicción inmediata estaban sometidas las tales regiones del Sur del Marañón.

La disputa, propiamente, se produjo cuando se constituyeron las Repúblicas de Colombia la Grande y el Perú. Esta República, por medio de sus misioneros, estaba en posesión de gran parte de esas tierras del Sur del Marañón y proclamaba su derecho de propiedad a ellas. Colombia, como continuadora del Nuevo Reino de Granada, reclamó, por medio de sus Ministros de Relaciones Exteriores, la devolución de esos territorios. El Perú se negó a ello. Bolívar, Presidente de aquella República, dirigió un *ultimatum*, y al fin, en 1828, declaró la guerra al Perú, para obtener la devolución de las provincias de Jaen y Mainas, más allá del Marañón. Sobre territorios al Norte del Marañón o Amazonas, no había ni sombra de disputa, ni una palabra habían dicho sobre

ellos las pretensiones del Perú: eran neta y claramente de Colombia. En la guerra se iba a decidir la suerte de las tierras de más allá.

Las fuerzas colombianas mandadas por Sucre, triunfaron, al mes de campaña, sobre las peruanas, que eran el doble de aquellas, el 28 de febrero de 1829, en la espléndida batalla de Tarqui, provincia del Azuay, hasta donde habían avanzado los arrogantes vecinos.

Como consecuencia de esta victoria, vienen tratados que se celebran en Guayaquil, el mismo año, entre Plenipotenciarios de las dos Naciones. El Perú, suplica que se le dejen los territorios de Jaen y Mainas, tomando como límites el Tumbez y el Marañón. Colombia, considerando apartados de su centro esos territorios y que con esos límites naturales quedaba destruída toda duda, todo motivo posterior de violación, toda dificultad demarcativa, acepta la pretensión peruana, por medio de sus representantes.

Poco después, el Ecuador se aparta de Colombia y se constituye en Estado Independiente, y el Perú, teniendo que entenderse, ya no con la Gran Colombia sino con el pequeño Ecuador, se niega, con mil argucias diplomáticas, a cumplir lo pactado; y por otra parte, de hecho, con vigor y día a día, va tomando posesiones, ya no sólo en los territorios disputados del Sur del Marañón, sino que atraviesa este río, toma posesión de las desembocaduras de todos los ríos del lado Norte que, al morir el Amazonas vierten el agua de las nieves de nuestro Cayambe, de nuestro Cotopaxi, de nuestro Altar, de nuestro Azuay, y funda pueblos y reparte por las selvas misioneros y soldados, cruces y fusiles.

Se ha pretendido dirimir el asunto, antes, por tratados directos; luego por medio de árbitros, como el Rey de España que fué nombrado y estuvo a punto de fallar, y ahora, nuevamente, de modo directo. Pero al Perú le conviene que no se declare el derecho, porque éste está de nuestra parte. Y lo consigue, por medio de su hábil diplomacia, y la resolución demora, y mientras tanto, el Perú se ha posesionado de nuestros ríos orientales en toda su extensión navegable, es decir, hasta muy cerca de nuestra cordillera oriental.

Nuestro vecino aprovechó de la anarquía del año 59, que hemos descrito en el capítulo respectivo, para arrancar al Gobierno de Franco, creado con el apoyo del mismo Perú para realizar sus intentos, un tratado de límites altamente perjudicial a nuestros intereses, y que ni entonces ni después ha merecido la aprobación, ni de la opinión pública ni de legislatura alguna.

Algunos de nuestros gobernantes, como Noboa, y diplomáticos como Herrera, han usado de una buena fe, o más bien dicho, ingenuidad candorosa, perjudicial, en defensa de nuestros derechos, al discutir, con una diplomacia como la peruana, astuta, enredadora, maquiavélica, que se vale de todo medio, especialmente el oro, para llevar a cabo sus intentos de dilatoria jurídica y conquista de hecho.

El Perú, tres veces más grande, más rico y más fuerte que nosotros, nos ha desafiado varias veces para que defendamos nuestros derechos con las armas, a lo que siempre ha respondido el Ecuador con alta dignidad, mostrando esfuerzos inauditos para defender su territorio.

Pero es preciso preguntar ¿qué hemos hecho nosotros en un siglo de vida independiente para tomar posesión, de hecho, de aquellos territorios exuberantes, que son nuestros por derecho? Nuestros diplomáticos han, talvez, discutido y escrito tanto como los del Perú; pero, en cuanto a caminos y colonización, que constituyen la defensa real y efectiva, no hemos hecho ni la centésima parte que los vecinos. Supongamos que diplomáticamente obtuviéramos un resultado favorable ¿qué haríamos, entonces, de lo que ya debíamos haber hecho ahora, que el triunfo depende más de la acción que de otra cosa? Si en el litigio, durante la disputa, cuando la posesión puede ser una razón a favor, nada hemos hecho, después del triunfo seguiríamos probablemente cruzados de brazos.

Por otra parte, no es de presumir que sólo en fuerza de una declaratoria jurídica, nuestro vecino del Sur se desaloje de esas espléndidas posesiones que le cuestan dos siglos de esfuerzos, que abandone fortalezas militares, campos cultivados y ricos bosques y ríos auríferos de explotación, que arríe buenamente su bandera en caseríos, pueblos y grandes ciudades. El Perú nos dirá, *si estas tierras son vuestras, venid a tomarlas*. Entonces, es preciso que nosotros, nuestra nación, se ponga en tal punto de robustez, de vitalidad, de resolución y querer, que entre a tomar posesión de esos territorios y diga *esto es mío*.

En vez de fincar nuestras esperanzas en una conquista efectiva, hemos pasado un siglo esperando beatíficamente una resolución favorable sobre el papel.

Grandes cosas habríamos podido hacer de no haber derrochado nuestra sangre y nuestras fuerzas en cien revoluciones sin significado social ni político, meramente militares, inspiradas en la ambición y de ningún otro resultado que un cambio de usufructuarios del Presupuesto.

Los revolucionarios, los caudillos deben ser señalados, perseguidos, reprobados por el pueblo como los funestos enemigos de la Patria, de su prosperidad interna, de su seguridad internacional. Es preciso que la inmensa mayoría de los ecuatorianos, que hasta aquí ha contemplado impasible, como cosa que no le toca, las revoluciones cuartelarias, forme una liga, emprenda una cruzada contra todo intento de revolución, contra todo principio de caudillaje.

Tenemos libertad; nos falta consolidar la paz. Y bajo la paz, trabajar por la prosperidad general que es la de cada uno.

El progreso nacional: consideraciones finales

Resumen o Cuestionario:.....

Después del relato de la Historia, hemos enunciado los grandes problemas actuales. Ahora es preciso arrojar una mirada general sobre el conjunto, para ver cuáles han sido, para el actual estado de nuestra civilización, los resultados de la

labor de las generaciones pasadas. Es el que os voy a presentar, un pequeño valance de nuestros progresos, tomando como más concretos criterios, el orden público, la instrucción pública y las comodidades para la vida.

El orden público ha venido siendo cada vez más respetado que en los pasados tiempos, de modo que ahora nos rodean garantías de paz y seguridad, si no muy consolidadas todavía, pero sí como no las han disfrutado nuestros antecesores.

Los periodos de paz son más largos y frecuentes. En los primeros cuarenta y cinco años, de los noventa que llevamos de vida autónoma, se han dictado para el país ocho Constituciones, de las que, la de más larga duración, llegó a ocho años; mientras tanto, en los cuarenta y cinco últimos, se han dictado solamente cuatro, que han durado, la que menos, siete años, y la actual nos rige ya trece años, que es el más largo período de unidad constitucional que hemos pasado.

En el primer lapso de cuarenta y cinco años, tuvimos tres guerras internacionales, cuatro intensas guerras civiles, siete sublevaciones militares, cuatro protestas populares de carácter político, seguidas de matanzas, frecuentes saqueos de ciudades enteras, pena de muerte, esclavitud, concertaje y veinticinco años de militarismo, como carácter esencial del gobierno. En el segundo lapso, no hemos tenido guerras internacionales, hemos pasado por dos fuertes guerras civiles (el 83 y el 95), por dos revoluciones militares triunfantes y por cuatro dominadas, por dos matanzas populares. Los años de militarismo han sido solamente catorce, ha imperado mejor el gobierno civil, no hay pena de muerte ni esclavitud, el concertaje,

aunque no desaparece de la costumbre, ha recibido, hace dos años, el golpe legal definitivo.

En el primer período hemos pasado sólo un lapso de paz completa, el presidido por Roca; tiempos de permanente intranquilidad, los largos de Flores; y, años desastrosos sin igual del 58 al 60. En el segundo período, tiempos pacíficos han sido los de Veintemilla, antes de la Dictadura; los de Flores, primer período de Plaza y período de Baquerizo.

Ninguna religión tiene preferencia ante el Estado, todas las creencias gozan de igual valor jurídico y el clero católico, es ahora impotente para provocar trastornos públicos.

La disciplina militar es más consciente, la oficialidad medianamente ilustrada y el soldado no es analfabeto. El ejército se considera una fuerza nacional y no una partida de ciegos e incondicionales súbditos de jefes y caudillos.

La jerarquía judicial y la policía urbana por lo menos, aunque deficientes aún, ya son algo fuertes, imparciales y respetadas, para que los ciudadanos no tengan que pensar en la defensa por cuenta propia.

La personalidad humana es mejor respetada y el ejercicio de los derechos civiles y políticos es patrimonio de la mayoría de la Nación.

Pasando del orden político a la instrucción, diremos que esta se ha extendido e intensificado.

En los primeros años de la República, concurría a las escuelas un alumno por cada cien habitantes; del Presupuesto de ingresos se tomaba la vigésima parte para dedicarla a la instrucción y resultaba que el Gobierno invertía en el ramo veintidós centavos por cada ecuatoriano; mientras

ahora, por cada cien habitantes concurren a la escuela cuatro niños, del Presupuesto se toma, para el objeto, la doceava parte y por cada ecuatoria no se gasta en la instrucción, un sucre veinte centavos.

Al principio de la República, para setecientos mil habitantes, las escuelas no llegaban a trescientas, los colegios eran cuatro y Universidades no más que la de Quito sin Facultad de Ciencias. Ahora la proporción es muchísimo mayor. Para dos millones de habitantes, hay mil seicentas escuelas, catorce colegios y tres Universidades. Hay además, Institutos Normales, becados en el Exterior, Escuelas de Bellas Artes, Conservatorios de Música, Casas de Artes y Oficios, un Instituto Agronómico y otro de Obstetricia, enseñanza Mercantil, Observatorio, muchas bibliotecas, teatros, muchísimos periódicos, algunas revistas, muy buenos edificios para Universidades y Colegios y casas propiamente escolares hasta en muchas parroquias.

Como las costumbres antiguas eran más rudas y fuertes, más rudas y fuertes eran también las maneras de la antigua enseñanza; así es que era común el cepo en los colegios y látigo en éstos y las escuelas, sin que, además, fueran mal vistos los insultos groserísimos del maestro al alumno. Por lo demás, la antigua escuela, enseñaba sólo a leer, escribir y rezar, en tanto que ahora tiende a ser integral. El viejo método era exclusivamente memorista y libresco, en tanto que el nuevo es racional y objetivo. (1).

(1) Y por desgracia sin textos y enciclopédico.

Las comodidades de la vida también son mayores y mejores.

Ante todo el ferrocarril central nos evita el terrible viaje a caballo desde Quito a Guayaquil. El viajero de ahora sesenta años, antes de emprender la marcha, dizque otorgaba su testamento, porque más probabilidades que de regresar a su casa, tenía de sucumbir en alguno de los mil peligros que presentaba el camino de entonces, si camino podía llamarse la zanja profunda, pantanosa, atravesada de ríos, franqueada de abismos, que se encumbraba por las duras pendientes de nuestras montañas o se extendía en los ciénegos de la costa. Ya se puede comprender cuán escaso era el comercio y cuán caro todo objeto transportado. Aún las regiones que no gozan de las comodidades y ventajas del ferrocarril, tienen vías que ya merecen el nombre de caminos. Y por otro lado, se trabajan actualmente los ferrocarriles de Esmeraldas, del Oriente, de Cuenca, de Santa Rosa, de Manta, de Bahía de Caráquez.

Todas las capitales de provincia y muchas de cantón, tienen empedradas sus calles, casas aseadas y regularmente cómodas, por lo general de un sólo piso; feria permanente o de uno o más días a la semana, boticas, hospitales, agua potable, alumbrado público y privado eléctrico o de gas, canalización y parques públicos, cosas todas que son relativamente modernas.

Además, se han creado últimamente algunos Bancos y otras instalaciones que facilitan el crédito, aunque los Municipios han descuidado crear

los Montes de Piedad, (1) que tanto necesitan las las clases pobres a pesar de estar esto ordenado por la Legislatura desde el año 1913.

El correo, el telégrafo, y las carreteras unen poblaciones hasta hace poco incomunicadas.

De medió siglo a esta parte se ven fábricas de tejidos, de calzado, de harinas, de azúcar, de cerveza, de fuerza eléctrica; etc.; vemos sinnúmero de coches, carretas, automóviles y herramientas modernas para las artes y la agricultura. Es reciente la mejora del ganado, la introducción de semillas excelentes y nuevos pastos; se cultivan los frutales europeos y se empieza a fabricar vino. El consumo del aguardiente, va cediendo el puesto al más higiénico de la cerveza. Se abren cada día nuevos canales de irrigación, y el eucalipto ha venido a llenar el inmenso vacío ocasionado por el imprudente arrasamiento de los bosques que antiguamente cubrían nuestros montes hoy desnudos, secos y estériles. Acaba de iniciarse la fiesta del árbol que será, con el tiempo, fecunda en buenas consecuencias para la tierra, el clima, la riqueza y la salud de nuestro país, si se lo practica como se debe.

El orden, la instrucción y las comodidades generales estudiadas históricamente, nos dicen que hemos progresado; pero acerca de si los hombres son mejores o se sienten más felices que antes, nada sabemos por medio de la ciencia que nos ocupa.

(1) Muy pronto funcionará en Quito el Monte de Piedad "Belisario Quevedo", con los fondos dejados por este filántropo. Actualmente hay Montes de Piedad en Quito y Guayaquil.

CONCLUSION

En el gobierno incásico, los esfuerzos generales de los pueblos tenían por fin primordial mantener el gozoso esplendor de la persona del Inca, el super—hombre, el hijo del Dios Sol.

En el gobierno colonial, esos mismos esfuerzos generales se encaminaban a la satisfacción de las exigencias del Rey, su corte, y su jerarquía de autoridades que gobernaban por derecho divino, por delegación del cielo.

En el gobierno republicano, ese mismo trabajo, común de la nación, tiene por objeto hacer más cómoda y libre la vida de una gran parte del pueblo ecuatoriano a quien pertenece esencialmente y quien ejerce la Soberanía Nacional.

Por desgracia, otra parte de los ecuatorianos no entra aún al goce de los bienes generales traídos por el progreso de la sociedad.

Pero desde el sistema incásico hasta nosotros ha ido humanizándose el principio de la autoridad y, en consecuencia, extendiéndose por grados cada vez más amplios, el radio de los que disfrutan los bienes del patriotismo común.

Debemos esperar que este común patrimonio, producto del trabajo de cada uno, llegue a ser también de goce común, es decir de todos los que han contribuido a la producción.

A esto se encamina la Historia; esta es la enseñanza fundamental que nos da, y cada uno de nosotros, y todos, debemos cooperar conscientemente a este grandioso fin.

APENDICES

Apéndice I

Orígenes Americanos

Este problema que desde muy antiguo ha preocupado al hombre civilizado, parece va aclarándose, gracias a los descubrimientos arqueológicos y al progreso de las ciencias antropológicas. Ahora partimos de hechos ciertos, de acumulación e interpretación de datos positivos para rastrear los orígenes del indio americano.

Por ejemplo, acerca del hombre primitivo que no conocía ni la cerámica ni la elaboración de los metales, Capdeville y Uhle han encontrado objetos de piedra tallada con la más rudimentaria técnica. El período paleolítico, o sea aquel en que comienza el hombre, con manera muy rudimentaria, a servirse de la naturaleza, como instrumento de defensa contra sus enemigos y de caza de animales para la alimentación, se desarrolló en América en una época muy posterior al tiempo en que en Europa vivía el primitivo en las cavernas y tallaba la piedra, y siguió prolongándose aún a través de formas desarrolladas de cultura, ya sea por tradición, ya por falta de uniformidad en el

descubrimiento de aquellas tribus que vivían la mayor parte incomunicadas. En cuanto a la alfarería parece que debió comenzar a conocerse entre los americanos sólo hace unos dos mil años.

Cuál es el origen de la industria paleolítica en América? Pasó el hombre de este continente, en una evolución autóctona, lenta, de algunos siglos, del primer período, del eolítico, al paleolítico? O llegó al continente cuando había dado ya el primer paso en su industria salvaje, cuando estaba ya en pleno desarrollo paleolítico? No lo sabemos. El caso es que al ir desarrollándose en sus métodos primitivos para utilizar la piedra, probablemente fué interrumpido repetidas veces en su progreso natural por el advenimiento de gentes que ya conocían el neolítico, período más perfeccionado en el arte de la piedra.

Pero de dónde vino este hombre primitivo americano? Apareció hace muchas centurias en este continente o era, como tantos otros animales un inmigrado de otra parte?

Cuando los españoles desembarcaron en América, estas tierras estaban pobladas desde el estrecho de Behring hasta la Tierra de Fuego. Se calcula la población de entonces en 40'000.000 de habitantes. En las serranías y en las selvas, en las costas, los páramos y las pampas, se desenvolvían toda clase de culturas. Había huellas de razas poderosas, allí estaban los monumentos del Yucatán y de Tiaguanaco, los petroglifos y los monolitos. Otros indios eran pescadores, traficantes y agricultores. En partes se desconocía la agricultura, y la cerámica era muy primitiva. Otros pueblos en cambio poseían una alfarería finísima, decorada a colores y con representaciones

figurativas de sus divinidades. Por la Amazonia erraban tribus sin otra indumentaria que el follaje de las selvas, mientras en las cuencas de los Andes un pueblo hacía el ensayo de un imperio. Y qué diversidad de idiomas, de religiones, de costumbres y aún de razas!

A pesar de hallarse afinidades en la estilización de las formas decorativas, en la concepción geométrica del arte, etc. los orígenes mediterráneos del hombre de América son desechados generalmente. Por el contrario, la mayoría de los sabios están porque los primitivos habitantes de este continente provienen de las Islas Polinesias y del oriente asiático. Al indio americano se le llega a considerar ahora como a un malayo que en los diversos climas se hubiera ido matizando la pigmentación, durante largos siglos de padecer la influencia medioambiente, de suerte de ser, como lo es en nuestro tiempo, ya amarillo claro, ya cobrizo encendido, ya bronceado reluciente, ya metálico cetrino, ya chocolate oscuro.

Las afinidades lingüísticas y etnológicas son bastante claras. Las lenguas americanas han sido reducidas por el sabio francés Rivet a 123 familias de las cuales la mayor parte, pertenecen a Centro y Sur América, (actualmente los indígenas norteamericanos alcanzan apenas a medio millón), y si no en todas, al menos en parte, han podido hallarse puntos de contacto con los idiomas malayo-polinesios y asiáticos del oriente. El tchon de la Argentina tiene palabras australianas, el araucano de Chile, algunas raíces malayas, los alaskenses habían un dialecto de los Urales, el hoka de California parece tener el mismo origen que el araucano, etc. La masa lingüística norteamericana,

salvo pocas excepciones, está englobada en los idiomas del norte y noreste del Asia.

Los cráneos de Baja California y Patagonia se relacionaban muy de cerca, por sus medidas, con las razas de las islas de la Polinesia, la Melanesia y la Australia.

Pero es principalmente en el estudio de las costumbres de estos pueblos bárbaros en donde se afirma mejor sospecha acerca del origen del indio americano. El perro de tiro, la tienda, la canoa de pieles, emplean nuestros indígenas y también los asiáticos del centro y del noreste. En la Indonesia, la Melanesia, la Polinesia, lo mismo que en las costas del Pacífico, se encuentran los rompecabezas de forma estelar, la sarbacana, el propulsor de flechas, los tambores para dar señales a grandes distancias (tundulis del oriente ecuatoriano), la flauta de Pan (rondador), los puentes de lianas, el telar, etc.

Ciertas razas americanas, como algunas de la Oceanía, se incrustan piedras en los dientes, se amputan falanjes en señal de duelo, se hacen incisiones y trepanaciones. Los quipos de los incas, sartaes de huesecillos y otras materias con las que se llevaban la contabilidad y se apuntaban los recuerdos históricos, son todavía de uso corriente en la Micronesia y la Polinesia. Lo mismo para los vestidos de pieles, el estilo de las canoas fabricadas de cortezas, etc. Aún ahora en la Isla de Pascua se agrandan los indígenas las orejas como lo hacían los quichuas que por eso eran llamados orejones.

En América ha habido dos razas: una dilocéfala, o sea de cráneo reducido en comparación con la estatura del cuerpo, más largo que ancho,

y con la bóveda estrecha y levantada, y otra braquicéfala o de cabeza ancha. La primera es la raza de Lagoa Santa, descubierta por Lund en el este del Brasil, junto con restos de animales fósiles, y diferente de la raza india occidental; ha desaparecido en buena parte, sin embargo se cree que los Botocudos del Brasil, los Patagones y Fueguinos son descendientes de esos hombres antiguos. Además del Brasil, la Patagonia y la Tierra de Fuego, la arqueología ha podido identificar restos de la misma especie en el sur del Ecuador y en la Baja California. En cambio la raza braquicéfala quizá sea más reciente. Superior a la del cráneo angosto, se desarrolló sobre todo en el occidente de la América Meridional y en la del Centro. Pero el mestizaje no sólo de estas dos razas sino de innumerables tipos intermedios y de diversas procedencias, ya prehistóricos ya sobrevivientes es muy intrincado.

En lineamientos generales puede admitirse que la América del Norte haya sido habitada principalmente por razas paleoasiáticas, la del Centro y buena parte de la Meridional por pueblos oceánicos y asiáticos, y que en el Sur del continente se reconocen vestigios especiales de australianos.

A la América del Norte debieron venir los inmigrantes por el estrecho de Behring y por el mar, a la América Central convergieron pueblos nortños y del mediodía, lo mismo en la del Sur. Además se cree en la existencia de un continente antártico que hasta fines de la época terciaria debió unir la América meridional con la Australia y la Nueva Zelandia y cuyos restos debieron quedar todavía cuando apareció el hombre sobre la tierra.

Pudieron pues venir los primitivos pobladores por los dos extremos norte y sur, por el puente de Behring y por los archipiélagos australes. Después los malayo-polinesios fueron llegando en diversas y repetidas inmigraciones directamente por el mar.

Estos pueblos oceánicos fueron siempre grandes navegantes y así como poblaron todas las islas (la de Pascuas está a 1800 kilómetros de la isla más próxima) llegaron a Galápagos y a nuestras costas. Por otra parte los americanistas se afirman en creer que no hubo una inmigración accidental y aislada sino que continuamente llegaban inmigrantes al litoral del Pacífico, del mismo modo que en nuestros tiempos los europeos que en cuatro siglos han alzado la población de blancos en América hasta 200'000.000. La inmigración terrestre debió ser la primera y la antiquísima. Después, como cree el doctor Rivet, fueron principalmente los navegantes los que poblaron las Américas.

En toda la época prehispánica tuvieron mayores facilidades de progreso los pueblos del Pacífico que los del Atlántico, de ahí que las grandes culturas indígenas se desarrollasen en Centro América y a lo largo de los Andes, desde Colombia hasta el norte de la Argentina. Después vino para la América la influencia del oriente y fué menester abrir el canal de Panamá para ponernos los del Pacífico más rápidamente en contacto con los pueblos cultos.

Apéndice II

Culturas preincaicas en el Ecuador

En la primera mitad del siglo XV se establecía en Tomebamba la primera colonia quichua, después de la Victoria de Pachacútec sobre los Huancas, y en el último tercio de la centuria, Tupac Yupanqui sometía a los Caras o Caranquis, aliados de los Puruháes, se fundaba la ciudad de Quito, y principiaban las tropas del Cuzco a recorrer los caminos de la costa. La conquista del llamado Reyno de Quito duró cosa de cinco años. Ya desde entonces guerreaba en el ejército de su padre el inca Huayna Cápac nacido en el Azuay. Pachacútec y su hijo Tupac Yupanqui fueron los dos grandes conquistadores; luego Huayna Cápac trató por su parte de ampliar un tanto los dominios pero más que todo de organizar a tantos pueblos disímiles, de diversos climas y diferentes lenguas, de civilización medio primitiva, ya salvaje y diseminada en agrupaciones tribales, ya con barruntos de vida social bien constituida y de nociones de espiritualismo en la vida patriarcal y guerrera de los clanes y de los ayllus.

A fines del siglo XVI debió ser cuando las tropas del inca, a cuya cabeza guerreaba el famoso general Auqui Toma, llegaron hasta el país de los Pastos. Entonces fué la masacre de Yaguarcocha, la heroica resistencia de Nasacota Puento, y la porfía de los guerrilleros del legendario Pintag, en cuya memoria parece se levantó la última tola que está cerca de Pifo. En 1526 moría Huay-

na Cápac corroído por la sífilis (huanti); habían pasado 32 años del descubrimiento de América. En 1533, al año siguiente del desembarque de los españoles en Tumbes, moría Atahualpa en manos de Pizarro.

El dominio de los incas había durado dos siglos en las regiones del Perú, si bien Viracocha y Manco Cápac debieron comenzar las guerras desde el lago de Titicaca, el Apurímac y la llanura del Cuzco, allá por el siglo X. En el sur del Ecuador no estuvieron los quichuas sino un siglo, en los pueblos del norte y buena parte de la costa, unos sesenta, unos treinta años; casi toda la provincia de Esmeraldas y otros territorios de los límites del imperio padecieron la influencia peruana en el estilo de los artefactos y otros accidentes, más bien por vía de comercio y de contacto, y pasaron directamente de su cultura aborigen a la suerte del coloniaje hispano.

A la llegada de los quichuas, el Ecuador de ahora era un mosaico de pueblos y de lenguas, en las cuencas cordilleranas y en las selvas y playas de la costa, se habían sucedido y entremezclado las culturas orientales, chibchas y mayoides. Las tradiciones eran seculares en muchas partes. Los cañaris, por ejemplo, habitaban desde muy antiguo las provincias australes; de ellos tomaron su origen los Chimus de Trujillo, después de la expansión de Tiaguanaco, por el siglo X. En el Carchi e Imbabura, aquellos moradores primitivos que solían enterrar a los muertos en sepulturas de pozos sencillos, habían sido reemplazados por los constructores de tolas.

La tradición puruhá arrancaba del siglo VIII en que hubo de comenzar a hablarse ese dialecto

del puruhá-mochica, grupo raro de lenguas que se propagaron por las provincias de Chimborazo y Bolívar, Cañar, Azuay y Loja, Guayas y Manabí, y en el norte del Perú hasta el grado 14, en el país de los Mochicas o Yungas (Cajamarca, Piura, Loreto, Lima, Huánuco, Junín). Los Quichuas no tuvieron tiempo para cambiar radicalmente la organización de esos pueblos. Ciertamente que ante la grandeza de la monarquía peruana se eclipsaron las culturas aquellas, y después los cronistas hicieron caso omiso de casi todas, para no hablar sino del poderío de los incas, pero aquel imperio que se extendía desde el país de los Pastos hasta el norte de la Argentina, comprendiendo casi todo el Ecuador, el Perú, buena parte de Bolivia y de Chile, no pasó de ser un ensayo de imperio.

Antes de la era cristiana parece que habitaron el Ecuador los Jíbaros: la costumbre troférica de tzantzas no desapareció sino muy tarde entre los costeños. A la invasión oriental sucedió la chibcha de los Barbacoas, o sea de los Cayapa-Colorados, que formaron el substratum étnico de nuestras regiones andinas y litorales. Esos pueblos que estuvieron en relación con los centroamericanos trajeron la cultura arcaica que se extendió en Méjico y América Central antes que asomaran los dos imperios mayas en el Yucatán. Así la cultura de Protobanzaleo I que se propagó por Manabí, la hoya del Daule, y las provincias de Chimborazo y Tungurahua, en el siglo I de nuestra era, no conoció los procedimientos mayoides, debiéndose a colonos chorotegas la novedad de entonces de los artefactos peñados. Ya por aquellos tiempos se conocían métodos de agricultura, se sembraba el maíz, se habitaban casas del tipo colme-

na, con hogares comunes y el cuy o cobayo era un animal doméstico.

El cultivo del maíz es de origen centroamericano, siendo de notarse que hubo de pasar muchos años para que esa planta se desarrollase y pudiera ser utilizada. Aquella cultura arcaica chorotega no era, pues, demasiado primitiva. Sabía además el arte de construir con tapias y piedra y levantando pirámides de tierra. Los de Protopanzaleo I estaban en un estado de desarrollo comparable al de los indios Pueblos de Norte América.

A Protopanzaleo I sucedió Protopanzaleo II que se extendió desde Manabí hasta la sierra, por las provincias de Imbabura, Pichincha, León, Chimborazo y Loja, divulgando motivos estilísticos mayoides mezclados con chorotegas en la pintura negativa de sus vasijas. Los mangués o chorotegas, según cree el Dr. Uhle, fueron los inventores de este procedimiento decorativo. Luego viene la gran cultura de Tuncaguán de la cual tenemos cuatro centros o núcleos andinos: Cundinamarca, el Angel, Tuncaguán en el Chimborazo y Recuay en el Perú. Asoma la sobrepintura roja, amarilla, sobre la decoración negativa, como también la representación de figuras de serpientes, monos, cocodrilos, dragones bifrontes, arañas, pulpos estilizados, siendo motivo más frecuente el del mono tan usado por los de Cundinamarca. Porque los Mayas eran ofiólatras y la figura de la serpiente llegó a ser la del cocodrilo en Costa Rica y Panamá y la del mono entre los Chibchas. De esta manera la cultura de Tuncaguán es netamente chibcha, según Jijón, aunque Uhle la tenga por panzaleo.

Por el mismo tiempo, es decir por el siglo III, se desarrolló la cultura mayoide del Azuay, casi comparable en perfección estilística con la de los Protochimus del Perú. Uhle distingue cinco culturas distintas en el Carchi anteriores a Tiaguana-co, aquella gran civilización, la más americana de las americanas del sur, que debió tomar su auge en Titicaca allá por el siglo V, y que se dejó sentir en el arte de Puruhá en el siglo VIII en la cultura de San Sebastián o Guano, prolongándose a través del período de Elenpata, el más perfecto movimiento estilístico de cuantos se sucedieron en el país de los Puruháes. Luego vino en esta misma región la decadencia del estilo en Huavalac y por último el período Puruhá-incaico. El curso de esas civilizaciones se hacía inicialmente siguiendo la cuenca de los grandes ríos.

De la primera invasión que vino del Este, quedaron en el cañón interandino dos pueblos con sus idiomas orientales; los Pastos al norte y los Jíbaros de Jaén, al sur, en Loja. Por lo demás a la llegada de los Quichuas, en Esmeraldas e Imbabura se hablaba el Cayapa-Colorado, o sea los dialectos barbacoas. El idioma de los mismos Quitus, antes de ser absorbidos por los Caras, fué un dialecto chibcha. Los Panzaleos que se extendían en aquel entonces desde el valle de Machachi hasta los confines del Chimborazo, hablaban un dialecto paniquita, muy parecido a la lengua de los Paeces del sur de Cundinamarca en Colombia; aunque ahora se trata de ver relaciones directas entre el Panzaleo y el idioma de los Mangles o Chorotegas de Nicaragua, los que introdujeron los estilos de Protopanzaleo I y II y la pintura nega-

tiva. (Nicaragua, Managua, etc., y aquí, Canchagua, Putzalagua, etc., etc.).

Los Pastos eran de natural apacible, lo mismo los Panzaleos; al paso que los Caranquis y los Cañaris se distinguieron siempre como buenos guerreros. Los Quitus fueron de cultura muy inferior a la de sus vecinos. En general todos esos pueblos preincaicos pasaban la vida de agricultores y pastores, eran razas sedentarias y domésticas más bien que traficantes, pero guerreros tenaces que mantenían la alarma no por motivos económicos ni comerciales, ni porque les invadiesen las tierras, sino por razones religiosas, por rivalidades tradicionales de jefes y familias. No les era desconocido el sistema tributario ni el contrato de arrendamiento del trabajo. Había terrenos de sobra, los cuales eran de la comunidad en cada distrito o clan: un comunismo de primitivos. Los Incas fueron como cualquier otra tribu andina, sólo que la suerte de las armas les fué favorable reiteradamente y tuvieron cierta superioridad en muchas particularidades, y fué justamente por la relativa similitud de costumbres y de instituciones, como pudieron llevar a cabo esa famosa unidad nacional que algunos creen se debía en todo al espíritu organizador de los Quichuas. Cuando los españoles comenzaron a revisar las posesiones de los indios, fueron numerosas las reclamaciones de caciques y curacas que alegaban haber sido desposeídos por el Inca de las tierras de sus antepasados. La propiedad inmueble se transmitía de padres a hijos.

Después los soberanos del Cuzco se apresuraron a trasladar como rebaños a los colonos forzados, los mitimáes. Los miserables lloraban por

las tierras antiguas en donde yacían los huesos de sus padres. Pueblos enteros fueron llevados de una a otra parte, se desposeía de las tierras, se adjudicaban nuevos territorios, se imponía por todas partes el culto oficial del Sol, sin destruir sin embargo la adoración de las divinidades del lugar. La política de los Incas más que de transformación radical de costumbres e instituciones locales, fué de unificación y consolidación. Las culturas que les precedieron se les parecían, sino que ellos se presentaron como hijos del Sol y con la larga experiencia de las armas, la acreditada fama de su valor y el sistema rápido de organización, conquistaron a tantos y tantos pueblos que no supieron unirse para resistirles.

Apéndice III

La propiedad comunal entre los Incas

El comunismo de las tierras entre los Incas fué estrictamente regional. El Soberano era usufructuario, el que ordenaba la centralización de los productos. Pero este régimen social en cuanto a la teneduría de las tierras, existía desde muy antiguo en las parcialidades que fueron absorbidas por los Quichuas, pueblo como cualquier otro de Ecuador o el Perú, al principio de su desarrollo. Aun más, antes de la unificación del imperio, los Chi-

mus aparecían más civilizados que ellos, los Cañaris poca cosa tenían que aprender de los peruanos, Puruháes, Caranquis, Manteños, tantas otras parcialidades, estaban organizadas en un régimen comunal indeciso, porque sobraban las tierras, porque faltaban los habitantes, porque las necesidades comerciales entre gentes que ni siquiera tenían moneda eran exiguas. Los pueblos andinos fueron principalmente agricultores; comerciantes e industriales, sólo por accidente.

Justamente porque todas las agrupaciones preincaicas eran comunistas fué muy sencilla la unificación del sistema por los Incas. Estos reglamentaron el consumo y la distribución de las mieses. Ni fueron originales en todo. Muchas innovaciones se tomaron de los países conquistados. Además el sistema tributario no era tampoco una novedad en los pueblos absorbidos.

El Inca nominalmente poseía todas las tierras. En su gobierno autocrático y teocrático, como hijo del Sol y soberano absoluto de hombres y cosas, disponía del suelo libremente. Pero en realidad tanto el sol como el Inca tenían sus tierras propias. Al Soberano pertenecían además los palacios, los edificios públicos, las fortalezas, los graneros, las aguas, los caminos que se abrían por donde era necesario. Ahora, los Curacas eran verdaderos virreyes en sus provincias, feudatarios, terratenientes que a veces no pagaban ni tributo. Por último, cada ayllu o parcialidad gozaba de su territorio de comunidad que era de todos los del ayllu, pero sólo de ese ayllu. Cada individuo tenía su lote de terreno propio en cuanto miembro de familia; sin embargo podía ser más rico que los demás comprando terrenos de los par-

ticulares dentro del territorio de su parcialidad o haciendo méritos para que el Inca o Curaca le donasen en recompensa nuevas tierras.

De hecho el Inca era dueño negativo de todo, o sea de aquello que sobraba, de lo que no pertenecía a los pueblos. Esto no quitaba que pudiera aumentar, o modificar, como le placiera sus dominios. Las tierras del Soberano se cultivaban por todos, pero sus productos no eran para acrecentar la riqueza personal del Monarca sino para su manutención, la guardia, su familia, el ejército, el cuerpo administrativo, los técnicos, los ocupados en las obras públicas, y por último, para atender a cualquiera calamidad pública.

Se puede asegurar que la evolución de los pueblos incaicos iba cada día a la afirmación de la propiedad individual.

Apéndice IV

La fundación de Quito

Benalcázar, desde San Miguel de Piura, sin orden expresa de Pizarro, se vino combatiendo hacia el Norte auxiliado por los Cañaris. Después de vencer a Rumiñagüi entró en la ciudad de Quito. Pero apenas hubo salido del Perú se supo que Alvarado se acercaba desde Guatemala para apoderarse de las tierras que actualmente son el Ecu-

dor y parte de Colombia. Para atajar esta conquista, salió Almagro de San Miguel de Piura y vino combatiendo hasta Quito en donde no encontró a Benalcázar que en busca de tesoros había partido al Norte. Los dos capitanes se entrevistaron en esta ciudad y luego sin fundarla todavía retrocedieron a Riobamba a esperar a Alvarado. El Gobernador de Guatemala, después de largas penalidades, descendió al valle de Riobamba. Entonces Almagro platicó con Benalcázar, y, para alegar primera posesión de esas tierras, precipitadamente improvisó la fundación de la ciudad de Santiago de Quito a poca distancia de la laguna de Colta, el 15 de agosto de 1534. Esta fundación, la primera que hicieron los españoles en territorio ecuatoriano, hizo Almagro en nombre de Francisco Pizarro, Gobernador del Perú. Se nombró el personal del Cabildo y se avocindaron el 17 de Agosto sesenta y nueve españoles como primeros vecinos y pobladores de Riobamba.

Trece días después de esta primera fundación, Almagro, como tuviese que regresarse al Perú con Alvarado, después de las capitulaciones con el Gobernador de Guatemala, el 28 de Agosto de 1534, fundó desde Riobamba la ciudad de San Francisco de Quito. No se trataba de trasladar la fundación de Santiago de Quito a un sitio mejor y más cómodo para edificar ciudad de españoles, como dice González Suárez, porque el Acta de la fundación de San Francisco de Quito dice claramente: "e por que conbiene...que se funde e pueble otro pueblo de mas desta dicha ciudad.... por tanto que el (Almagro) en nombre de su magestad y del dicho señor gobernador....fundava e fundo otro pueblo en el sitio e asiento donde está

el pueblo que en lengua de yndios agora se llama quito que estara treynta leguas poco mas o menos desta ciudad de santiago al qual puso por nombre la villa de san francisco". Luego añade el acta de la fundación que conociendo mejor el sitio en donde se pensaba hacer el asiento de San Francisco de Quito, se lo pudicra mudar y ponerlo en el lugar más conveniente ya con experiencia de la tierra.

Acto continuo se nombraron los miembros del Cabildo de la Ciudad de San Francisco de Quito.

Alvarado y Almagro se regresaron al Perú y Benalcázar salió para Quito en el mes de setiembre, pero no pudo llegar a esta ciudad sino al cabo de tres meses de penalidades y combates, el 6 de Diciembre de 1534. El mismo día se reunió el Cabildo, se asentó la primera acta y se avicindaron en la nueva ciudad 204 españoles. El 20 se trazó la ciudad.

Conclusión: la Ciudad de Quito fué conquistada por Benalcázar a fines de 1533, tiempo en que también llegó hasta ella Almagro, luego quedó fundada por éste desde Riobamba en Agosto de 1534, y por último se reconquistó, trazó y organizó por Sebastián de Benalcázar en diciembre del mismo año. Almagro es fundador oficial, pero propiamente a Benalcázar cabe la conquista y fundación real de la ciudad de San Francisco de Quito.

Apéndice Final

Desde el presidente Tamayo hasta hoy

El gobierno del doctor Tamayo, iniciado con grandes esperanzas para el país, al fin y al cabo no constituyó más que un constante ensayo. De desacierto en desacierto, de decepción en decepción, el Ecuador veía que la bancarrota fiscal y particular se aproximaba. Los bancos seguían negociando ampliamente respaldados por la Ley Moratoria, y la opinión pública se encontraba sumida en verdadero marasmo. Cuando el pueblo en masa se levantó a protestar, excitado por el hambre y por el aguijón de unos cuantos interesados, la fuerza militar sembró la muerte en ellos, con inaudita crueldad. Así sucedió en Guayaquil.

El doctor Córdova, sucesor del doctor Tamayo en la presidencia de la República, pasó la mayor parte de su efímera administración en Guayaquil, sujeto a delicada atención médica; de manera que en realidad no gobernó la nación sino a través del encargado del poder. Este hecho aumentó la inquietud nacional, agudizó la crisis de todos los órdenes y preparó la revolución militar que triunfó el nueve de julio de 1925, a los pocos meses del gobierno del doctor Córdova. El militarismo se apoderó del poder y pretendió regenerarlo todo, por encima de toda ley y de toda constitución. Se sucedieron los gobiernos plurales, ambos bajo la vigilancia del militarismo, ambos infecundos y desorientados. Esta revolución fué una de las de peores consecuencias para el Ecuador, precisamen-

te por su carencia de orientación y de hombres que secundasen sus nobles ideales. A la crisis se añadió la ineptitud, y al marasmo general la injusticia y el afán desmedido de reforma. Sin hallar solución, y después de mucho dudar, el ejército entregó el mando al doctor Isidro Ayora, declarándole dictador.

La primera impresión fué de esperanzas. El doctor Ayora gozaba de buena opinión general. Clausuró el Banco Comercial y Agrícola de Guayaquil, uno de los mas audaces en el negocio con el papel moneda, encontró las maneras de duplicar los ingresos para el fisco, repartió a manos llenas las promesas, dió grande importancia a las obras de higienización, olvidó las obras trascendentales de regeneración nacional, y después de haber derrochado ampliamente, y de haber callado las protestas a fuerza de dinero, en absoluta desorientación, con completa ineptitud, creyó hallar la solución del problema económico en la contratación de la misión Kemmerer. Esta misión dió leyes generales para una nueva marcha económica del país. Las nuevas leyes fueron cumplidas cada vez que le convino al gobierno, y en el momento en que los expertos contratados estorbaron los planes de la administración, se les cancelaron los nombramientos.

Para fines poco honrosos se fundó una oficina de información y propaganda, por la cual se dió a conocer al exterior la personalidad del dictador y sus ministros, con grande riqueza de detalle. Con este mismo fin de propaganda personal, se improvisó una especie de carretera desde la frontera norte hasta Babahoyo, que muy pronto se puso intransitable, y que ahora tiene que ser rec-

tificada en muchísimos puntos para que sea utilizable.

Deseoso el gobierno de conservar la opinión pública, obsequió a las poblaciones con agua, luz, piscinas, pedazos de camino, hospitales, etc. No hubo plan en las obras públicas. Con el mismo objeto se determinaron grandes ventajas para el ejército. Uno de los grandes desaciertos de este gobierno fué la organización del Banco Hipotecario. Y uno de los grandes despilfarros el establecimiento del servicio geográfico militar; invento para proporcionar a los favorecidos sueldos vitales.

A mediados de 1928 se reunió la Asamblea Constituyente, que dictó una nueva constitución, y eligió presidente al mismo dictador. Esta constitución es una copia mala de la anterior, retrogradante y en muchos puntos infantil y contradictoria. Es una de las peores constituciones que ha tenido el país. En ella se llegó a duplicar numéricamente el presupuesto, precisamente cuando el Ecuador sentía más hondamente ya la crisis; de modo que los años 1929 y 1930 arrojaron fuerte déficit.

La ineptitud y el derroche acabaron por obligar al gobierno del doctor Ayora a renunciar ante el Congreso de 1931. La renuncia fué aceptada como solución salvadora. Quedó encargado del poder, como presidente provisional, el coronel Luis Larrea Alba, quien en pocos días fué juguete de todos. A una ineptitud sucedió otra mayor. Este militar, en plena ofuscación, llegó a pretender la dictadura el 15 de octubre de este año. El Ecuador en masa, y en especial el pueblo de Quito, que lo pagó con su sangre, se opusieron al crimen

que se pretendía perpetrar. Cayó este gobierno, y se encargó del poder el expresidente doctor Alfredo Baquerizo Moreno. La personalidad del ya conocido mandatario restableció la paz. Y son muy honrosas para éste y para el país las elecciones presidenciales que luego se verificaron, en que hubo la más absoluta libertad después de más de cincuenta años en nuestra historia.

La situación general del país actualmente puede sintetizarse así: renacimiento cívico y político muy alhagadores, y agudizamiento de la crisis económica.

FIN

ADVERTENCIA

INTRODUCCION

	<u>Págs.</u>
El País	19
División de la materia	22

PRIMERA PARTE

Historia Antigua o de los indios

Tribus primitivas: su gobierno	25
Familia, alimentos, vestidos, adornos y artes.	28
División del tiempo, estado del país, comercio, milicia y sepulturas	32
Creencias, tradiciones y cultos religiosos	38
Sucesos guerreros y políticos	44
Caracteres generales del Régimen incásico	46
Familia, alimentos, vestidos, fiestas	50
El Monarca, el gobierno, clases sociales	53
Justicia, milicia, agricultura y obras públicas.	56
Religión y culto	60
Régimen comunista	61

243

SEGUNDA PARTE

Historia Media o del descubrimiento, conquista y vida colonial

	<u>Págs.</u>
Descubrimientos	64
Continuación de los descubrimientos	73
La Conquista	78
Continuación de la Conquista	85
Caracteres de la Conquista	88
Guerra Civil	95
Carácter de los conquistadores y de los conquistados	99
Organización de la Colonia	106
Ocupaciones, usos, diversiones, etc.	112
Continuación de la misma materia	118
Los indios	124
Sucesos varios	130
Hombres notables de la Colonia	135
Fin de la época colonial: antecedentes de la Independencia	138

TERCERA PARTE

Historia moderna, o de la vida nacional independiente

Guerra de la Independencia: causas de ella	143
Guerra de la Independencia: carácter y etapas de ella	148

	<u>Págs.</u>
Guerra de la Independencia: de 1809 a 1812:	
Primeros gobiernos libres.....	151
Guerra de la Independencia: de 1812 a 1820	
Gobierno reaccionario y la obra de Bolívar	
en Colombia y en Venezuela.....	157
Guerra de la Independencia: de 1820 a 1822:	
Campaña final: la obra de Sucre.....	160
Vida de nuestra Patria en la Gran Colombia:	
del año 22 al 30.....	164
Militarismo absoluto: Flores.....	169
Militarismo atenuado: Flores y Rocafuerte	
hasta el año 45.....	174
Triunfo del civilismo y reacción militarista.....	179
Período Cívico—clerical: del 60 al 76.....	184
Nueva reacción militarista y definitivo esta-	
blecimiento del civilismo: del 76 al 95.....	189
El Partido Liberal en el Poder. Eloy Alfaro.....	194
Ultimos años.....	199
La Nacionalidad ecuatoriana.....	204
El problema de límites: litigio con el Perú.....	208
El progreso nacional: consideraciones fiscales.....	213
Conclusión.....	219

APÉNDICES

Apéndice	1	Orígenes americanos.....	221
„	2	Culturas preincaicas en el Ecu-	
		dor.....	227
			245

	<u>Págs.</u>
Apéndice 3 La propiedad comunal entre los Incas.....	233
„ 4 La fundación de Quito.....	235
„ final Desde el Presidente Tamayo hasta hoy.....	238

